

# CUENTOS DEL CLUB

*primer tomo de una serie*

\*\*\*  
The revolution  
will not be monopolized

FAVORIT

**18 NARRADORES CUBANOS**

" 2 / 3 % 4 & 5 ( 6 ) 7 - 8 \$ 9 = B ,

**CUENTOS  
DEL CLUB**



# CUENTOS DEL CLUB

*primer tomo de una serie*



**18 NARRADORES CUBANOS**

Neo Club Ediciones  
CEIC

© De cada autor cada cuento  
Reservados todos los derechos

Dirección ejecutiva: Idabell Rosales

Edición general: Armando Añel

Selección: Luis Cino, Victor Manuel Domínguez, Armando Añel

Foto de contraportada: Idabell Rosales

Este libro forma parte de un proyecto de vertebración cultural. Las regalías y beneficios que provengan de la comercialización de este libro serán invertidos en su promoción y distribución gratuita dentro de Cuba

COLECCIÓN NARRATIVA

ediciones@neoclubpress.com

neoclubpress.com

# ÍNDICE

EL ÚLTIMO MENSAJERO DEL JORDÁN . . . . .	9
<i>Ángel Santiesteban</i>	
CUATRO ESCRITORAS CUBANAS SE VAN AL PARAÍSO . . . . .	39
<i>Carlos Esquivel</i>	
ESTELA . . . . .	45
<i>Clara Maylín Castillo</i>	
LOS CULPABLES . . . . .	51
<i>Ernesto Peña</i>	
EL ABRAZO DE AMALIA D. . . . .	63
<i>Ernesto Santana</i>	
HOMBRE EN LAS NUBES. . . . .	67
<i>Francis Sánchez</i>	
CATANO, EL CAMPESINO. . . . .	87
<i>Frank Correa</i>	
MOSCARDONES. . . . .	95
<i>Ghabriel Pérez</i>	
¿VIVO O MUERTO? . . . . .	101
<i>Jorge Olivera Castillo</i>	
LAS CHICAS QUIEREN IRSE A ALGUNA PARTE . . . . .	111
<i>José Conrado Poveda</i>	

EL MONUMENTO . . . . .	119
<i>José Gabriel Barrenechea</i>	
GOZAR A LA PATRIA . . . . .	129
<i>Juan González Febles</i>	
OCTAVIO ES NOMBRE DE EMPERADOR ROMANO . . .137	
<i>Luis Cino</i>	
LA BAILARINA Y EL ESTAFADOR . . . . .	145
<i>Luis Pérez De Castro</i>	
MARCOS ME ABANDONA A MI SUERTE . . . . .	157
<i>María Matienzo</i>	
EL CASO DEL GENERAL . . . . .	165
<i>Rafael Alcides</i>	
CHOCOLATE . . . . .	169
<i>Verónica Vega</i>	
THE CUBAN DREAM . . . . .	177
<i>Yusimí Rodríguez</i>	

## PRÓLOGO

*Cuentos del Club* no es una selección al uso, basada en criterios de seguimiento esquemático. Tampoco se trata, formalmente, de una antología del cuento independiente insular, aunque la mayoría de los autores que aquí aparecen compilados en algún momento han desarrollado su obra desde las márgenes del oficialismo y, al decir de Luis Cino, confluyen en lo alternativo o lo *underground*. Estamos ante una compilación de cuentos, o relatos, escogidos por el Club de Escritores Independientes de Cuba (CEIC), y esta constituye la primera y tal vez única señal de identidad que debe manejarse para explicar este libro, su razón de ser o su naturaleza, además de la más circunstancial de que todos sus autores residían en Cuba al momento de realizarse la compilación.

*Cuentos del Club* constituye, así, un esmerado trabajo de selección de los también narradores Victor Manuel Domínguez –vicepresidente del CEIC– y el ya mencionado Cino; trabajo al que he tenido el privilegio de integrarme en su última fase. De manera que estos textos son del Club no porque todos sus autores pertenezcan a esta organización independiente sino, repito, porque han sido seleccionados por tres integrantes del CEIC, narradores ellos mismos.

En cualquier caso, las 18 piezas que conforman este libro resultan un impresionante fresco de la realidad cubana más inmediata, vital o perturbadora. El amor y la guerra, la ambición y la miseria, la esperanza y la desesperación recorren sus páginas como un todo integral que retrata de cuerpo entero a una sociedad en transición –pero también



en reinterpretación—, porque a pesar del inmovilismo político no caben dudas de que la Isla avanza, si así puede decirse, hacia un espacio compartido que ya no será lo que es ni lo que fue sino algo “distinto y diferente”, para utilizar la redundante expresión popular.

*Cuentos del Club* es, en cualquier caso, un regalo que el CEIC hace a los lectores interesados en la realidad cubana y/o en su mejor narrativa, aquella que contra viento y marea se abre paso y marca el rumbo creativo de este tercer milenio digital. A pesar de prohibiciones y estrategias editoriales excluyentes, sustentadas en la manipulación institucional, la mezquindad política o sencillamente el miedo. Disfruten y compartan. Habrá segunda parte.

*Armando Añel, agosto de 2018*

EL ÚLTIMO  
MENSAJERO  
DEL JORDÁN

ÁNGEL SANTIESTEBAN

---

**Ángel Santiesteban** (La Habana, 1966), escritor y bloguero, es autor de libros como *Dichosos los que lloran* y *Los hijos que nadie quiso*. Su obra ha sido acreedora de galardones como el Casa de las Américas y el Premio Nacional de Literatura Independiente ‘Gastón Baquero’ (2016), entre otros. Su novela *El verano en que Dios dormía* obtuvo el Premio Internacional Franz Kafka de Novelas de Gaveta en 2013, y en 2016 ganó el Premio de Narrativa ‘Reinaldo Arenas’ por el libro de relatos *El regreso de Mambrú*.

para Nelton Pérez

Es un día cálido y el río baja lentamente; al agua se le hace una raya cuando es partida por el nylon que sujeta el anzuelo de Adrián. La costa queda a unos cien metros y el mar se ofrece como el sueño de una gran aventura... ¡Aventura!, palabra prohibida, se dirá siempre. Justo por asumir la vida a la *Robin Hood*, *Los tres mosqueteros* y otros libros leídos en su inocencia, que marcaron esa etapa de su vida, llegó la decisión de partir, ir a ese otro continente distante, diferente.

El dolor radicaba en la separación, dejar lo amado, desde lo más cotidiano hasta la experiencia sexual recién probada, eso pensaron al principio, luego el dolor caló hasta el centro de los huesos. Nada brinda mayor sufrimiento que la frustración, el engaño y el autoengaño. Pero tenía que ser un héroe. Lo primero que le enseñaron es que en el sistema nadie sobrevive si no tiene una aventura digna que contar. Y llegó la partida. El barco de carga, todos aquellos días hacinados en las bodegas para no ser descubiertos por los aviones espías o los satélites. Cierto es que antes de llegar a África, mucho antes de poner sus rusas botas en aquella tierra ajena, ya tenían la convicción de regresar. Ahora en la distancia saben que maduraron dentro de aquel flotante casco de hierro. La travesía los hizo cambiar, les arrebató la venda de los ojos y les hizo ver una realidad difícil de asumir: habían dejado de ser adolescentes, se palpaban como hombres desamparados, perdidos en sus mentes y en la historia.

Mejor olvidar los recuerdos. Aquellas evocaciones son lastres que entorpecen el presente... Adrián siente el cuerpo sudoroso, recoge la caña y va a protegerse a la sombra del árbol. Seguramente hoy tampoco podrá llevar pescado a casa. Ocupa la piedra que su padre le ofreció

el primer día que lo llevó a pescar, hace ya tantos años. La piedra del abuelo es la más verde y redonda de todas, se sienta en ella y lo recuerda envuelto en el humo de su tabaco y los ojos se le empañan y prefiere fijar la vista en el río, en el agua que golpea una rama desgajada del árbol y hace saltar las gotas que el viento reparte como una llovizna.

Al regreso de la guerra ya el abuelo había muerto. Entonces halló que sus amigos eran diferentes, también la familia, la novia, nadie se parecía a sus recuerdos, o la guerra le inventó, le hizo idealizar un pasado que no le pertenecía. La ciudad le fue irreconocible. La arquitectura... imaginó columnas, arcos que luego no encontró o desaparecieron. Alguien los cambió en el tiempo y el espacio, pero sólo él era capaz de percatarse. Por mucho que preguntaba le aseguraban que no existieron cambios. Desde sus puntos de vista nada se transformaba, todo permanecía congelado en el tiempo. Para Adrián, aquella insistencia dejó de tener esa importancia inusitada porque comprendió que ni él mismo era igual.

De alguna manera siente que lo engañaron, no sabe si los que lo llevaron o los que le vieron partir. Y dejaron de interesarles. Desde entonces pasa el tiempo pescando, esa soledad le devuelve algún tiempo pasado que no logra rescatar y que siempre le brinda sosiego.

El ruido del madero al chocar con el borde del río lo saca del enajenamiento: por la longitud y los amarres de varias sogas descubre que es un mástil de buena madera con vetas verduscas y arrastra una tela raída, quizá alguna bandera. En la guerra nada podía pasar inadvertido. La vida se podía perder debajo de cada piedra, tras una pisada, caminar era un juego de ruleta rusa, una sensación que antes de ser consciente del hecho ya no tendría existencia, la muerte permanecía en todas partes: podría venir desde la copa de cada árbol, en el agua, los pobladores, los mosquitos, el silencio, el aire meciendo las ramas y tus pestañas para cerrarte los párpados y hacerte incumplir la vigilancia en el turno de

guardia; en cada sueño una cobra busca calor e intenta cobijarse a tu lado como la mejor de las amantes. La muerte estaba en cada molécula de aquella perfecta y maldita creación.

Y se mantiene atento a los movimientos que el agua le hace dar al leño. No sabe por qué no puede desprender la vista y dejarlo de mirar. Pocas veces un habitante del pueblo tiene la oportunidad de conocer huellas de los pescadores de mar abierto. Saca de la bota el cuchillo comando que aún guarda, y se agacha, se prepara al acecho... Recuerda la playa en los meses de verano, las muchachas, sus risas, los juegos con pelotas. Por unos instantes piensa que no tiene sentido abandonar la sombra; pero ha escuchado historias de personas que encontraron a la deriva pañuelos, anzuelos, ropa interior. A veces se encontraban detalles en los detenidos que podían cambiar un plan estudiado por varios días. Y echa a correr por la orilla en busca del desfiladero, allí podrá alcanzarlo. Lo ve acercarse y estira la mano, la cara le queda ladeada y sus dedos rozan la madera sin lograr retenerla. Nuevamente echa a correr hasta el bajío y entra al agua como si fuera la última oportunidad de atrapar el mástil, teme que el reflujó vuelva a sacarlo mar afuera. La frialdad en la barriga le hace contener la respiración por varios segundos, abre los brazos, finalmente lo agarra y le clava el cuchillo para asegurar la presa. Al regresar a la orilla comprende la magnitud del mástil y su peso. Con dificultad lo arrastra hasta tierra firme.

Lo primero que ve le provoca una gran desilusión, es cuando descubre que las vetas verduscas que semejaba a una tela no son más que moho adherido a la madera, y la tela raída es un pedazo de lona que sirvió de vela. Siente el impulso de lanzarlo otra vez a la corriente del río; pero hay una jaba de nylon atada al palo y piensa que puede contener algún avío de pesca. El amarre está bien apretado y tiene que cortarlo con el cuchillo. Abre la bolsa y descubre algunas hojas escritas y húmedas. No hay nada más. Intenta cargar el madero pero desde el primer intento

prefiere arrastrarlo y lo lleva bajo la sombra del árbol. Está un rato observando los papeles. Con cuidado expone al sol los pliegos deshechos, tienen la tinta corrida y teme no poder leerlos. Es una decena de hojas escritas por ambos lados.

Siempre tiene la sensación de que fueron abandonados en aquella guerra que no les pertenecía, dejados a la deriva como ese tronco recién rescatado. Siente que no fueron cuidados, protegidos. Sólo los mandaron delante como un juego político a comerse las balas sin importar el sacrificio.

Al caer la tarde aún está arrodillado observando aquellos papeles que terminan de secarse. Pero observa que las palabras están borrosas y las ideas quedan inconclusas. Con extremo cuidado guarda los papeles en la mochila y regresa a casa caminando porque sobre la bicicleta va el mástil con su vela. Piensa constantemente en el propósito de aquel mensaje, sus posibles razones, pero sólo le gusta una: quizá sea de algún pescador que pide auxilio desde altamar. No atraviesa el pueblo como de costumbre, prefiere bordear por callejones y entrar por el fondo de la casa, para evitar las preguntas de los curiosos sobre el mástil y la vela. Es posible que pueda descifrar algún mensaje enemigo.

Ordena las hojas sobre la mesa y trata de leer, pero le es imposible hacerlo con coherencia. Entonces se pone a transcribir cada palabra, estudia la caligrafía, la manera de cerrar las vocales, los rasgos que se reiteran y así, lentamente, va armando una historia coherente de lo que alguien quiso expresar. Al terminar la primera versión queda insatisfecho y decide rehacerlo todo desde el principio.

Toda la noche se mantiene obsesionado en recuperar el texto. Apenas levanta la vista del papel y se olvida de la sed y del sueño; sólo es un esfuerzo, un flujo de corriente que se adueña de su cuerpo, de su

pensamiento y las letras comienzan a brotar. Al amanecer, tiene sobre la mesa decenas de versiones corregidas de lo que pudo interpretar, el resto es ilegible e indescifrable. Al menos ha descubierto que se trata de un viaje secreto hecho por varios jóvenes en el empeño de emigrar: se disculpan y extrañan a las madres, hijos, novias y esposas. No puede descifrar qué sucedió en un momento clave de la travesía, está demasiado borroso, pero es evidente que algo se acercaba a la embarcación; el final de la palabra que nombra el hecho es "...ta"; así que podía tratarse de una tormenta, una cigarreta o una avioneta; en otra parte es posible leer la palabra "subían", pero es incapaz de interpretar si una ola los elevaba o ascendían a una embarcación de rescate. El párrafo final era un ruego a quien encontrara aquellas páginas para que avisara a sus familiares. El único pedazo de nombre que logra rescatar es "...aldo", lo que podía significar: Osvaldo, Arnaldo, Nivaldo. Habían salido al mar por la costa de Caibarién; pero eran de un pueblo llamado Loma la Cruz, situado en la zona montañosa. Seguramente los familiares estarían desesperados por recibir noticias. No podría enviarles un telegrama ni una carta porque la dirección estaba borrosa. Sabe que nada puede hacer, el cansancio lo va venciendo y se va quedando dormido con la cabeza apoyada sobre la mesa. Las arrugas de la madera comienzan a dibujar su piel y un hilo de saliva cae sobre la tabla.

En sus manos tiene una llave grande, de carcelero; varias mujeres le ruegan que les cuente sobre sus hijos, y a pesar de sus esfuerzos por responderles, algo le impide despegar los labios. Es tu deber, le grita una de ellas, siempre serás un soldado, aunque ahora no quieras aceptarlo. Quiere negar, nunca será un soldado. Y despierta... Al comprender que es un sueño respira aliviado, se pasa la mano por la cara para quitarse la saliva. Pasa mucho rato pensando en el sueño; debatiéndose qué actitud debe asumir ante esa carta... Finalmente decide no hacer nada, aquél no era su problema y debía de olvidarlo. Ahora su problema es



sobrevivir a la hambruna, a los recuerdos... Y va cerrando los ojos, el cansancio lo vuelve a vencer y regresa al mismo sueño, a las mismas mujeres suplicantes. Mantiene en sus manos la misma llave que se torna más pesada, cerca descubre un baúl pequeño con desproporcionadas cerraduras que evidentemente pertenecen a las llaves que sostiene, pero por mucho esfuerzo de acercarse para abrirlo y ver su contenido, es inútil, el baúl se aleja hasta hacerse inalcanzable, y también vuelve a tener los labios pegados y el empeño por separarlos lo hace despertar afligido, tiene deseos de llorar y no sabe qué hacer, los muertos están ahí, a su alrededor, y ya no puede hacer nada, no queda a quién matar de los enemigos, pero la rabia continúa, el cañón del AK está al rojo vivo, apretaste el gatillo hasta que se acabaron las municiones, pero la impotencia no se apaga; y abre los ojos, entonces no pudo, o no quiso volver a conciliar el sueño.

Cuando amanece ya ha llegado a la conclusión de que tiene la responsabilidad de entregar las últimas noticias de la travesía a sus familiares. Ellos también, de alguna manera, son soldados, como él, empujados a una realidad que no planificaron. Se levanta y va a prepararse para salir en busca del pueblo.

En la mochila echa los originales y los borradores, y con el cuchillo se propone cortar un pedazo de vela como prueba para que los familiares puedan reconocer la autenticidad de la carta; pero comprende que tener el mástil con la tela completa, les sería de un regocijo incalculable. Indeciso observa el tronco, su dimensión y el peso le dificultaría la travesía. Pero piensa que al trasladarse de un lugar a otro buscaría un transporte que le evite tener que cargarlo. También decide llevar una cajita de metal con varios tipos de anzuelos; quizá encuentre un río que le despierte los deseos de pescar. Alcanza del librero *Robinson Crusoe*, *El conde de Montecristo* y *El viejo y el mar*. De una gaveta saca todo el dinero ahorrado, junto con un pantalón y dos camisas: serán suficientes

para la ida y la vuelta que a lo sumo duraría tres días. Saca del cuadro la imagen pequeña, un poco borrosa, de la Caridad del Cobre, la que su madre adoraba y le había dejado como recuerdo. Imagina las manos de su madre acariciándola como tantas veces y la coloca dentro de uno de los libros. De la cocina toma varios pedazos de pan, pescado salado y un poco de agua hervida. Al salir se detiene en la puerta, recorre con la vista el interior de la casa y le llama la atención el brillo del caracol que su padre le regaló como trofeo de juventud de la única pesca a mar abierto que hizo en su vida. Es buena idea llevarlo, así podrían conocer el sonido del mar. Regresa y lo coloca en la mochila. No le comenta a los amigos ni a los vecinos el motivo real del viaje; sólo dice que se trata de un pariente enfermo y que debe visitarlo; volverá rápido, eso sí puede asegurarlo. Un vecino dueño de una camioneta le alquila en su traslado hasta la terminar de trenes, y le ayuda a cargar el mástil, cuando pregunta curioso para qué es el madero, Adrián le evade la respuesta. En la ventanilla le aseguran que el tren saldrá en la noche y decide comprar el ticket.

Al principio, luego de estar subido sobre el coche de pasajeros, el tiempo de la travesía es corto con relación a la distancia, pero mientras se acerca, el recorrido se hace más lento. A veces el tren cruza un puente y el brillo de la luna rebota como en un espejo, lo que más le gusta es ver desde lo alto cómo el río se pierde entre las montañas y la noche. Y no puede evitar ocultarse, la noche es perfecta para una emboscada y su cuerpo se tensa y quita el rostro de la ventanilla... Se supone que el tramo restante, desde la ciudad al poblado, lo haga en pocas horas. No puede discernir si la llegada le causa emoción o temor; la desazón lo mantiene intranquilo.

En Caibarién espera a que amanezca. Luego indaga sobre algún transporte que lo lleve lo más rápido posible hasta el pueblo de destino. Todos le dicen que hacia allá no va nada por el deterioro de los caminos,

no es rentable un viaje así para un solo pasajero. Finalmente, le indican dónde comienza la ruta hacia Loma la Cruz. Y no le queda más remedio que echarse el mástil sobre el hombro.

No puede contar las veces que sube de un tractor a otro; así adelanta varios kilómetros hasta que aparece una bifurcación; los campesinos no hablan, sólo un movimiento de brazo para señalar con el dedo la dirección a seguir, se vuelven sin despedirse; va de una carreta a otra que también se pierde en alguna guardarraya y vuelve a quedarse solo en el camino con aquel pedazo de madera que al parecer comienza a duplicar su peso. Nuevamente emprende la caminata y a intervalos, para descansar y aliviar el dolor de las piernas, se monta en las ancas de un caballo o en el mulo de algún guajiro que pasa, cruza un río en barca, y cuando quiere preguntar por las zonas de pesca, el barquero mueve los hombros como si no entendiera de qué habla.

A nadie le dice cuál es el propósito de su viaje a lugar tan apartado. Entre los civiles hay informantes. Tampoco nadie se atreve a preguntarle. A veces le parece que las personas que encuentra le son tan naturales como un espejismo. Siempre se mantienen callados mirando el camino con tanta atención que comienza a preocuparle que pueda aparecer algún perro salvaje. En el recorrido no se cruza con otras personas. La vegetación es tupida y parece que nunca el hombre ha pisado los alrededores.

Hace varias horas que camina sin escoger el rumbo. El pescado se ha terminado y el agua también. Las piernas le duelen y siente calambres, pero de todas formas mira con cuidado cada pisada, sabe que una mina podría poner fin a su cometido. De cambiar el mástil de un hombro al otro, ha perdido el relieve de la carne y las manchas de sangre traspasan la camisa, y se arregla el fusil y la mochila, teme un ataque de la UNITA. La parte baja del antebrazo también sangra. Recuerda que primero fue

una molestia, luego una picazón que enrojeció la carne, finalmente el dolor.

—No debí venir —se dice—. Ha transcurrido un día desde la salida de Caibarién. Este leño ha empeorado mi travesía.

Tampoco quiere echarlo a la orilla del camino, no sabe por qué, pero cada vez que lo piensa se aflige, es como una traición inexplicable a esos muertos que sus sombras lo acompañan constantemente; es como si no supiera quién es él, sólo sabe quiénes son ellos. Ese sentimiento lo despierta todas las noches.

A pesar de tener los hombros y los antebrazos desgarrados, siente que abandonar el tronco es claudicar, traicionar la voluntad de ellos, dejarse vencer, y cuando le propusieron comprárselo para hacer leña, entonces surgió el orgullo, el cansancio disminuyó, y los pasos recobraron la firmeza.

En la tarde ha decidido que si topa con un vehículo que vaya en sentido contrario, regresará; pero conscientemente esa posibilidad se le hace remota. Extraña su casa, la pesca. Se anima pensando que con seguridad los familiares agradecidos por recibir la información le buscarán un transporte para la vuelta. No encuentra rastro de civilización, oscurece y todo presagia que tendrá que dormir esta noche en el camino, o tratará, porque el miedo no le permitirá conciliar el sueño y luchará por mantener la vigilia como tantas noches que intentó descubrir el brillo de la luna cuando choca contra el metal de los cuchillos de los kwachas.

A lo lejos descubre unas luces tenues y teme que sean francotiradores. Se agacha y espera. A veces se mueven y cree en la posibilidad de que sean ojos de animales. Con precaución se acerca. Fija la vista en la luz

más cercana y decide alcanzarla. Según se aproxima, las luces se separan, crecen y se mueven verticalmente, siente el susto.

—¿Qué desea? —le dice una voz inesperada.

Y sin dejar que termine la pregunta, da un salto y se cubre el rostro con las manos para protegerse de algún golpe inminente que no llega y el madero cae al piso; con reserva mira a su alrededor: varias personas permanecen sentadas en taburetes en el portal de una casa.

—¿Está perdido? —dice otra voz.

—Voy en busca de un pueblo llamado Loma la Cruz.

Se quita la mano de la cara y gracias a la luz del farol, puede ver el rostro del viejo que habla.

—Pues no lo busque más, ésta es la primera casa del caserío.

Entonces respira aliviado y la tensión en los músculos desaparece, quiere recoger el mástil y la mochila cae sin advertirlo, las piernas le flaquean y una oscuridad más intensa le cierra los ojos. Busca el AK pero se detiene, ya sabe que la guerra pasó.

Su cuerpo flota y no siente los brazos ni las piernas, y la claridad del amanecer lo despierta. Descansa en una cama con sábanas limpias. Está en su casa y no fue más que un sueño, piensa; pero ésa no es su casa y cuando intenta levantarse para recorrerla, le vuelven los dolores de los hombros y los antebrazos. Luego alguien abre una puerta y un viejo le invita a tomar café en la cocina, se presenta: me llamo Giraldo. Le dice que todos en el pueblo están ansiosos por saber a qué vino; casualmente esperan, desde hace dos años, a un inspector del Ministerio de la Agricultura, pues les ofrecieron la variante de las cooperativas

y no la aceptaron, y desde entonces no han sabido nada más. Adrián explica que no es ningún enviado y que el viaje es para llevarles la carta. Cuando termina de relatar la razón de su presencia, el viejo queda perplejo, después sale con prisa.

Adrián continúa tomando el café pero no le gusta y va a escupirlo por la ventana; asomado a ella observa el pueblo y es igual a tantos otros que había conocido antes. Al rato, Giraldo regresa con varias personas, tienen rostros amables y lo tocan suavemente por el brazo.

—¿Verdad que usted me contará sobre mi hijo? —dice una vieja con tantas arrugas que es imposible verle los ojos.

Explica que no sabe quiénes son, no los conoció, quiere decir:

—Sólo encontré esta carta y...

—Por favor, dígame algo de mi esposo —una muchacha con su hijo cargado interrumpe—, el niño apenas duerme desde su partida.

Adrián intenta explicarle pero tampoco lo dejan, sólo lo abruman con preguntas. Busca los papeles; pero ellos fijan sus ojos en el pedazo de lona que sobresale de abajo de la cama porque alguien le había puesto el mástil allí. Y una señora se agacha, mira desconfiada y estira la mano para acariciar la lona. En ese momento no quieren hablar, temen escuchar malas noticias sobre sus hijos y varias mujeres comienzan a llorar. Adrián dice que parece haberles ido bien y repentinamente abandonan los sollozos y sonrían.

—¿Cómo viven? —desde el fondo sale una voz masculina que no puede localizar.

–Sólo vine a traer la carta –contesta–, solo a eso. Regresará de inmediato. Únicamente le importaba hacer el favor y ya está cumplido.

–¿Acaso no le gusta este lugar?

–Claro que sí –contesta–, pero es que...

–Debe de sentirse agotado, primero descanse, le curamos las heridas y luego se va.

Adrián sabe que es cierto, el cansancio aún no lo abandona y teme que el sangramiento se agudice y alguna infección le provoque fiebre en el recorrido de regreso. Lo invitan a desayunar y pocas veces en su vida, por no decir nunca, ha visto tanta comida junta. Mientras permanece sentado a la mesa, el resto se mantiene de pie a su alrededor y los que no caben en el interior de la casa observan desde las ventanas, sus movimientos y los de la mujer que aplica fomentos en las heridas. Le anuncian un delicioso almuerzo, pero si prefiere algo en particular sólo debe pedirlo. Siente pena por aquellas personas tan agradecidas, su esfuerzo no vale tanto.

Lo invitan a caminar por el pueblo; no es extenso y los vecinos se asoman por las puertas y las ventanas para verlo pasar y saludarlo. Le cuentan que se fueron ocho muchachos. En aquel lugar todos son parientes. Le enseñan las habitaciones de los jóvenes, que mantienen intactas; los objetos permanecen de la misma manera en que los dejaron a su partida... cada día ponen sus platos en la mesa de sus casas.

–Por si se les ocurre regresar de improviso –dice una señora y le sale una lágrima.

Para el almuerzo los habitantes del pueblo sacrifican una ternera y varios pavos. Le ofrecen arroz blanco, amarillo y moros, tres tipos de potajes

y de postre, dulces caseros y muchas frutas: anoncillos, marañones, nísperos, chirimoyas. Se siente tan desconcertado que apenas prueba los alimentos, no sabe qué decir, no es tanto lo que tiene para informarles, ni siquiera puede asegurarles el destino definitivo de los jóvenes; pero esa parte tendrán ellos que imaginarla, porque no está dispuesto ni a sugerirles la posible y trágica realidad. Que hubiesen escrito aquella carta y luego la ataran al mástil antes de la tormenta, era una posibilidad de lo que pudo ocurrirles; que fueran rescatados y aun así quisieran avisar para que no se preocuparan, era otra.

En el pueblo nunca le anuncian a Adrián lo que debe hacer a continuación; y esta vez lo trasladan a otra casa con una habitación más confortable para que duerma la siesta. Tanta comodidad le molesta. Permaneció muchos meses durmiendo a la intemperie, sobrevivió al paludismo, a las serpientes, los mosquitos, las balas, las granadas, los cuchillos de aldeanos traidores. Todo lo pudo soportar aunque ahora arrastre la secuela.

Afuera conversa un grupo de personas. No puede conciliar el sueño. Sabe que los defraudará cuando sepan lo poco que sabe de la historia. Se levanta y varias mujeres que esperan en silencio, sonríen y una de ellas le pone los zapatos y no atiende a su negativa para hacerlo él, le cambian las botas, éstas son nuevas, y también cambian los paños que cubren las heridas. Le muestran varias camisas y pantalones, que no se preocupara por lavarlos, ellas lo harán. Él dice que lo agradece; pero no puede aceptarlo, se va al amanecer. Ya el descanso es suficiente. Se ponen serias y se van sin despedirse. Vuelve a estar solo y se siente apenado por su falta de tacto. De todas formas ya tomó la decisión de regresar al día siguiente. Ni siquiera pudo soportar el hospital cuando lo internaron después de la batalla donde perdió a gran parte de sus compañeros y a partir de entonces sus gritos comenzaron a ser ajenos, de una boca



que no podía callar, y quería agredir a todos los que se acercaran: los oficiales, los médicos, su propia sombra.

Un señor que no recuerda haber visto antes lo saluda, se llama Clodovaldo, le dice que afuera el pueblo espera para que le cuente sobre la travesía. Él quiere decirle que no sabe absolutamente nada de lo sucedido en el mar, sólo vino a entregar la carta, ésa era su misión y ya la da por terminada. Les regalará varios libros con temática marina y los saca de la mochila, cae al suelo la imagen de la Santa que el viejo se apresura en tomar y queda mirándola sorprendido.

—¿Son ellos?

Adrián no sabe qué contestar, no está seguro de que sea un juego.

—¿Los que van en la embarcación son nuestros muchachos, verdad? —insiste el hombre.

—Es la Patrona de Cuba —le responde.

El viejo mueve los hombros desconfiado y sin quitar la vista de la foto. Adrián la alcanza y sólo con un tirón puede sacarla de los dedos del otro. Y vuelve a guardarla en la mochila sin lograr que Clodovaldo aparte la vista de ella.

El hombre insiste.

—¿Qué daño puede hacerle que relate los hechos —dice el hombre con voz afligida—. Se nota que es un hombre inteligente y de buen corazón; entonces, por favor, acepte, así ellos quedarán satisfechos, para corresponderle le ayudarán a regresar.

Y Adrián recuerda las dificultades que enfrentó para llegar hasta aquel lugar. Sólo de pensar que tendría que pasar nuevamente por lo mismo le quita los deseos de emprender el regreso. Y decide negociar.

Cuando sale están sentados en sillas que trajeron de sus casas, las acomodaron como si fuera un teatro. Por sus rostros, tiene la certeza de que en ese momento nada es más importante que las noticias de la carta. Saca de la mochila los pliegos y comienza a leerlos. Permanecen atentos a la lectura, y cada vez que un detalle se refiere a una de las familias crecen las emociones y los besos. Al llegar a las partes que no pudo transcribir lo advierte y la gente hace gestos de fastidio. Al final, dice que firmó alguien con un nombre terminado en "...aldo". Se quedan defraudados. Pregunta qué sucede y le responden que todos los nombres de los varones del pueblo finalizan en "aldo", es una tradición en homenaje al fundador del pueblo. Aldo creó Loma la Cruz hace ya tanto tiempo, con una yunta de bueyes y mucha argamasa. En el grupo se fueron Osvaldo, Ronaldo, Nivaldo, Romualdo, Waldo, Bernaldo y dos Arnaldo. No sabe qué contestar. Piden ver el mástil con la vela. Por supuesto, dice. Cada persona la besa y seca sus lágrimas. Luego amarran la lona a una vara larga y la izan, y el mástil lo clavan en la tierra a la entrada del caserío. Se mantienen un rato en silencio, mirándola como si a través de aquella tela vieran sus rostros. Después regresan a sus asientos. Siguen a la espera con un silencio incómodo y Adrián siente ganas de correr y alejarse de esta gente. No tiene nada más que leer, las otras partes el agua las ha borrado.

—¿Y para mí qué, señor? —dice llorosa una muchacha—. Mi suegra pensará que su hijo se fue por estar molesto conmigo y querrá echarme la culpa de no tenerlo en casa.

Adrián mueve la cabeza para negar.

—Usted no puede imaginar el valor de cada palabra suya —y se arrodilla, le hala el pantalón—, el peso de cada palabra, la trascendencia en nuestras vidas.

Adrián intenta apartarla, debe pensar, analizar lo sucedido, tiene que emprender el regreso de inmediato. Pero comprende que nada los calmará.

—Está bien —dice—, prometo rescatar las partes que faltan, haré el mayor esfuerzo por complacerlos.

Las mujeres continúan suplicando, le aseguran que si no llegan a saber todo su contenido morirán de tristeza. Y él vuelve a su habitación.

Se acuesta aturdido, cierra los ojos y se echa una almohada sobre la cara para no escuchar sus voces. Necesita pensar, buscar una forma de cómo escapar de esta situación. Entonces decide escribir el resto del día y la noche: cuando amanezca podrá entregarles otra parte del texto y, complacidos, lo ayudarán a regresar. Pide lápiz y papel. Con la mayor paciencia posible va descifrando letra por letra, vuelve a comparar, a revisar, imita la caligrafía. Fija intensamente la atención, apenas puede ver los rasgos y con esfuerzo, la vista perdida dentro de aquellos borrones, casi copiando párrafos de los libros que llevaba, luego adivinando, comienzan a surgir las palabras y se sorprende conjugando letras, sonidos, brotan con tanta facilidad que piensa que eso es realmente lo que han querido contar los jóvenes de la carta. Y las palabras lo transportan, se va dejando caer en otro espacio que se abre como la luz cuando traspasa la neblina y los distingue sobre una balsa, mojados y con frío y miedo, y examina los rasgos de la caligrafía deshaciéndose tras cada oscilación brusca provocada por las olas, y descubre sus rostros preocupados, absortos en los últimos recuerdos de tierra. Y sin que pueda evitarlo las palabras se van convirtiendo en oraciones, después en

párrafos; apenas mira las hojas borrosas, como un río desbordado llena los espacios de la hoja y, por primera vez siente placer, una fuerza que le nace por dentro y lo vuelve poderoso, un dios al que le pertenecen la vida y la muerte, en acto mágico que ni él mismo podía creerse, salvo que no existía nada que pudiera opacar esa sensación de ser útil a los demás, de sentirse la persona más importante del mundo mientras aquellas poderosas imágenes brotaban. Y se traslada en el tiempo y en el espacio: su cuerpo está mojado y con frío, le duelen las manos por las ampollas de tanto remar y el miedo se apodera de cada partícula de su cuerpo; pero su mano no se detiene y las ideas fluyen, y entonces los navegantes dejan algún mensaje para sus familiares, les recuerda objetos que ha visto en sus habitaciones, perros, caballos, el brocal de un pozo, su agua fresca, la sombra del árbol que está justo a la entrada del caserío.

Cuando termina, descubre varias páginas recién escritas, y tiene el cuerpo entumecido, piensa que son suficientes, y las mira sorprendido como si no le pertenecieran, dudando que fueran escritas por él. Acaricia las hojas con ternura: las leerá en la mañana y seguramente quedarán satisfechos. Sonríe. La emoción no lo deja descansar. Y en la noche se levanta de la cama varias veces para releer las historias.

Al amanecer, se asoma por la ventana. La gente sigue en el mismo sitio donde las dejó el día anterior; no sabe si han regresado muy temprano o no se movieron del lugar mientras él permanecía dedicado a la escritura. Se mantienen inmóviles y en silencio.

Sale de la habitación sin asearse, le gustaría terminar lo más rápido posible. No quiere mirarlos, ni siquiera los saluda. Sólo se sienta y fija la vista sobre los papeles, comienza a leer la carta desde el principio, y ellos repiten los mismos gestos y expresiones que el día anterior, como si fuera la primera vez que lo escucharan, se abrazan y felicitan. Aplauden. Piensa que lo hace bien, que al terminar quedarán satisfechos. Se anima

y pone un poco de dramatismo y actuación en las palabras. Ahora cada familia tiene su párrafo en la carta con saludos y consejos, luego les describe algún paisaje marino. La última línea es la despedida de todos los "...aldos". Cuando termina los ve eufóricos, se repiten los pasajes con las palabras que pueden memorizar, agregan otras que no fueron leídas y exageran los hechos leídos como en una espiral infinita. Y siente satisfacción ante la tropa. Los oficiales lo miran orgullosos.

Entonces quiere saber cuál sería la forma más rápida para regresar, y cómo lo ayudarán. Se hace silencio. Lo miran fijamente. Le preguntan si no le gusta la idea de quedarse a vivir con ellos. No tendría que labrar la tierra, su trabajo consistiría en leer la carta por las noches. A pesar de la sorpresa dice que no, sólo quiso hacer un favor, había hecho un trato con ellos y lo cumplió; ahora les toca cumplir con su parte y ayudarlo a retornar. Le responden que nunca incumplen su palabra: hicieron el ofrecimiento como una muestra de reciprocidad. Al escucharlos siente alivio. Le dicen que prepare sus cosas, que rápidamente lo acompañarán a la entrada del pueblo y allí tendrá la posibilidad de retornar.

Adrián entra a la casa. El viejo Giraldo va tras él, mirándolo con atención. Titubeante, pregunta si ha leído toda la carta. Le responde que sí, al menos lo que pudo descifrar. Giraldo insiste en la posibilidad de que queden partes por leer. Comprende la intención del viejo; pero ya no le importa lo que piensen. Le dice que podrían buscarse a otra persona que los ayudara. Sí, contesta el viejo, con seguridad la buscaremos, y abandona con prisa la habitación.

Una señora entra al cuarto y pregunta si no interrumpe. Le responde que de ninguna manera y la invita a pasar; viene con un niño que se oculta detrás de ella, a veces puede verse su cabeza que luego esconde. Le dice que es su nieto y que desde la partida, había dormido por primera vez una noche completa después de escuchar las palabras de

su padre a través de él. Adrián se siente feliz de saber que no ha sido en vano tanto esfuerzo, y piensa que esa sola razón es suficiente para repetir el viaje. Toma al niño por la mano y éste se deja llevar, su mirada es noble y a pesar de su edad, agradecida. Entonces Adrián quiere alegrar al niño y se le ocurre enseñarle el caracol.

—Mira —le dice, y el niño lo retiene entre sus manos y lo mira desinteresado—, escucha —le insiste Adrián—, acerca el oído y podrás saber desde dónde te escribió la carta tu padre.

El niño abre los ojos y toma el caracol.

—Allá adentro quedó el mar —le repite—, ese es el sonido de las olas.

El niño aparta el caracol del oído para mirar a su interior, luego vuelve a escuchar, y repite varias veces los mismos gestos. La abuela desconfía y hace amagos para alejarlo del caracol, teme que dentro haya algún bicho y le muerda la cara.

—Es el mar, abuela, allí está papá.

Y la abuela lo va acercando con lentitud. Inmediatamente las lágrimas comienzan a correrle por la cara y va apretando el caracol contra su piel. El niño lo alcanza después de arrebatárselo a la abuela.

—Papá, ya te oí, ¿estás ahí?.. —grita por el orificio del caracol—: papá, respóndeme.

Adrián se asusta, varias personas se acercan y miran sorprendidos el caracol. Entonces, con un gesto rápido, se lo quita al niño y lo guarda en la mochila.

—Es hora de irme —dice como disculpa.

Al salir, los vecinos comentan que no les ha entregado todas las pertenencias de sus hijos, pues se apropió del caracol; seguramente ellos grabaron sus voces allí dentro y él no lo ha querido devolver. Adrián dice que no es cierto. El caracol es un recuerdo familiar.

—¿Y cómo pudo el niño conversar con su padre?

Insiste en que sólo ocurrió en su imaginación. Le ofrecen comprárselo y él se niega.

—¿Y la foto de nuestros hijos que esconde de nosotras? —le dicen ofendidos—. Los que la han visto dicen reconocer sus rostros. Sabemos que tuvieron la aparición de una Santa. Usted debe entregarla.

Sabe que no vale la pena explicarles y se mantiene callado. Entonces regresan a sus casas. Adrián se queda solo con el remolino que levanta el polvo. Y recuerda la ceniza que entró en sus ojos después de la batalla. A partir de entonces ya nada volvió a ser igual. Tiene la mochila en el hombro y va hasta la entrada del pueblo.

Cuando el sol baja se siente aliviado, pero a la vez inquieto porque cada hora que transcurre reduce las posibilidades de encontrar un transporte. Las pocas carretas que pasan le gritan que van cerca, muy cerca. Así llega la noche y luego el hambre. No quiere entrar al pueblo; quizá ya no sea bienvenido y lo rechacen. Le molesta la aparente tranquilidad, los imagina apostados tras cada rendija. Se quedará allí hasta que aparezca la manera de llegar hasta Caibarién. O mejor emprende el regreso caminando. Y sale, está consciente de lo que deberá enfrentar; pero nada lo detiene. No soporta más tiempo en ese lugar con tantas personas mal agradecidas. Y el viejo Giraldo lo alcanza histérico, y se abraza al mástil clavado en la tierra y lo remueve y logra sacarlo a la superficie.

—Ahí lo tienes —le dice y lo deja caer delante de sus pies—, llévatelo, no lo queremos, devuélvelo al mar junto con el caracol y la foto, aquel es su lugar, nunca debiste haber tocado objetos sagrados, menos traerlo hasta aquí y engañarnos; ahora debes asumir esa responsabilidad.

Adrián intenta negarse pero el viejo lo increpa

—Sí, tienes que llevártelo, y no intentes dejarlo abandonado a la orilla del camino, lo sabríamos de inmediato y no queremos hacerte daño. ¿Entiendes?

Y Adrián vuelve a levantarlo, tiene deseos de llorar, no puede descifrar si es de angustia o de ira. Los movimientos son mecánicos, levanta el madero y al echarlo sobre el hombro recuerda el intenso dolor que sentía a su llegada. Se aleja. No sabe cuánto tiempo camina, el sudor sobre su cuerpo, el calor, la luz del sol en sus ojos, los recuerdos, le provocan mareos, pero resiste, continúa el avance hasta que comienza a caer la tarde. Siente el cansancio de las piernas, sus brazos, la espalda, y un vacío en el estómago que le provoca ardentía. La oscuridad se ha comido el entorno. Y tanta soledad le provoca temor, una desconfianza que lo mantiene alerta, el sobresalto se va convirtiendo en miedo, luego en pánico, una aprensión que lo disminuye, le endurece los músculos, se le engarrotan y no le permiten caminar. A veces le parece escuchar voces, pasos, ruidos y respiraciones y manotea al viento sin dirección para espantar algo que le viene encima, quizá sean los kwachas, y luego resulta ser aire. Piensa que puede ser el viejo Giraldo en constante vigilia para que no abandone el mástil. A cada rato parece quedarse sin fuerza, pero alguna idea en su interior levanta el ánimo perdido y continúa avanzando. Llega el momento que pierde la noción, avanza por inercia y se va dejando caer, tiene los músculos tensos y cierra los ojos. No sabe cuándo deja de sentir hambre ni miedo, ni cuándo se duerme. Sólo siente el frío de la soledad y el vacío de no existir.



Al despertar, se encuentra otra vez en la misma cama, como si su partida fuera un sueño. A pesar de no ver a nadie le dejan sobre la mesa abundante desayuno, tiene deseos de tomar alguna fruta pero prefiere no hacerlo. Recoge la mochila, la sangre moja el hombro de la camisa y corre de vuelta al camino; el sopor que sale de la tierra le recuerda el sufrimiento de la noche anterior, y decide no retomarlo así. El mástil está enterrado en el mismo lugar. El viejo Giraldo se le acerca para advertirle que si emprende el regreso no olvide llevarse el mástil. Mientras permanece allí pasan algunas carretas, pero le dicen exactamente lo mismo: van cerca. Cuando comienza a caer la tarde llora como un niño.

Amanece y aún está a la entrada del camino. No soporta la debilidad y el agua se le ha terminado. Comienza a llover y se guarece debajo del árbol; después la ropa se le seca sobre el cuerpo. Luego otra noche, y otra, y la fiebre lo abraza, delira, entonces ya no tiene fuerzas, apenas puede distinguir las figuras, no logra mantener los ojos abiertos, y ya no puede llorar. Tiene los labios cuarteados, la lengua reseca, y no sabe cuándo comienza a arrastrarse hacia las casas. Por favor, los necesito. Pero no le abren las puertas. Ofrece su amistad. Las ventanas están cerradas. Con el último aliento les dice que entregará el caracol y la foto; pero, por favor, ayúdenme. Y se abren puertas y ventanas y la gente sale a socorrerlo; pero ya él está inconsciente.

Duerme dos días seguidos y se levanta asustado. Varias mujeres le piden que no tenga miedo, todo está bien. Lo han cuidado y ya no tiene fiebre. Al verse aún en aquel lugar deja caer su cuerpo en la cama, cierra los ojos e intenta dormir nuevamente. Las mujeres lo sientan y le ponen un babero para darle una sopa caliente, y tras cada cucharada le limpian los labios con un pañuelo. Después lo bañan y visten. Busca en su mochila el caracol y la foto y no los encuentra, tampoco está la cajita de los anzuelos. Le dicen que las pertenencias de sus hijos fueron devueltas a los familiares y señalan hacia la ventana, observa que hay una fila para

tocar los anzuelos, mirar la imagen de la Santa, y escuchar el sonido del caracol: le susurraban algo al interior, como si hablaran por teléfono.

El viejo Giraldo se le acerca sonriente, le pone el brazo sobre los hombros.

—Le ha proporcionado al pueblo una felicidad incalculable con la decisión de quedarse varios días —y levanta los hombros—, sólo unos días más, qué le cuesta, ¿verdad?

Adrián no le responde, sólo lo mira fijamente. Como ya sabe que salir de allí sin su ayuda es imposible, intentará llegar a un acuerdo con ellos.

—Está bien —dice—, me quedo unos días; pero después ¿cómo me voy?

El viejo promete darle una bestia para el regreso, le regalarán un buen caballo, no importa lo que luego haga con la bestia, será de su propiedad. Adrián mueve la cabeza y dice que está conforme, ojalá lo cumplan como él hará con su parte. El viejo vuelve a sonreír y señala los lápices y las hojas que aguardan sobre la mesa.

En las mañanas y en las tardes escribe, y en las noches lee a las familias que continúan con la misma ansiedad. No les importa de dónde ha sacado aquellas historias que les cuenta, sólo quieren oírlas y pensar que son de los jóvenes que se fueron. Les cuenta, en esa larga travesía por el estrecho, enfrentamientos en el mar, pesquerías de tiburones y tesoros escondidos en islas deshabitadas.

La cola para escuchar el caracol nunca se acaba. Siempre quieren oír aquel sonido que los encanta. Adrián camina por el pueblo como si fuera una sombra, oculto en la realidad de sus historias. Pasa un mes desde la última vez que habló con el viejo Giraldo. Pregunta si ya es

suficiente, si podrían facilitarle el caballo. Giraldo le asegura que en la noche hablará con la comunidad y después le dará respuesta.

Esa noche espera impaciente por la respuesta. Dentro de la habitación camina de un lado a otro y se asoma varias veces por la ventana. Luego se queda dormido. A la mañana el viejo se le acerca con un hermoso caballo, es tuyo; luego le señala una montura que aguarda en el portal, ésa también es tuya. Adrián no puede reprimir la alegría.

—Pero tendrás que estar quince días más para pagar la montura.

—¿Quince días más?, ¿no le parece un abuso, señor Giraldo?, ¿no cree que es suficiente con todo lo que hice?

—No es mi culpa —responde el viejo—, es la decisión de la mayoría... Lo toma o lo deja.

Adrián rechaza la montura, no le hace falta, en su lugar pondrá un saco.

—Ése sería otro trato que debo consultar con los que me enviaron.

Y Adrián se desespera al ver que se lleva el caballo.

—Está bien —dice es perfecto y justo el trato, quince días más y podré irme. Giraldo vuelve a sonreír: así me gusta, siempre demuestra que usted es una persona inteligente.

Continúa escribiendo por el día y leyéndoles por las noches. Y sólo cuando escribe no piensa en su casa, en ese momento no pertenece a ningún lugar, nada es más importante que la historia que cuenta, y se le olvidan los horrores de la guerra, ya no lo martirizan las imágenes de los muertos, el olor a carne quemada mientras la pólvora humea entre la sangre que escapa por los orificios. La angustia regresa en el

mismo instante del punto final cuando termina de contar, imaginarlos en medio del mar, siente cómo el dolor regresa para alojarse en el pecho. Piensa que si no termina con esa agonía se volverá loco y nunca volverá a ser el mismo. La mañana que se cumplen los quince días, prepara la mochila, ahora un poco más abultada porque en los últimos días ha hecho copias de todas las historias escritas.

El viejo Giraldo le trae el caballo con la montura y el mástil amarrado a un costado. El pueblo se asoma a despedirlo y con un gesto de la mano dice adiós, y le suelta las riendas al caballo que inmediatamente salta para dar su primera zancada; poco falta para que caiga, pero nadie hace el menor gesto por sujetarlo. En minutos los pierde de vista y se calma cuando mira hacia atrás y ya no puede ver a nadie. Pasará la noche viajando, para al amanecer llegar a Caibarién. Según se aleja comienza a sentir tristeza. Se pregunta si su vida tendrá sentido sin aquellas personas que esperaban impacientes cada texto suyo. El caballo toma el trote deseado y después, paulatinamente, lo hace más aprisa; al principio no le preocupa tanto. Y vuelve a mirar hacia atrás como tantas veces. Pero el caballo continúa apresurando el paso y Adrián no lo puede controlar, apenas logra sujetarse, el caballo gira y toma su propio camino, con seguridad de regreso al pueblo. En una pendiente pega un salto e incapaz de sostenerse en la grupa, Adrian se va separando de la montura, y da muchas vueltas en el aire antes de caer por la quebrada, hace un esfuerzo por levantarse pero la intensidad de los dolores le provocan un grito que se convierte en alarido.

Cuando el caballo entra solo al pueblo, los familiares aún permanecen en la misma posición, silenciosos. De repente la alegría los invade y se abrazan dando saltos. Varios hombres se unen a Giraldo y van en busca de Adrián. Lo encuentran donde habían supuesto, de allí no pasaría, dice uno y cobra una apuesta bajo la mirada acusadora del viejo Giraldo. Está sin conocimiento, y el viejo le alza la cabeza y le hace probar de

su cantimplora, y sin ocultar la alegría dice: con esta agua que bebes ya nos perteneces. Luego lo suben del barranco y lo llevan de vuelta. Se mantiene muchos días delirando.

Al despertar, Adrián tiene las piernas, un brazo y los dedos de una mano entablillados, y las heridas vendadas.

—Te salvaste de milagro —dice Giraldo—, después de tu partida nos quedamos intranquilos y fuimos tras de ti para acompañarte; entonces vimos el caballo de vuelta.

Adrián los escucha aún sin poder creer su situación.

—Llevas ocho días en cama —continúa Giraldo—, pero no te preocupes, tendrás lo que necesites, aunque muchos estimen que no lo mereces.

Apenas puede contestar por la inflamación de la cara, tiene un labio desgarrado y golpes y heridas por todo el cuerpo.

—Parece que el destino te trajo para quedarte —dice Giraldo y sonrío—; eso pasa —luego el viejo se va y cierra la puerta.

Adrián se queda en la penumbra. Es la hora de la tarde, cuando el sonido de los pájaros se deja de escuchar. Observa la mesa donde reposan los escritos. Lo que más le afecta es no poder escribir, piensa en el tiempo que pasará sin hacerlo. Desea que las heridas sanen con rapidez para comenzar una historia. Mira su mano, es imposible, pero se consuela pensando que por lo pronto podrá escribir en la mente; sí, eso, lo imaginaría todo, memorizará cada palabra, cada frase y después al papel. Está un rato buscando un tema y, de repente, recuerda el último domingo de pesca, la desembocadura, el mar que se ofrece después como el sueño de una gran aventura; luego el río, el momento en que descubre el mástil, queda mirando sus vetas verduscas y se pregunta

si debe levantarse de la piedra. No, no vale la pena abandonar aquella sombra tan placentera; pero la curiosidad es muy fuerte, conoce de personas que encontraron a la deriva pañuelos, anzuelos, ropa interior. Sin saber por qué, no deja de mirar el madero. Teme que el reflujó vuelva a sacarlo mar afuera.

Y echa a correr por la orilla. Lo ve acercarse, se detiene y estira la mano y sus dedos rozan la madera sin lograr retenerla, y nuevamente echa a correr hasta el bajío y entra al agua como si fuera la última oportunidad de atrapar el mástil.

Porque también quedaría la posibilidad de recordar a sus compañeros que no regresaron, escribir sus últimos momentos. No puede dejar de preguntarse si es un hombre con suerte al mantenerse con vida después de los sacrificios y de los muertos. Y cuando hace el recuento surgen tantos sentimientos, tantas dudas...

A veces piensa que su destino es morir en tierra ajena. Quizá era mejor opción haber quedado enterrado en aquella tierra lejana.



CUATRO ESCRITORAS  
CUBANAS SE  
VAN AL PARAÍSO

CARLOS ESQUIVEL



---

**Carlos Esquivel** (Elia, 1968). Poeta, narrador y ensayista, ha publicado, entre otros, los libros *Perros ladrándole a Dios* (1999), *Fuera del círculo* (2000), *Balada de los perros oscuros* (2001), *Tren de Oriente* (2001), *Los epigramas malditos* (2001), *El boulevard de los Capuchinos* (2003), *Zona Negra* (2005), *Toque de queda* (2006), *Matando a los pieles rojas* (2008), *Los hijos del kamikaze* (2008), *Los ciclos de nadie* (2012) y *La autopista cero* (2016).

Nicolasa Guillén, Virgilia Piñera, Regina Pedroso y Josefa Lezama Lima se van al paraíso por una semana, pero al llegar allí descubren que, en realidad, han ido a los pies de un destartado hotel para escritores donde deben imaginarse que llegaron al paraíso.

Deben pagar una enormidad por alojarse allí y entre los huéspedes que les acompañan están los infames escritores de tantos países que ellos siempre intuyeron como infamias de las letras. Se miraban asombradas, no podían renunciar, una semana se iría rápido en el paraíso, dijo Nicolasa, que era quien colgaba el cartel de yo mando aquí, hay que hacer lo que yo estime prudente.

Nicolasa Guillén, Virgilia Piñera, Regina Pedroso y Josefa Lezama Lima se alojaron en destartadas habitaciones y por la noche, después de una irrisoria cena, recibieron la invitación para una gala literaria donde debían zamparse las lecturas de varios de los infames escritores que les acompañaban.

Virgilia Piñera dijo que mejor bebería alguna copa en un bar cercano. Nicolasa no pudo impedirselo, también clamaba por un escape que debía zambullir dentro de su simulada oficialidad. Las otras pretendían demostrarle su fidelidad en toda circunstancia, y quedaron allí.

Y durmieron plácidamente mientras sus colegas leían poemas somníferos. Plácidamente no. Mientras ocurría la lectura, Nicolasa soñó que en una de las calles del paraíso se encontraba a un hombre que se dedicaba a comer libros de autores cubanos. Tienen un sabor horrible, le dijo el anciano que masticaba una novela recién publicada. Los que peor saben son los de Guillén, demasiado rípidos, como si el condimento más artificial fuese el propio nombre del autor. Cuando Nicolasa intentó reprender al comedor de libros, asirle el cuello, despertó con sus manos en el cuello de un poeta de Costa Rica.

Regina Pedroso soñó que se había suicidado seis veces. Sin éxito, o con éxito, según se mire. Suicidios estrambóticos. Uno de ellos consistía en vivir como un ciudadano normal en su país. Una voz desde el interior del sueño le rumoraba que este episodio onírico resultaba muy agotador, que ningún castigo se antojaba tan drástico como este. Despertó sobresaltada, creyendo que estaba en su casa, viviendo y muriendo el suicidio como la punición final de sus días. Después el alivio la atravesó por unos pocos segundos.

Josefa Lezama Lima sufría espantosas pesadillas, noche a noche. Por eso recelaba de esos límites casi incomprensibles entre el sueño y la realidad. Su ingenio le había hecho capaz de crear un punto intermedio. Saltaba de un lugar a otro con una impenitente autonomía. Lo que no podía controlar era el asunto referido al salto. Al momento del salto. Un momento que podía durar medio minuto o unas pocas horas. En ese momento ella no pertenecía a ninguno de los dos sitios. Buscaba con su ingenio la manera de penetrar esas redes pero le resultaba imposible. En el salto ella no era ella, no pertenecía a lugar alguno, no existía. Después entendió que era testigo y parte de una de las metáforas más sugestivas con que la muerte acorralaba a los sueños, y entendió que Freud, Borges, o cualquier otro, le envidiarían torrencialmente esas sensaciones que le gobernaban. Entonces sería preciso entender que Josefa no durmió ni estuvo despierta mientras acontecía la velada literaria. Estaba en un lugar llamado salto.

Virgilia llegaba tarde y al ver a sus amigas dormidas decidió, después de sentarse en una de las últimas sillas del teatro, echarse a los sueños como dócil dama penetrando en una dócil novela fantástica.

No tuvo sueños relevantes. Soñó, más bien, con flores. Flores espectrales y dormidas.

Cuatro escritoras cubanas se fueron al paraíso, pero el paraíso era demasiado parecido a lo que ellas no creían que fuera el paraíso.



# ESTELA

CLARA MAYLÍN CASTILLO

---

**Clara Maylín Castillo** nació en Niquero, Granma. Es Licenciada en Letras por la Universidad de Oriente, en Santiago de Cuba. Obtuvo, con la pieza *Sacrificio*, el XI Premio Ricardo López Aranda de textos teatrales, convocado por el Ayuntamiento de Santander, en Cantabria (España) en 2015 (la editorial AE publicó en 2016 el libro con que ganó este concurso). *Somos hombres*, su libro de cuentos, fue publicado por la Editorial Bayamo.

Llegó poco después de medianoche, cuando estaba por pensar que la jornada correría sin acontecimientos. Noté que en otro tiempo debió ser más hermosa, aunque todavía atesoraba algo de sus mejores años. Traía un vestido negro y escotado que dejaba asomar por la parte inferior la punta de las nalgas. Su aspecto denotaba constante presunción. Me dio lástima. No sabía el mal olor que traía encima y mucho menos que nosotros lo entendíamos.

Fue fácil quedarnos solos. Cuando los que estaban en el salón me vieron preparando condiciones salieron en masa, sin disimulo, para no compartir una experiencia que me pertenecía por derecho. Cerré la puerta con llave, encendí un cigarro y puse algo de rock. Me senté en una silla, frente a ella, a fabricar círculos de humo. Era relajante, aunque no había preámbulos eróticos. No podía haberlos. La pobre... Yo creo que llegó nerviosa. Se quedó acostada en la mesa, rígida, sin objeciones. Aún así la hice venir a mí. Lo pensé, lo pensé. La mente es una fuente de energía. Y sucedió. Se paró en la puerta y me miró con cara de tigresa en territorio propio. Advirtió que mis ojos se le habían pegado a los muslos y los recorrían con todas las artes de la diplomacia, y casi se le cuelan cuando cerró de golpe el camino, extendiendo el vestido hasta lo imposible con un gesto de reproche. La observaba poderosa entre el humo y la guitarra eléctrica, estirándome la sangre con su ingenuidad premeditada. De la música salía una voz, soy virgen, como un background que hallaba eco y crecía, soy virgen, virgen, y le seguía una sonrisa de pubertad adornada de amarillo y de nuevo soy virgen y con una timidez excitante se movía, soy virgen y se me acercaba dominante, sensual, hedionda, indecisa, soy virgen y yo me frotaba con mi carné de identidad, erguido y armado, hasta sacar chispa del roce. Estaba allí, bajo el foco de luz, fría y calculadora, mientras yo me exprimía y, ya parado, le vertía mi esencia en su ombligo.



No pidió nada a cambio. Se quedó acostada, inmóvil, aguardando mi regreso. No me molestaba su apatía, al contrario. Ella estaba allí por mí y sólo para satisfacerme a mí. Sé que por dentro, desde sus vísceras, me esperaba ardiente sin manifestarlo, porque las mujeres como ella esconden el deseo en el pudor. Regresé junto a la mesa y la besé sin cerrar los ojos, observando sus grandes ojos blancos aún abiertos. Ella me miraba fijo, me amaba. Decidí nombrarla, como a las otras, para que se supiera trascendente. Se lo susurré al oído, te llamas Estela, mi amor, tan bajo que perdí la certeza de haberlo dicho. Para cualquier mujer sería un honor llamarse Estela, porque tiene su raíz en la palabra latina stella, que significa estrella, lo que da el boleto para viajar en la otra vida al firmamento. Ella se sentiría más halagada aún porque ese era el nombre de mi madre. Y yo lo único que recuerdo de ella es la noche que pasé abrazado a su cuerpo, cuando era un niño, después que mi padre huyó. Estuve toda la madrugada embarrado de sangre, llorando hasta que amaneció y se la llevaron. Pero esa es una historia que no le conté a mi Estela. No era justo arruinar el momento, así que le quité el vestido poco a poco hasta ir descubriendo cada uno de sus hematomas. Subí a la mesa y me quedé de rodillas. Su fetidez me absorbió, me excitó. Quise dedicarle un poema que cupiera entre mi desnudez y la suya, una obra de Baudelaire, el poema de amor más sublime del mundo. Recuerda aquel objeto que vimos, alma mía/un día estival y soleado/al borde del camino, una carroña infame/en un lecho de piedras sembrado. Adobé sus senos verdosos de placer y pasé mi boca febril por toda su superficie, tragándome su ser en trozos de nieve pestilente. Volví a pensar. El sexo es un ejercicio de la mente. Me pidió a gritos que descendiera. Me paré y obedecí. Fui engulléndome su identidad hasta oírla estallar en gemidos. Entonces la halé hacia mí, coloqué sus piernas en mi hombro y desembarqué en su bahía, despacio, observándola jadear sin mover los labios, declamándole. Con las piernas al aire, como una mujer lúbrica/quemante y sudando veneno, abría de manera abandonada y cínica/su

vientre de emanaciones lleno. Le hablé de la forma más dulce posible. Mi voz, el fondo metálico, mi voz que ella no escuchaba, la luz, su hedor, mi voz, mi voz... El sol resplandecía sobre esa podredumbre/como para cocerla a punto/y devolver el céntuplo a la Naturaleza/cuanto ella había puesto junto. Nuestras identidades se fundieron en llama y alcohol. Más. Más. Gritaba. Le tapé la boca. Mi Estela. Mujer preciosa. Mía, sólo mía y de nadie más. Yo llegué a su vida para trascender. No sería uno más, estaba convencido. Sería el último combate, el último soldado. Y sin embargo/igual serás a esta basura/a toda esta horrible infección/estrella de mis ojos, sol de mi vida entera/tú, mi ángel y mi pasión! De habernos conocido antes, quién sabe lo que habría pasado. Era ella, la mujer de mi madrugada, más mujer que mi mujer, más deseable que mi mujer. Me juró amor eterno y le creí. De recordar a alguien sería a mí, a mi crucero provocando un remolino en su bahía, un vaivén de corrientes contrarias. Le apreté el vientre y me mantuve anclado. No estaba fría del todo. Algo se le quemaba adentro y yo allí, ensopado de sudor, me dejaba incinerar gustoso. Le besé las piernas, con besos cortos, y la vi sonreír. Me pregunté qué sucedería si lograba fecundarla, si uno de mis mensajeros lograba franquear pausa y marcar play. Sería niño, o niña, o qué sé yo. De todas formas se iría con ella y ya no podría vivir tranquilo. Estaría alerta el resto de mi vida, con insomnio, esperando que en cualquier momento y de cualquier parte alguien me gritara ¡papá! No era buena idea. No. Ella me miró, diciéndome nada con sus bellos ojos blancos. Los dos sabíamos que era mejor expatriar a Descartes, no pensar, no dudar, sólo importaba ser y no ser. Así que reanudé las hostilidades, esta vez encima de ella, abrazados. Puse mi oído cerca de su boca para escuchar sus quejidos mientras yo volvía a escupir versos ajenos. Sí, tal habrás de ser, oh reina de las gracias/después de los últimos rezos/cuando bajo la hierba florida y lujuriente/te enmohezcas entre los huesos. Lloró. Sin detenerme le enjuagué una gota de pus que brotó como una lágrima. Para consolarla terminé el poema. Entonces,

oh mi bella, diles a los gusanos/ que te devorarán a besos/ que yo guardé la forma y la esencia divina/ de mis amores descompuestos. En medio de mis entradas y salidas le prometí una flor para el día siguiente y no volví a hablar. Dilaté cada segundo, añorando estar anclado para siempre, inhalando el vaho a fiera putrefacta. La apreté con fuerza y deseé tatuarla con los dientes. Ella hizo una mueca lujuriosa. Remé hasta que se precipitó el naufragio. La luz, su palidez, yo perdiéndome en su mar podrido, bien adentro. Me aferré a ella. Pensé en una rosa bien blanca, como todas las que ofrezco a mis Estelas y me habría quedado dormido si los golpes en la puerta no me hubieran desconcentrado. Eran ellos. Siempre con lo mismo, entorpeciendo la sublimidad de la metáfora. Querían saber qué pasaba y exigían prisa. Debían saberlo todo para iniciar la investigación. Yo no abrí y simulé estar molesto. Les grité que tuvieran calma, que si me creían mago, que la cosa se había complicado y se demoraría, que figúrense, no es fácil trabajar con alguien que lleva más de treinta horas muerto.

# LOS CULPABLES

ERNESTO PEÑA

---

**Ernesto Peña González** (Santa Clara, 1976) es Premio Alejo Carpentier de novela (2010) con *Una Biblia perdida*. Ha publicado, entre otros, los libros de narrativa *Si vives lo suficiente* (Editorial Sed de Belleza. 2012), *Museo de ángeles caídos* (Editorial Capiro. Premio Fundación de la Ciudad de Santa Clara, 2007) e *Interior de una casa inexistente* (Reina del Mar Ediciones. 2005), así como el poemario *Vestigios de Sibaris* (Ediciones Sed de Belleza. 2005).

*Dentro de cien años, cariño, le decía a Jensine, todo dará igual*

*Las perlas. Isak Dinesen*

Sentía un cansancio pesado en hombros y cuello porque no había dormido casi nada durante la noche. De camino a la parada del ómnibus se detuvo y tomó asiento en un banco del parque Vidal. El invierno lograba enlentecer los modos de caminar de la gente, y de ocupar el espacio: nadie se apresuraba a guarecerse bajo las sombras de los soportales.

Recordó una foto cerca de ahí, él junto a sus amigos de la universidad, enfundados en vívidos abrigos, sonreían expandiendo la alegría de los 21 años. Sobre los adoquines pulidos por la llovizna se licuaba la escasa luz del cielo gris claro. De fondo, un arbusto extraño, tronco negro y florecillas amarillo fosforescente. Ellos eran seis. Tres parejas, una tropa feliz, y todo el tiempo futuro, sin nada por definir. Y el sexo, el amor, las bromas, las fiestas.

Consultó la hora en la torre de la CMHW y pensó que si no se apresuraba llegaría tarde. Se incorporó, pero el cansancio le atenazó otra vez los músculos del cuello.

Si llegaba tarde, su jefe, que lo envidiaba secretamente, generalizaría delante de todos en la reunión matutina: “Bueno, Pablo, ¿es que nunca puedes llegar temprano?”.

Solo era preciso llegar temprano los lunes. El resto de la semana, el jefe apenas se dejaba caer por la oficina.

Pero la causa de su cansancio e insomnio previo consistía en que debía confesar a Jaime y a Miriela (una de las parejas universitarias que

aparecía en la foto) que él había tenido un romance con Janet, la hija de ellos. Sería una tontería, algo sin importancia, si no fuera porque unos días atrás Jaime y Yenki, el ex novio de Janet, como dos perros celosos, dos perros del infierno, se habían enzarzado en una pelea ciclónica de búcaros rotos y ofensas pestilentes.

Para aumentar algo su mísero salario oficinesco, Pablo impartía clases de inglés y francés en su propia casa. Una tarde, Janet tocó a su puerta y dijo que quería inscribirse. El tono de su voz, un short muy corto del que surgían dos largas piernas muy blancas y una sonrisita irónica dieron la alarma a Pablo, pero no obstante la invitó a pasar.

—¿No me reconoce, profe? —dijo ella, sentada en el sofá, las piernas cruzadas.

—Eres la hija de Jaime.

—Dicen las muchachas de mi aula que usted es muy buen profesor.

Pablo la miró a los ojos sin responder.

—No se ponga cursi y me diga que puedo ser su hija —Janet se puso en pie lentamente y se aproximó a él.

A Pablo le disgustaban las mujeres agresivas, que presuponían que él sería un blanco fácil; le molestaban más aún si se trataba de jovencitas presumidas, criadas a miel y ambrosía. Sin embargo, su erección contradecía ese prejuicio. Tampoco había que hacer ascos a un regalo caído del cielo. Su vanidad le susurraba que se lo merecía. Él no había elegido poseer unos ojos almendrados, una expresión de depredador y par de brazos musculosos que terminaban en dos manos grandes.

Janet le acarició un hombro y él la apartó un poco.

—No, no parece... —dijo sin convicción, pero ella ignoró el comentario y le masajeó el bulto.

Enseguida introdujo la otra mano habilidosa por debajo del pulóver de Pablo y en un periquete, se puso de rodillas a cantar karaoke. Todo el tiempo Pablo le acarició el cabello oloroso a champú de manzanas.

Tuvieron una jadeante luna de miel de dos días.

Al tercero, mientras Pablo se servía una taza de café, alguien aporreó la puerta como si fuera el dueño de la casa. Pablo abrió, el rostro crispado, y se encontró a un jovencito anodino de mucho gimnasio, tatuaje en hombro, cejas arregladas y diamante en la oreja.

—¡Dime que te equivocaste de casa! —le soltó Pablo sin preámbulos.

La frase desconcertó al joven.

—Yo... Janet... ¿Usted es profesor de inglés? —dijo al fin recuperando algo de su rabia original.

—¿Quién eres tú?

Ya Pablo se imaginaba de quién se trataba.

—Yo soy Yenki, el novio de Janet.

—¿Y qué quieres, Yenki, novio de Janet?

De inmediato Pablo se arrepintió de su broma.

—¿Tú te estás burlando de mí, viejo?



Pablo respiró hondo por varias razones: el jovencito estaba desesperado, tenía un complejo de inferioridad que se lo comía vivo, y Janet estaba desnuda, dormida en la cama.

—Mira, muchacho. Yo no te conozco a ti, ni tú a mí. Viniste a mi casa, tumbando la puerta, buscando a no sé quién, y encima...

Pablo no terminó la frase. Yenki había dado media vuelta y se alejaba a paso rápido. Histeria, escasa atención y memoria mínima, pensó Pablo, a quien le disgustaban los nuevos chicos metrosexuales que pasaban demasiado tiempo ante el espejo.

Para su desconcierto, Janet se rió a carcajadas cuando él contó la anécdota durante el desayuno.

—Ese es mi novio —concluyó.

—¿Tu novio?

—Bueno, era. Nos separamos hace cuatro días.

—Cuatro días —susurró Pablo, pensativo—. Bueno, es hora de irte —añadió.

—¿Me estás botando? ¿Qué te dije?

—No me interesan las mujeres casadas ni con novios.

—Te dije que nos separamos.

—Él parece que no se ha enterado.

—Él nunca se entera de nada. Terminamos porque él piensa que yo soy su tatuaje, que tengo que estar con él todo el día. Se pone celoso de

mis amigas, hasta de mi papá está celoso. Mi papá lo botó una vez de la casa... Me cansé.

—Y viniste aquí a refugiarte.

—¿A refugiarme?

—¿Cómo sabía él que tú estabas aquí?

—No sé —dijo Janet desviando la mirada—. A lo mejor le comenté a alguien que quería aprender inglés. Seguro que me está buscando.

Pablo bebió un sorbo de café.

—Mira, la hemos pasado bien este fin de semana, pero si quieres volver aquí, creo que debes resolver ese problema y no traérmelo a mi casa. Nosotros no vamos a ser pareja, ni nada por estilo; no voy a ir a tu casa a pedir tu mano, ni a...

—¿A pedir qué? —una fea mueca le desfiguró el rostro.

Pablo resopló.

—Olvidalo —dijo.

Como un ratoncito, Janet mordisqueó largo rato un huevo hervido. Entrecerró los ojos.

—Una vez oí a mis padres hablando de sus amigos de la universidad y hablaron de ti —clavó la vista en los ojos de Pablo, pero este no dijo nada. Ella continuó—: Tú habías hecho una visita a la casa con tu última mujer, que era una muchacha de la universidad. Yo era una niña y me impresionaste. Después ellos se quedaron hablando y dijeron que tú eras de lo más inteligente, pero que no querías hacer nada con tu vida, ni

prosperar en el trabajo, ni hacer familia; que lo único que te interesaba era el sexo, y que ibas a terminar siendo un viejo solitario de 60 años persiguiendo jovencitas de 20.

Pablo sonrió con desdén.

—¿Estás molesta, eh?

Ella permaneció en silencio, masticando su rencor. Después recogió su ropa, se vistió y se fue. Pablo, sin abandonar su sonrisa sardónica, la dejó hacer. No discutir con las mujeres era su arma más eficaz.

Sentado en un banco del parque se reprochaba no haber escuchado a Janet con mayor atención. Sentía que había faltado a Jaime, a su antigua amistad. Dominado por su conocido impulso, había soslayado todas las convenciones pueblerinas; convenciones en las que él no creía, pero que regían la vida moral de la mayoría de la gente. Se imaginaba frente a la estupefacción y el consiguiente malhumor de Jaime, quien ya soportaba la carga de tener que controlar a una hija nada domeñable.

Pero... ¿no estaba siendo demasiado anticuado?, se preguntó. ¿A quién le interesaba en la actualidad lo que hiciera con su coño una chica de 18 años? La mayoría había perdido la virginidad a los 14 y a los 18 eran verdaderas profesionales en el arte de complacer a un hombre y evitar embarazos indeseados.

Bueno, eso tampoco podía ser excusa para evadir su responsabilidad y comportarse como un cabrón. En definitiva él todavía creía en la amistad por encima de casi todo.

Repentinamente cruzó hasta la esquina del café literario, antes de que otro subterfugio le hiciese cambiar de idea. Marcó el número de su trabajo.

—¿Lourdes? Es Pablo —carraspeó en busca de un tono de voz creíble—. Dile al jefe que no puedo ir a la reunión. Me duele todo. Parece un virus... Sí, gracias, Lourdes, lo voy a tomar.

Dos cuadras antes de llegar a casa de Jaime, vio aparecer por la acera contraria a Janet, que iba de la mano del gran Yenki, su novio.

Vaya, se dijo Pablo. Ella lo saludó moviendo una mano y él le correspondió levantando las cejas y frunciendo los labios. El tal Yenki enrojeció de ira, pero Pablo, el semblante grave, levantó un brazo en señal de “hola, todo está bien”; gesto que confundió al chico, que por demás no era tan difícil de confundir. Mujercita, susurró Pablo al doblar una esquina de regreso a su casa. El bueno de Jaime no se merecía otra preocupación.

Prendió el televisor. Teleclases. Telesur. Un ridículo musical español de los 60. *Animal Planet* presentando a un montón de personas que se atormentaban a causa del estrés de un perro. Apagó.

Nunca se había aficionado a las mascotas, ni a la música, ni a la política, ni a la bebida, la comida, el dominó...

A veces veía de nuevo *Blade Runner*, o pensaba en algunos cuentos de Phillip K. Dick sobre autoprogramación mental y transformación de identidad que había leído durante su adolescencia, pero la motivación no le duraba demasiado tiempo.

Nada le seducía de veras salvo las caritas de lobeznas feroces disfrazadas de caperucitas. Conservaba de ellas una memoria cinematográfica. Recordaba gestos mínimos de las bocas, movimientos de manos, modos de dormir, tonos de voz, olores... en el fondo se comportaba como un enamorado, aunque la gente lo juzgara un simple mujeriego desalmado.

También pensaba en lo arraigados que estaban los celos sexuales entre los hombres y las mujeres. Podían tener varias mascotas, hijos, amigos, y quererlos si no por igual al menos mostrando cierta justicia; pero en tu relación sexual no estaba permitida la heterogeneidad. Era todo o nada. “O ella o yo”, imposible dos al mismo tiempo. Incluso las personas más apáticas montaban en cólera contra la “traición” del adúltero. A él mismo le resultaba incómodo sostener un romance con una mujer casada. Una atávica pulsión se lo impedía, como el bestial jefe de la manada que no deseaba compartir a sus hembras.

Sonó el teléfono. Seguro era su madre que ya conocía que su “niño” no había asistido hoy al colegio.

—¿Pablo?

—¿Quién es?

—Glenda.

Glenda. Solo conocía a dos Glendas. Una mulatica muy tímida, condiscípula del 4º grado; y a Glenda la Salvaje, una loca de la época universitaria que gustaba ponerse bocabajo y que le dieran mordiditas en las nalgas. Pablo sonrió.

—¿Qué hay, Glenda? —dijo. La última vez que la vio conservaba su curvilínea belleza bajo un ajustado uniforme de enfermera. Era un tópico tan común que daba alegría.

—Es Jaime —dijo ella.

El rostro de Pablo se contrajo de pronto.

—¿Qué pasa con Jaime?

—¿No es tu gran amigo?

—Sí ¿por?

—Mira, no sé si... a mí no me interesa, pero como tú me decías que ustedes seguían siendo grandes ami...

—Glenda, suéltalo, me estás poniendo nervioso.

—Llegó aquí al hospital más muerto que vivo. Dos puñaladas.

Pablo se quedó mirando el teléfono. Le corría agua fría por las venas.

—Dos... —atinó a decir.

—Dicen que fue el noviecito de su hija, que...

Pablo colgó el auricular sin percatarse de que cortaba la conversación de forma grosera.

La mirada le cayó a los arabescos de las baldosas donde se configuraron rápidas imágenes fotográficas: Jaime besando a Miriela sobre una roca larga en medio de un río; Jaime embarrado de merengue profiriendo un grito eufórico; Jaime, los hombros caídos, contemplando con ojos borrachos una solitaria yuca frita. Jaime mostrando su título de Licenciado en Veterinaria, al tiempo que sonreía, estirando una comisura a lo ya—terminé—esta—mierda.

El teléfono volvió a sonar y lo sacó bruscamente de su estupefacción.

—¡¿Glenda?!

—Tengo miedo —era la voz de Janet, el tono quebrado y sibilante de quien sufre mucho frío.



EL ABRAZO  
DE AMALIA D.

ERNESTO SANTANA



---

**Ernesto Santana** nació en Puerto Padre en 1958. Ha publicado varios libros de cuentos y novelas, entre ellos *Ave y nada* (Premio Alejo Carpentier, Letras Cubanas, La Habana, 2002) y *El carnaval y los muertos* (Premio Franz Kafka, Agite/Fra, Praga, 2010). Su poemario *Escorpión en el mapa* fue recientemente publicado en Miami por Plaza Editorial. Trabaja como periodista independiente para el sitio Cubanet. Reside en La Habana, donde han censurado varios de sus libros.

Cuando Amalia D. llegó al edificio del tribunal el juicio había terminado ya y estaba cayendo una lluvia espesa que los relámpagos atravesaban desde todos los puntos cardinales. Ónix P. fue condenado a veinte años de prisión y, antes de que los guardias se lo llevaran, Amalia pudo llegar hasta él. Ante la sorpresa de todos y la consternación de sus otros dos hijos, la mujer le dio un fuerte abrazo al asesino de su hijo menor.

Luego no sabría explicar por qué había hecho aquello. Una semana después, aunque sus otros dos hijos ni la perdonaban todavía ni comprendían el motivo de su acto, Amalia, que no había dejado de llorar al menos una vez al día, dijo que no había abrazado al asesino de su hijo, sino a la madre del asesino de su hijo.

Por el resto de su vida, cada vez que pensaba en aquella mañana, no pudo recordar el rostro del joven homicida sino solo la lluvia electrizada por los relámpagos. Y nunca más tuvo el coraje de volver a abrazar a nadie.



HOMBRE EN  
LAS NUBES

FRANCIS SÁNCHEZ

---

**Francis Sánchez** (Ciego de Ávila, 1970), escritor y editor, pertenece al grupo de intelectuales avileños católicos que en 1997 fundó la revista *Imago*. Entre otros libros, ha publicado *Cadena perfecta* (cuento), *Nuez sobre nuez* (poesía), *Un pez sobre la roca* (poesía), *Extraño niño que dormía sobre un lobo* (poesía) y *Llamadme Libertad* (poesía, premio Dulce María Loynaz, 2016, del proyecto Puente a la Vista). Es miembro fundador de la Unión Católica de Prensa de Cuba desde 1998. Junto a Ileana Álvarez González, edita la revista digital independiente *Árbol Invertido*.

—¡Diablos! —exclamó el arriero al verlo y azotó las mulas. Al estrépito de las bestias y las cantinas de leche que aplastaban los clavelones de los jardines, salieron varias mujeres con cuellos hinchados de sangre, dando chillidos y buscando por todas partes qué era aquello que podía espantar así al hombre y su arria, ¿toros?, ¿jabalíes?, hasta que el anciano despavorido volteó la cabeza para arriba en medio de su carrera y ellas lo imitaron. Al principio ninguna mujer veía bien, el sol les daba de frente y hacían visera con las manos, aunque no iba a pasar mucho tiempo sin que pudiera armarse en sus cabezas la idea horrible de una figura humana flotando desnuda en el cielo.

Quiso apartarse el sudor del rostro para mirar mejor al fondo de la escena, pero cuando iba a deslizar una mano por la frente sintió que todo su cuerpo se venía abajo como si aquella misma mano hubiera dejado de sostenerlo en el vacío. Devolvió instintivamente la mano a donde la había tenido un segundo antes, y entonces, sólo entonces, cayó en la realidad: volaba desnudo. Por más descabellada que le pareciera la idea, estaba allí, contra la ley de gravedad, contra su indomable deseo de dormir siempre las mañanas a pierna suelta, contra la diabetes y la insuficiencia cardiaca de su madre, contra todas las enfermedades hereditarias y todas las leyes, la Ley Nacional de Cooperativas y la Ley de la Compañía de Flora y Fauna, incluso contra su incredulidad cotidiana, el aburrimiento, el asco invariable por la vida ordinaria, chata, y contra los mareos y las ganas insoportables de vomitar: desnudo. Y no halló ni un chance para sentirse ofendido con lo grotesco de aquella situación o para darse un pellizco en la barbilla a ver si estaba soñando, pues al menor desacuerdo en la rotación de sus brazos empezaba a caer como una bola de carne muerta sobre los techos de fibrocemento y sobre las mujeres que iban de un portal a otro poniéndose las manos en la cabeza. Tenía que bracear sin pensarlo y bracear y seguir braceando ininterrumpidamente si quería mantenerse con vida.

Por su cuerpo contraído subió hasta sus ojos un golpe de electricidad que lo sumió casi en la oscuridad absoluta. Al sobreponerse a aquel estremecimiento, intuyó que era una reacción defensiva de sus nervios, como si hubieran ensayado en un segundo todo aquel esfuerzo sobrehumano que necesitaría desarrollar en lo adelante para sobrevivir. ¿Por qué desnudo? ¿Por qué precisamente iba a hacerse realidad el sueño de volar, si había tenido otros sueños mucho más simples, inofensivos, que nunca tomaron forma? Pocas noches atrás había soñado que encontraba la dirección donde vivía su padre y se iba a vivir con él, y el padre le tenía hecho un cuarto en alto que parecía un palomar, con agujeros en el techo del tamaño de un puño por donde se veían las estrellas. ¿Alguien podía imaginarse locura más sencilla, algo más lejos de la complicación y la extravagancia de andar desnudo por encima de su vecindario provocando el terror de las viejas fregonas? Además, si aquello era sueño, no era suyo, o estaba hecho a la mitad, porque lo que se decía volar él no volaba. Más mal que bien pataleaba, se revolvió por encima de unos veinte metros de aire, y era una angustia insoportable lo que sentía, como si alguien estuviera empujándolo para que fuera a caerse directamente en las caras de la gente. ¡Qué distinto a aquellos otros sueños donde sí parecía un pájaro! ¡Planeaba a libre antojo y se movía a grandes velocidades sobre todas las cosas, sin esfuerzo, como una hoja de papel!

Allí estaban las amigas de su madre llamándola para que saliera a verlo, su casa, el techo de su casa bajo el que recordaba haber comido un plato de frijoles blancos la última vez antes de irse a la cama. Nada raro podía recordar de esa última noche; sin embargo, ahora veía sus recuerdos y cada objeto real en una dimensión que nunca hubiera imaginado. Por debajo pasaban los postes de la electricidad, la corbata de la foto del padre, los primeros escupitajos de sangre y la tos de su padrastro, las palmas y los corrales, como dibujos en el fondo de una piscina. «¿Qué

hago aquí?», se dijo. Tenía la firme voluntad de asirse de su extrañamiento para ponerse a salvo. Era lo que acostumbraba a hacer cuando sufría pesadillas. Envolvía una idea fija con su memoria y sus nervios hasta que lograba hacerla estallar, entonces despertaba. Lo intentó con todo su cuerpo. Ahora era muy distinto, no sabía, no veía cómo desviar sus fuerzas de la necesidad de mantenerse a flote para no explotar contra el suelo. En los casos en que se trataba de un sueño, siempre había tenido a mano un grupo de recuerdos fuertes para exprimir y hacer reventar su pensamiento. Ahora, por el contrario, sólo experimentaba algunos recuerdos flácidos y vagos, al punto de que apenas conseguía distinguirlos unos de otros con suficiente nitidez. Quizás un penetrante olor a puré de plátano y frijoles era lo más concreto que poseía de su vida anterior. «¿Qué hago...?», y en el acto lo embargó la certeza de que era una duda insulsa, desgastada, aunque ni siquiera alcanzaba a imaginarse un porqué. Quizás porque la duda había envejecido junto con él, o sólo porque dudar resultaba poco menos que inútil en su situación actual. No obstante, descubría cierto placer en verse a sí mismo separado de todas las cosas de allá abajo. Algo en su cuerpo le decía que debía estar agradecido de hallarse allí, aislado en aquella situación, caído dentro de un mecanismo que no sabía manejar. Disfrutaba sentir que no era parte de la tierra en derredor, comprobar cómo lograba poner más metros entre él y todas las cosas aquellas, los trillos de rocoso, el amasijo de techos de cartón y fibrocemento, el molino, el fortín de los tiempos de la Colonia convertido en corral de puercos, su casa, los perros, y la madre saliendo al camino halada por otras dos viejas para que viese con sus propios ojos dónde su hijo estaba encaramado.

El padrastro, cuando la muerte empezó a borrarle el rostro, lo mandó a buscar. Su madre lo haló por un brazo, igual que le hacían ahora a ella, y lo llevó sin decir nada ante el hombre que nunca más iba a ponerse de pie. Recordaba aquella mirada amarilla como si aún estuviera frente



a la palangana llena de escupitajos. El padrastro quiso tenerlo junto a su lecho todo el tiempo para apretarle la mano y hacer las preguntas que siempre hace un moribundo.

Frente a él se extendía el horizonte cargado de promesas; abajo, el caserío de la Cooperativa y las lomas, casi todas las lomas de uno de los municipios ganaderos más importantes del país. Lomas, potreros por donde recordaba haber corrido descalzo. Eran los mismos paisajes con que su padrastro había intentado exorcizar, en el último momento, la frustración. Tendido boca arriba, ahogado, con sus ojos llenos de niebla, dijo que daba gracias a Dios. «He vivido en el interior de los más bellos paisajes». Hablaba casi con un postrero hilo de voz, quizás sólo para que él lo oyera al otro lado de la palangana llena de saliva y sangre.

Entre un aletazo y otro pensó que aquel lugar podía servir para afiche de alguna empresa turística, y tuvo la intuición de que quizás fuera así como el padrastro se hubiera representado la tierra, en el último momento, desde arriba, «mi tierra», porque sólo así habría podido descubrir por primera y última vez lo que tenían de paisaje tantos rincones juntos, y acceder a una visión panorámica de su vida gastada irremediabilmente entre aquellas lomas. El padrastro, apretándole una mano con garras huesudas, frías, le hacía preguntas sobre los animales, las cercas y todas las cosas de afuera de la casa, y él lo entretenía contándole mentiras como si se tratara de un turista ignorante, o como si ya el muy pobre estuviera muerto y sacado del mundo. Con su mano pequeña dentro de las dos manos casi tiesas, sirviendo de guía por un paisaje de un cuento de hadas, diciendo mentiras, al final quizás había librado al viejo del enjambre de miserias e irritaciones que lo atormentaban desde el día en que se arrepintiera de entregar sus tierras para convertirse en un asalariado más dentro de una cooperativa.

«Politiqueros, borrachos...», decía el padrastro cuando aún estaba fuerte, refiriéndose a los demás cooperativistas, mucha gente que ni siquiera había entregado tierras y que después disfrutaban los mismos derechos y hasta se permitían el descaro de cuestionar que la primera casa de mampostería en el batey se la hubiesen dado a él. Pero ya tenía firmados algunos papeles, incluso había ayudado a tumbar las cercas y juntar sus animales con los otros. No podía hacer retroceder el tiempo, lo único que le quedaba era echar maldiciones y morirse, mascar tabaco y escupir por los rincones.

De súbito una mosca posó en su ojo derecho. Sentir el bulto de patas peludas en el globo del ojo no era lo peor, lo peor venía inmediatamente después, aquel gramo introducía el desastre en su balanza sanguínea. Perdía equilibrio, caía y no podía evitarlo por más que aceleraba las convulsiones en ese lado de su cuerpo. Dejó de bracear una milésima de segundo y le propinó un puñetazo a la mosca, al ojo. Volvió a tomar estabilidad.

Algunas auras planeaban en el fondo del cielo, a cientos de metros por sobre su cabeza. Hermosas, casi imperceptibles, las auras no tenían que esforzarse para disfrutar del vuelo más elegante entre todas las aves, y se quedó mirándolas con envidia.

Una fuerza más extraña que la fuerza de gravedad lo acercaba de una manera fatal a la tierra. Abajo apareció su madre con una escoba en la mano, halándose los pelos como una loca y gritando y corriendo en círculos por el patio. Debía reunir toda su sangre en las articulaciones de los brazos y de las piernas para no dejar de volar, para no estrellarse. Agitaba manos y pies arriba y abajo. Ya en el batey el escándalo crecía como una hoguera, abrían puertas, ventanas, trepaban a los árboles, corrían de una casa a otra. Aunque no escuchaba más que el vacío del viento a su alrededor, sí podía apreciar el brillo intermitente de

las dentaduras, eso le bastaba para sentir hundirse en su carne fofa las expresiones de horror, los gritos, incluso las risas inocentes de los más pequeños. El arriero en su huida se había olvidado de las mulas, corría a lo lejos entre los árboles, sólo de vez en cuando volvía la cabeza para poner cara de alma que se lleva el diablo y apurar el paso.

Al reflexionar sobre su estupendo punto de vista que le estaba permitiendo espiar a todo el mundo, y que le mostraba con lujo de detalles la histeria colectiva, no pudo evitar cierta sensación de placer. Fue en ese momento cuando reparó en que no volaba de pie. No viajaba por el cielo como algunos santos de las Biblias ilustradas que ascienden a través de un rayo de luz, sino que estaba estirado boca abajo como un niño asomándose a una cueva de arañas. Su energía vital la empleaba casi exclusivamente en tratar de no caer. El sexo pequeño y retorcido colgaba entre sus piernas, los huevos apenas sobresalían entre la masa de pelos y se movían frenéticamente al ritmo de las patadas y los manotazos, y por allí, precisamente por allí, entre sus muslos, se desprendían unos hilos finitos de sudor.

En el caserío los vecinos más curiosos iban dividiéndose en grupos para señalarlo y hablar con gran derroche de gestos. Por primera vez sentía que la vergüenza y el ridículo halaban, tiraban de sus tripas. El abdomen pesaba como un saco de piedras calientes, se le doblaba. Sentía que iba a partirse en dos. Golpeó más fuerte el aire. Agitó ambos brazos en círculos. Pedaleó, nadó en el vacío.

Poco a poco iba alejándose del batey y de las primeras pedradas de los chiquillos que empezaban a tomar puntería porque veían el peligro real de perderlo de vista. Ganaba algo de altura. Se iba internando sobre una arboleda. Abajo su madre dejaba de gritar y de correr dentro del patio. Lo último que vio de ella fue una mano abierta transformándose en un puño. Cuando estuvo suficientemente lejos, solo, volando sobre

una llanura de hierbas de guinea, comprendió que aquel puño había volcado sorpresivamente un montón de calderos en su interior, en las habitaciones más oscuras de su memoria.

—¡Bien, no salgas jamás de ahí! —vociferó el padrastro. Había empujando una silla de hierro contra la puerta. Podía haber clavado la puerta por afuera o trabado el picaporte, pero no, entonces no intentaba asegurarse de que se cumpliera su mandato, no era eso tan evidente y simple lo que se proponía. Haría valer su superioridad de una manera mucho más refinada: después, por más minutos que él dedicara a intentar no hacer el menor ruido, la silla de hierro adosada a la puerta de su cuarto produciría inevitablemente un gran chirrido, cuando muerto de hambre saliera en la madrugada como un ladrón a meterse en la cocina y destapar los calderos.

Ni el menor roce de aire se oía en todo el valle. El sol caía a plomo sobre la hierba de guinea, las puntas de las hojas reposaban como dibujadas en un papel. A falta de brisa bienhechora se sentía obligado a ser autosuficiente, depender únicamente de su voluntad, sus brazos y pies. Aquella fricción de la silla de hierro, desbordaba la soledad de la casa y de la noche. «Qué tú habías jurado, muchachito...?», inquiría el padrastro desde la otra habitación, su boca llena de picadura de tabaco.

Cuando creció, decidió abandonarlo todo. Las promesas —no salir de su cuarto, ser autosuficiente, dejarse morir de hambre—, decidió romperlas sólo por un apetito de libertad absoluta, una vez y para siempre. El único inconveniente real fue que lo decidió un día tras otro, incontables veces. Raspaba los calderos, vaciaba algún jarro de leche, luego metía unas cuantas ropas en una mochila y se iba. No tomaba ningún camino en específico, sólo se iba de la casa. Echaba a andar por los potreros, por los matorrales y los montes y bajo las estrellas, en busca de nada.

Y, aunque esas veces que se iba, que lo abandonaba todo, en realidad nunca llegaba a aceptar en su mente la idea objetiva de retornar, aunque jamás consintió tal cosa, sucedía después que cualquier noche intentaba colarse por el fondo de su casa para robar comida. Entraba como lo haría cualquier hombre escapado de una cárcel en cualquier otra vivienda, sin lástima, sin condescendencias especiales. Con la única diferencia de que él conocía su casa mejor que a ninguna otra y sabía exactamente a qué hora llegar y dónde registrar para obtener lo que necesitaba. Además, otra ventaja: si algún vecino lo descubriera metiendo una mano por una ventana para abrir la puerta de su propia casa, sería poco probable que decidiese llamar a la policía.

Pero en esas noches el padrastro no cerraba un ojo, se mantenía al acecho detrás de las persianas velando el momento en que él se acercara, y lo dejaba entrar para sorprenderlo con la cabeza y las manos dentro de los calderos, y poder brindarle así la acogida grandilocuente de quien perdona debilidades en alguien inferior. Atrapado en una de esas escenas, únicamente el dolor exagerado y teatral de su madre lo salvaba de un sufrimiento insoportable, cuando daba gracias a Dios por habérselo devuelto vivo. Abrazaba su cabeza llorando y le hacía prometer que pensaría en ella antes de dejarse llevar por alguna idea terrible, gesticulando, bañada en lágrimas, como si hubiera estado a punto de no verlo más.

Tras la desaparición del padrastro que se había quedado sin pulmones de tanto fumar y estornudar, su madre sintió que ya no había nadie en el otro extremo de la cuerda que él halaba. Imaginó con alivio cómo rodaba por el suelo el viejo candado que había descubierto siempre sobre su pequeña puerta de hijo único. Y salió con él al portal, el día del entierro, y se lo presentó a los demás campesinos, a los compañeros de trabajo del difunto esposo, uno por uno, y hasta lo llevó frente al director de la Cooperativa. «Grande como su abuelo, ¿verdad?» En la

imaginación de ella, él ocupaba aquel puesto dejado en el surco por el viejo. Y a partir de su entrada a la Cooperativa, no sólo lograría que les dieran una ración de autoconsumo normal, dos litros de leche diarios, carne, huevos, tres quintales de arroz y frijoles al año, en vez del miserable subsidio de plátanos con que mitigaban a las viudas, sino que lograría lo principal. Ya, de acuerdo a la ley, sería imposible que algún día los desalojasen bajo la justificación de que la casa era un medio básico propiedad de la colectividad y tenía que vivirla alguien que trabajase la tierra.

Él, sin palabras para corresponder a los consuelos de los campesinos que lloraban sinceramente al viejo amigo, dejó transcurrir todos los trámites con total indiferencia, por no evitarle algunos días de felicidad a su madre, y porque sentía un extraño placer ante aquella visión de sí mismo que ella le devolvía. Hasta que llegó supuestamente el amanecer de su primera jornada laboral. Fue una decepción que recayó sobre su madre al principio como una salpicadura de agua hirviendo, luego lenta y progresivamente como la revelación de alguna enfermedad. En un último momento se defendió aduciendo que en vez de un trabajo tan duro para sus carnes blandas, lo que lo asustaba era la cotidianidad, porque debía aprender a relacionarse con las demás personas, ponerse a su altura, entablar conversaciones vulgares, alegres, y seguirle la corriente a las bromas y mirar a los ojos. Por lo menos dejaba abierta una esperanza en el corazón materno, así ella sintió un respiro: «Cuestión de hábito» pensó.

La hambruna había penetrado en la casa y andaba a horcajadas sobre la madre que se pasaba el día doblada, abanicando el fogón de leña y hallando la manera de ahorrar al máximo medio litro de leche diario y dos manos de plátano semanales. Ya la desaparición de la Unión Soviética había convertido en prehistoria aquella época en que los cooperativistas podían comprar televisores y refrigeradores y engordar

con carne enlatada y pasarse las tardes tomando ron, durmiendo o haciendo chistes bajo los eucaliptos. Eran tiempos difíciles para vivir de la tierra. Por lógica, la Cooperativa tenía que utilizar su escasa cosecha en estimular a familias productivas, no podían gastarse muchas viandas en criar a una viuda y un zángano como él, decía la madre, imitando al presidente de la Cooperativa: «Un gigantón con más de dieciséis años bien aprovechados».

La madre habló un domingo con el arriero, hombre envuelto en canas, mudado para la ciudad, solitario y con inclinaciones por la música y la poesía improvisada. Casi lo convenció de que le enseñara su oficio, se lo llevara y le diese una oportunidad de ganar un salario para llegar a ser alguien. Que lo pusiera en una balanza como la de su corazón, y le hiciera justicia, porque él no estaba hecho para correr detrás de los terneros ni para pasarse el día guindado del cabo de una guataca.

Trajo aquel hombre a la puerta de su cuarto sin avisar, con el objetivo de que lo viera acostado boca abajo sobre la cama, escribiendo en una libreta. Tenía la esperanza de que terminaría por despertar simpatías en una persona de profunda vocación poética. «¡Así está todo el día!», confesó. La revelación del secreto familiar, según ella había planeado, llevaría al viejo conductor de asnos a sentirse cómplice, y lo arrastraría a un sentimiento paternal de responsabilidad. Por el contrario, el arriero, un hombre curtido a la intemperie, agujoneado por la soledad radiante y distraída a merced de los elementos de la naturaleza, se asustó, puso cara de verdadero asco ante un hombre tan gordo y tan blanco, como si no pudiera aceptar en su mente que se escondiese algo semejante en una casa de aquellas lomas donde trabajaba hacía tantos años, dijo adiós y lo dejó a él de espaldas y acostado con un mocho de lápiz entre los dedos.

Nunca el arriero volvió a poner un pie en el interior de su casa. Es más, en lo adelante evitó por completo el trato con su madre. Y la escasez que venían sufriendo desde la muerte del viejo, se vio aumentada por el hecho de que, a partir de aquel día, para adquirir las imprescindibles vituallas que provenían de la ciudad, su madre debía acudir a los vecinos más cercanos y conseguirlas a sobreprecio.

Inflado por el aire caliente de los recuerdos, él miraba las puntas de las guineas y las ramas de los árboles lejanos, en busca de un temblor que delatara la cercanía de alguna corriente de aire. Aquella superficie de hierbas de guinea inmóviles se parecía al mar que sólo había visto en las revistas. Semejante comparación vino a su mente junto con la idea de que se estaba ahogando en un mar invisible y sin fondo. No soplaban el viento. Tenía que bracear más fuerte.

La madre ante sus ojos comenzó a envejecer aceleradamente, perdía todas las esperanzas, y por encima del hollín pegado a la ropa aparecieron un sin fin de muecas en su rostro y sus gestos. La pensión malamente alcanzaba para comprar el paquete de pastillas de los nervios y para de vez en cuando variar el tipo de tubérculos con qué preparar el puré insustituible de cada día.

Casi sin darse cuenta, la ausencia del padrastro dentro de la casa se convirtió en una realidad más ostensible que sus antiguos y anchos brazos de agricultor y ganadero. Semejante presencia su madre la fue depositando sobre su lomo de hombre inútil, a la hora de buscar leña para el fogón, a la hora de chapear el patio, cuando pelaba los plátanos en el cajón del fregadero o cuando botaba lejos el saco de la basura. Si el viejo estuviera allí, todo sería distinto. Y su eco entre las paredes era el del viejo. Y el viejo no dejaría nada sin hacer. Y los milímetros cúbicos de oxígeno que respiraba eran indefectiblemente los que pertenecerían en ese mismo instante al viejo. Por fin, terminó convencido de que



quizás el padrastro no estaría muerto si él no se mantuviera siempre allí, en un rincón de la casa, engordando a su costa.

Para su madre la desgracia del viejo que se había dejado estrangular por el vicio, ya poco tenía que ver con la Cooperativa, forma superior de producción socialista en que le habían hecho creer para que pasase la propiedad de su finca y de sus vacas al Estado. Para ella, por último, su amargura no estribaba en la humillación de verse obligado a mendigarle siempre unas libras de más a las oficinistas y los ingenieros de la Cooperativa, y que como único pudiera comer carne de res fuera arriesgándose a comprarla de contrabando. Comprársela a los delincuentes, a los chapuceros degolladores de sus propias vacas.

Nada de aquello de lo que siempre el viejo se había arrepentido, estaba en la lista de prioridades de su madre a la hora de maldecir o simplemente llorar, cuando soñaba otra vida. Para ella, la suerte de la familia podría retomar milagrosamente su cauce, sólo si él estuviera a tiempo de regresar a la beca, a la escuela, y completar sus estudios como habían planeado desde el primer fin de semana en que prepararon las maletas y forraron los libros. Por aquel entonces al viejo no se le veía tan amargado con el recuerdo de sus potreros abarrotados de vacas privadas, animales que podía matar a su antojo, vender o cambiar. Entonces se notaba redimido por la ilusión puesta en el muchacho que había criado como un hijo y que marcharía a estudiar lejos, a hacerse hombre bajo la tutela de profesores de la ciudad. Si en última instancia hubiera sido capaz, ya que no de hallar felicidad, al menos de aprender a trabajar en el campo y vivir en los albergues, como ellos habían soñado humildemente, el viejo tal vez nunca se habría puesto un lazo de humo y nicotina en el cuello.

Fuera de sus cabales, atontada entre el humo del fogón y los mosquitos, la madre siempre dudaba si había tomado demasiadas pastillas o si él se

las estaba robando. Uno a uno quedaban vacíos los paquetes de pastillas, mientras sus crisis de nervios siempre parecían nuevas, acabaditas de surgir. Tenía la impresión de que el medicamento desaparecía como por arte de magia. Trataba de ocultar mejor cada paquete amarillo en las rendijas de las paredes, entre el techo y el alquitrabe, dentro de los búcaros, pero vivía atormentada por la posibilidad de haber olvidado algún escondite o estar sufriendo el acecho de su hijo. Y él no veía otra forma de ganar estatura ante los ojos de ella, y ante sí mismo, que acumulando algunas píldoras y planeando usarlas de verdad, a veces, tomarlas todas. Cuando ella no podía disimular el miedo de que él tuviera posesión de pastillas suficientes como para dormir a un toro, entonces a él le era difícil también disimular su poquito de orgullo.

Necesitaba un empujón, una corriente de aire fresco. Había oído decir que en las mayores alturas, desde donde las auras buscaban con visión microscópica sus repugnantes bocados, allá arriba, existían corrientes de aire tan rápidas y densas que cualquiera podía flotar y girar eternamente. Se preguntó si sería capaz de llegar hasta aquellas brisas perpetuas, y si después aún tendría fuerzas para dedicarse a planear por el resto de su vida. Un plantón de hierba de guinea tembló, removido desde la raíz. Esperó con ilusión el debut del viento contra su cuerpo. Pero el viento no rozaba sus brazos cansados ni sus mejillas hinchadas. No recibía ni la ayuda de un insignificante hilo de aire, mientras debajo de él aquellas hierbas se seguían estremeciendo. La curiosidad incrementó su sensación de agobio, empezó a dejarse caer lenta, cuidadosamente, acercándose de frente y vertical al movimiento de las hierbas. «Un pájaro hambriento que va a chupar una flor pisoteada», pensó, y la idea de un zunzún de más de doscientas libras le hizo gracia. Los labios se le crisparon en una forma parecida a una sonrisa. Acercándose a la tierra tenía que mover sus brazos a mayor velocidad. Las hierbas dejaron de

vibrar en su nariz, súbitamente, y se apartaron. Frente a él asomó la cabeza negra y redonda de un toro.

El animal se había quedado con la boca abierta, babeando clorofila, pasmado del susto, y él quería volver atrás, salir, escapar cuanto antes por donde mismo había venido.

Enseguida el toro se sobrepuso al pavor, lo olfateó, lo revisó con extraña familiaridad, como si intentara adaptarse a la idea de que también podía existir un buey que volara.

Él se cuidaba de no producir giros bruscos y al mismo tiempo batir sus alas falsas dos, tres, cuatro veces más rápido.

La bestia se enfurecía y, con los ojos botados, encajaba las pezuñas en la tierra.

Sus piernas colgaban sin remedio. Aterrado, no podía coordinar bien sus movimientos, arañaba, pataleaba atrapado en un remolino de vacíos.

De pronto el toro le lanzó una mordida a las plantas de los pies. Esquivó desesperadamente el golpe y aceleró.

El toro comenzó a lanzar dentelladas a diestra y siniestra con los ojos cerrados.

Encogía las piernas, daba brincos y volteretas en el vacío para salvarse siempre en el último instante. Mientras más centímetros lograba ascender, más rabiosa se volvía la bestia, rugía, ya no apretaba los ojos al intentar morderle los pies, tomaba impulso y daba saltos con la boca y los ojos abiertos.

Aparecieron otros toros. Salían de los grandes plantones de hierba y de atrás de las matas de marabú, resoplando, atraídos por el escándalo. Aprovechaban el impulso de sus carreras y, al llegar, saltaban, todos al mismo tiempo, hocicos entre las piernas, largos cuernos delante.

Él ascendía muy despacio, aunque había logrado retomar su posición horizontal, tenía la sensación de que se partía por la mitad cuando dos cuernos estaban a punto de ensartarlo por el ombligo, pero tomaba aire y encogía su estómago siempre con miedo a respirar por última vez.

Descubrió una ceiba a pocos metros, hacia allá cambió el rumbo seguido por la manada de toros que se abalanzaban y caían unos sobre otros. Posó, se derrumbó directamente sobre la copa de la ceiba, un gajo seco. Envolvió el gajo con todas sus uñas. Los músculos temblaban descontroladamente, manos y pies resbalaban debido al sudor, y parecía que el árbol entero se arqueaba bajo su peso.

Corrieron los toros a unirse debajo de la ceiba, bufando. Mordían la cáscara del tronco y las ramas más bajas. Por fin uno de los líderes de la manada se decidió a probar, tomó buena distancia, vino corriendo a toda velocidad y saltó sobre los gajos.

Estuvo esperando hasta el último instante para desprenderse del árbol. Sólo abrió las manos cuando no le quedaba más remedio, como si aquella cáscara vegetal fuera su propia vida, su última partícula de aliento y de razón. Ya otra vez en el vacío, braceando, creía que había dejado las manos y los pies prendidos al árbol, que se le había olvidado cómo volar o que nunca había volado.

Algo denso y caliente vino a enredarse entre sus piernas, algo que lo hizo mirar a la tierra con los ojos fuera de sus órbitas, acorralado, intentando disfrutar la absurda libertad de escoger el sitio exacto de su

caída. Primero fue la impresión de que perdía fuerzas, se le cerraban los ojos. Después sintió un estremecimiento que lo devolvió a la realidad de su cuerpo tenso y adolorido.

Abrió, alzó los ojos. Sobre él se extendía un mar de hierbas. La hierba de guinea crecía junta, compacta.

Pensó que hubiera estado dormido profundamente entre la hierba, fue su pensamiento un relámpago, breve y electrizante: quizás llevaba demasiado tiempo fuera de casa. Hora de regresar. Poco a poco identificó un ruido a lo lejos, golpes, pisadas en la tierra, el corazón quería salirse. Hierbas partidas. Una multitud lo buscaba.

A su alrededor temblaban las puntas de las hojas al paso de los toros. Abrían surcos en la hierba, guiándose por el olfato.

De una de sus rodillas nacía un ardor insoportable que subía por sus venas hasta hacerse un nudo debajo de sus costillas. Un toro dio un gran salto a lo lejos y lo descubrió, luego echó a correr en línea recta hacia donde él estaba.

Tuvo ganas de llorar, se arrojó de cara a la tierra sobre rodillas y manos. Adoptaba una posición lo más natural posible, respiración lenta, ojos botados, atención clavada en un punto invisible, sin demostrar ánimo, sin ver, sin prestar atención. La rodilla apretada contra la tierra dejó de sangrar.

El toro llegó a su lado con la fuerza de una bala de cañón. Clavó las pezuñas en la tierra, salpicándolo con la espuma caliente que salía de su boca.

El animal observaba su obesidad contrariado, indeciso, vibraba de rencor. Él fingía que no soportaba la luz directa del sol, ensanchaba las

ventanas de su nariz y buscaba y olía. Cuando encontró supuestamente la parte más tierna de las hierbas, mordió de medio lado, sin prisa.

Otros toros que seguían llegando formaban círculo a su alrededor y movían las cabezas a un lado y otro, confusos y coléricos. Pero la violencia desaparecía de sus caras redondas a medida que lo descubrían allí, en el centro del grupo, cómo masticaba, cómo tragaba pelotas de hierba y saliva. Iban los toros perdiendo interés. Bajaban las cabezas. Hasta que empezaron a darle la espalda, y por último se dispersaron.

Sintió frío. Estiró el cuello entre los tallos para hundir sus ojos en una grieta fuera del alcance de las demás miradas. Entonces comprobó que con sus casi trescientas libras quizás nunca podría contener la nostalgia por las caricias y el llanto dulce de su madre. Apretó los párpados. Trató de no pensar en la rodilla. Un toro vino a su lado y se puso a comer de su mismo plantón de hierba.



CATANO,  
EL CAMPESINO

FRANK CORREA



---

**Frank Correa Romero** (Guantánamo, 1963), narrador y poeta, ha ganado los concursos de cuento Regino E. Boti, Tomás Savignón y Ernest Hemingway, el concurso de ensayo Liberalismo en Cuba, en Puerto Rico, y los premios de novela Fran Kafka y La Casa por la Ventana. Tiene publicados el cuaderno de cuentos *La elección* y las novelas *Pagar para ver*, *Larga es la noche* y *El tren*. Ejerce el periodismo independiente en Cuba.

# 1

Vivía al pie de una montaña, a la orilla del río. Era alto, desgarrado y, en las escasas ocasiones que reía, mostraba unas encías rojas y sin dientes, evidencias del escorbuto. Ana, su mujer, era profundamente religiosa. Todo en ella giraba en torno a Dios y sus señales.

Los ciclones y luego la fuerte sequía que azotaba a Guantánamo acabaron con los plátanos, las verduras, en fin, con todos los cultivos. Sin más opción para salvarse, los campesinos de los alrededores se agruparon en la cooperativa. Aunque los precios que pagaba el estado por las cosechas eran míseros, les garantizaba la rotulación del suelo, la compra de semillas, los fertilizantes, plaguicidas, regadío y aditamentos para la recolección y el transporte.

Catano y su familia quedaron solos en aquel rincón del valle, muriendo de sed junto al río, que sin importarle la sequía mantuvo su fuerte corriente aguas abajo, frente a su casa. Sin una bomba para extraer agua. Sin un centavo para instalar la bomba. Sin una col que vender para tener el centavo. La salinidad flageló el suelo de la propiedad hasta las paredes del bohío, como en un cuadro surrealista. No había dinero para el pan ese día. Era domingo.

Sus dos hijas desayunaron con el huevo que por la mañana puso el único animal del corral, una gallina que también les servía a las pequeñas de diversión cuando la perseguían por la casa. Aunque las niñas renegaran, el animalito era fuerte candidato para la comida esa tarde.

—¡Dios mío!, ¿gallina con qué? —le preguntó Ana—. Si dieras una vuelta por ahí. El monte siempre regala algo. Dios jamás abandona a sus hijos.

Rezó en silencio, con los ojos cerrados.

–La gallina no. Subiré la montaña. Entraré en la finca de Fideliano.

–Que la Divina Providencia te acompañe –dijo Ana persignándose–. Y ten cuidado con los perros. Tu olor se siente a una legua de distancia.

## 2

Catano besó a la mujer y a las niñas. Enfundó su machete, tomó un saco de yute, una soga y comenzó a subir la montaña. Era un camino pedregoso, poco transitado. La casa se fue alejando allá abajo. Al rato, el camino se achicó tanto que se volvió un trillo. Abajo la casa era un punto blanco.

El sordo sonido del río había dejado de escucharse. Solo el follaje de sus orillas lo delineaba hasta perderse de vista. El valle se extendía hasta el horizonte. Los sembradíos de la cooperativa vistos desde esa altura eran cuadrículas rojas, festinadas por los surcos y canales de regadíos. El pueblo de construcciones alargadas y techos de zinc que brillaban al sol acogía ahora a sus antiguos vecinos. Eran casas que soportaban temporales. Con electricidad, radio, televisión y refrigeradores para beber agua fría.

Se detuvo un momento a descansar sobre una piedra. Le dolían las articulaciones, no trabajar la tierra acrecentaba su sedentarismo. Cuando vinieron a pedirle que se integrara a la cooperativa lo rechazó, arrastrando así a su familia a la miseria. A veces pensaba que había sido una batalla perdida.

Ya estaba en los límites de la finca de Fideliano, invadiendo su propiedad, delinquiendo. Con un plan sencillo: A hurtadillas, esquivando los perros, robar por una causa justa: dar comida a su familia.

Comenzó a sentir frío. Se abotonó la camisa, su andar fue más lento por el trillo hasta que detuvo la marcha. Una meseta sumamente fértil se asentaba en la cima, con sembrados de todo tipo. Catano se escabulló entre la maleza, avanzó hasta el lindero de los surcos. Agachado en la tierra desenrolló el saco y con el machete comenzó a cortar los productos que sacarían a su familia del aprieto. Tomó seis grandes ñames amarillos y los acomodó en el fondo del saco. Luego echó malangas, boniatos y un racimo de plátanos. Avanzó hasta las parcelas de las verduras: tomates, coles, una calabaza, ajíes, cebollas, ajos, pepinos, lechugas, rábanos... hasta que el saco estuvo repleto, luego amarró con un nudo fuerte la boca, y cuando fue a cargarlo escuchó ladrar los perros. Primero fue un ladrido de aviso y luego muchos ladridos en la jauría que le venía encima.

Sin perder un segundo, arrastrando el saco, regresó al trillo. Se dejó caer cuesta abajo cuando ya los primeros perros le daban alcance. El más grande lo mordió por el brazo y otro sujetaba el saco por una punta. Tiró machetazos a diestras y siniestras hasta conseguir mantenerlos a raya, mientras caía por el trillo, raudamente, y aunque se magullaba contra las piedras dejando jirones de piel en la caída, escapó de los perros finalmente. Muchas veces el saco iba delante, arrastrando a Catano como un lastre, otras bajaban saco y hombre, abrazados.

Cuando no se escucharon ladrar los perros, detuvo la caída. Estaba molido, los codos destrozados y el brazo mordido infestándose, pero feliz de su pequeña victoria sobre los perros y por poder llevar comida al bohío. Cansado, enfermo, pero contento, decidió continuar bajando. Reunió todas las fuerzas que pudo y se echó el saco al hombro. Entonces comprendió que pesaba una enormidad. El susto de ir perseguido por una jauría lo ayudó a bajar mientras huía, pero ahora, en la normalidad, aquel saco pesaba tanto como un buey muerto. De todas formas lo sostuvo sobre la espalda y avanzó despacio, primero una bota, luego

otra, el fango del trillo obstaculizándolo, hasta que finalmente cayó de bruces.

Volvió a sentirse un jodido, acabado por la vida. El recuerdo de Ana y las niñas lo hizo levantarse y echarse el saco auestas. Pudo bajar algunos metros. Resbaló y perdió el equilibrio.

Nuevamente en la tierra, con la respiración entrecortada, escupiendo hojas secas y fango, intentó levantarlo. Y dio tumbos, un paso, otro, el trillo resbaladizo, las fuerzas lo abandonaron, cayó de costado, con la cara contra el saco y mirando el abismo a unos centímetros.

Lo reconfortó ver el río, brillando con el sol de la tarde, y que ya no se viera neblina, clara señal que estaba llegando. El tierno olor de las verduras lo reanimó. Se vio sentado con toda su familia en torno a la mesa, con platos repletos y humeantes. Se movió un poco, logró poner la espalda al saco y asirlo, de manera que al levantarse subiera con él, pero las manos se le engarrotaron. De pronto vio a sus hijas junto a él en el trillo:

—Papi, ¿quieres que te ayudemos?

Aquello funcionó como un estampido. Se puso de pie y embistió el saco, pero no logró moverlo, estaba soldado al piso, semejante a una acusación que parecía decirle: ¿A dónde me llevas? ¿Eres mi dueño? ¿Tú me sembraste?

Catano creyó que el saco hablaba, y le respondió:

—¡Por favor, coopera, es una causa justa!

—¿Causa justa? ¿Cuál es que obliga a un hombre a robar?

Catano se enfureció:

—¡Coño, no me jodas que solo soy un campesino con una familia que te necesita!

Catano trató de levantarlo, pero el saco parecía sembrado en el trillo. Lo embistió otra vez y entonces su organismo lo traicionó al reventar un pedo liberador de toda la inmundicia que escondía. Un olor a podredumbre inundó la montaña. Se dejó caer junto al saco y lloró, con el dolor de un padre que no puede salvar a la familia.

Estuvo un cuarto de hora semiinconsciente, acariciando el saco, como si fuera parte de su vida. Entonces tuvo la extraña impresión de ir a morir allí, solo en la montaña, abrazado al saco de viandas y verduras. Haciendo un esfuerzo póstumo se dejó rodar trillo abajo, abrazado al saco, dando vueltas sin poder enrumbar el camino y, en un recodo, apareció de repente el abismo.

Tuvo que agarrarse a unos bejucos del borde para no despeñarse cuando el saco cayó al vacío. Se escuchó un sonido de ramas rotas, luego un chapoteo al hundirse en el agua y se perdió en la corriente.

Se asomó al barranco, pero solo vio las tupidas copas de los árboles abajo. Estuvo una hora desplomado en la orilla del precipicio, adolorido, con el brazo hinchado, la cabeza como un tiovivo. El dolor que le provocaba la pérdida de su amigo, el saco, superaba todos los dolores físicos. Un saco digno. Tal vez demasiado para sustento de un campesino y su familia.

Preso de una pena inmensa por regresar con las manos vacías, tambaleándose y hecho trizas, Catano avanzó hasta su rancho. Las niñas, al verlo en esa facha, dejaron el juego con la gallina y corrieron en su ayuda. Ana, llorando, lo sostuvo.

–¡Por Dios... hombre! ¿Qué te ha pasado?

Catano no podía articular palabra. Se dejó caer en un asiento. La idea fija del fracaso lo martillaba: ¡No pude... Ana... no pude!

Advirtió entonces que un agradable olor se esparcía por la casa. Sus ojos se entreabrieron y pasaron de su mujer a las niñas, al par de succulentas ollas que humeaban a todo vapor en la cocina. Comprendiendo su estupor, la mujer miró al cielo y volvió a persignarse.

–¡Ay, Catano... la Divina Providencia! ¡El río nos trajo un saco lleno de comida!

# MOSCARDONES

GABRIEL PÉREZ



---

**Ghabriel Pérez** (Holguín, 1968) es autor de los poemarios *En brazos de nadie* (1998) e *Hijo de Grecia* (2005). Con el libro de cuentos *El parque de los ofendidos* obtuvo el Premio Calendario 2001, Casa Editora Abril 2002. Es Premio de Poesía “Adelaida del Mármol” (2006) con el poemario *Mis amistades peligrosas*, publicado por Ediciones Holguín. Poemas y cuentos suyos aparecen recogidos en revistas y antologías de Cuba y España. También ha publicado artículos y crónicas en las revistas Cocuyo, Vitral, Encuentro de la Cultura Cubana y Bifronte, entre otras.

El General de las Tres Guerras iba a hablarme al oído, pero el Jefe de Brigada interrumpió: “es tu mejor oportunidad, soldado”. Yo era un soldado. Cada vez que me llamaban de ese modo, tenía la impresión de estar “soldado” a una verja con todos los hierros. Había ensayo a toda hora. “Tirar y tirar bien”, la única consigna de los labios. Y yo de ningún modo aprendía a tirar como ordenaba la consigna. Ni bien ni mal. Pero el jefe confiaba: “ese soldado nos va a dar una sorpresa”. Y llegaba el día del desfile. Y las marchas por los héroes de regreso al hogar. Los ensayos. La consigna. El acto. Tenientes, generales, coroneles... y cargamos las AKM. Y disparamos, aunque yo dije que no dispararía. Que nunca iba a aprender porque yo había nacido para escribir sobre el disparo de los otros. Yo nunca supe disparar. “Yo no sé disparar, señor”. Aquí no hay señores y usted si sabe disparar, soldado, dijo la voz. Y apreté el gatillo. Y descargué las balas que jamás salieron. Y todos felices, el soldado debilucho se incorporaba el arma después de descargar... Y el coronel en su discurso. Y el homenaje transmitido a millones de manos que sepultan al unísono los cadáveres. Y el llanto por los leales y valientes hijos. Y las madres, padres, abuelos, abuelas, esposas... y el llanto. El aplauso. Las lágrimas de gloria. Y aquí está el relevo seguro, los que mañana partirán a otras tierras. Ya tienen las armas empuñadas. Sólo faltan las cabezas enemigas. Ya ellos apuntan y el enemigo anuncia que asomará su odio... y no les vamos a permitir un solo milímetro de avance, cada uno de ustedes significa un metro de costa defendida las veinticuatro horas. Los muertos. Los nombres de los muertos. Los apellidos de los muertos. Las cajas de los muertos. Las medallas de los muertos. Y el soldado muerto de miedo. Y la escopeta pesa tanto en sus hombros. Él la desmonta, le salen llagas, en tres años le han vendido un solo traje. Está pálido. Raído. Casi roto. La escena es expectante. El silencio sepulcral y sobre la necrópolis hay nubes. Y si comienza a llover este soldado no puede mojarse, le da gripe. Tiene asma. En la tribuna las palabras que vindican... Y yo, soldado-cabeza-tronco-extremidades,

hecho-polvo-de-la-patria, comprendo-la-oportunidad. Y espanto la mosca que desde los cadáveres es enviada por uno de los soldados triturados por las balas.Y yo capto la contraseña.Y digo que sí al soldado que me guiña un ojo desde el nicho.Y la única manera de protestar es mover el arma que no se ha disparado.Y la muevo de un hombro a otro. Todo es silencio. Sólo se escucha la voz del que está al mando. Y la impaciencia porque cuando un soldado envía una orden desde su tumba, hay que cumplir.Y al cambiar el arma de un hombro a otro, la camisa también habla, exige rapidez, alarmada por el arma que sigue en ese hombro izquierdo y delgaducho, la tela acabará rompiéndose y el acero traspasará la piel del soldado.Y el soldado soy yo. Soy yo el que mueve el arma, sin otra intención que pasar inadvertido, señores.Y aquí ya le dijimos que no hay señores. Que somos camaradas.Y compañeros. Y soldados.Y oficiales... y se ofendió la mosca.Y caga las cuartillas.Y el hombre limpia. Detiene el discurso para pasar sus manos de hombre decente por la página ultrajada.Y vuelve a cagar la mosca.Y el hombre dice:“aquí hay gato... no es de mosca, esto es mierda de hombre”.Y es que tal vez la mosca no es la mosca, la mosca es el soldado que se cagó en su tumba y se cagó en la madre que lo parió y las millones de madres belicistas y los ríos que no enviaron aguas para lavarle las heridas y en la ausencia de congratulaciones en sus días festivos arrancados de todos los almanaques y en los besos muertos de su boca. Y ahora la mosca es el ala sabia, la emisaria que trae a las cuartillas del orador la mierda del guerrero. Del hombre arrepentido de su muerte. Sus distancias. Sus iras. Sus fobias. Sus balas.Y las balas enemigas.Y este armatoste me abre un hueco en las carnes de mis hombros. Y soy otros de esos cuerpos que están dentro de sus cajas.Y por fin el disparo que nunca se había disparado. Porque el soldado nunca supo hacerlo. Otros piensan que sí, y él todavía no aprende.Y ya la cambia de un hombro a otro.Y la lleva del izquierdo al derecho.Y en el trayecto se dispara.Y ya el tiro roza las cuartillas en la alta tribuna.Y corren todos.Y yo sé que nunca

más vendrán a citarme, en mitad de la muchedumbre que enterraba los huesos de otros “soldados”, “adheridos”, “cosidos” en esa mentira que es estar vivos y eternos en la muerte, quedó demostrado su peligro de mosca. Y pelotón. Firme. Licéncienlo ahora mismo por no cumplir en el momento decisivo. En nombre de Calixto García, que prefirió darse un tiro antes que rendirse, licéncienlo, dijo quien sujetaba con las manos temblorosas las cuartillas donde la bala imprudente abriera fuego.



# ¿VIVO O MUERTO?

JORGE OLIVERA CASTILLO

---

**Jorge Olivera Castillo** (La Habana, 1961). Periodista, editor y escritor. Premio Nacional de Literatura Independiente de Cuba ‘Gastón Baquero’. Entre otros, tiene publicados los libros *Confesiones antes del crepúsculo* (2005), *En cuerpo y alma* (2008), *Sobrevivir en la boca del lobo* (2012), *Tatuajes en la memoria* (2014) y *Quemar las naves* (2016). Fue condenado a 18 años de cárcel en la “Causa de los 75” por ejercer el periodismo independiente. Actualmente se encuentra bajo “Licencia Extrapenal” por motivos de salud.

Es domingo. Estoy sentado en la butaca con los ojos fijos en el techo. Creo que son cerca de las diez de la noche. Presumo que es así por el cálculo mental que hice hace apenas diez segundos. El noticiario de las ocho es la referencia para acercarme a la hora real. Casi estoy seguro que no yerro en mis esfuerzos por adivinar el tiempo exacto.

La luz de la sala está apagada. No atino a recordar el momento en que bajé el interruptor y las sombras emprendieron un ataque relámpago sobre las paredes, las dos ventanas insertadas en los flancos, el suelo de lozas grises y brillosas, el sofá con múltiples rasgaduras en su superficie, el refrigerador marca Haier y la mesa circular con sus cuatro sillas plásticas.

También soy otra de las víctimas de esa mancha oscura que abraza los 15 metros cuadrados como el primer día de una relación amorosa.

Mi cabeza descansa en el borde superior del butacón, precisamente uno de los pocos sitios del asiento que ha escapado de los zarpazos del desgaste. Desde allí mis ojos traspasan la cubierta de hormigón con una facilidad que no podría explicar.

Es de carne y hueso el hombre que atraviesa la calle con pisadas firmes y expresiones que recuerdan a cualquiera de los héroes de Hollywood después de concluir una jornada de aventuras. La felicidad es un apéndice de su fisonomía. Puedo visualizar las tonalidades vivas de la placidez sin aguzar la vista.

Un perro comienza una tímida persecución. Se le unen otros. Solo hay dos de raza pura, al resto es imposible definirle el linaje. Son residuos de una larga cadena de apareamientos entre ejemplares desnaturalizados.

Me place experimentar el don de la ubicuidad. Eso me asusta, pero a la vez disfruto la nueva habilidad que me permite darle a mi campo visual



una extensión casi infinita. Temo que sea un breve regalo divino que terminará de un momento a otro. Por eso quiero ser lo más eficiente posible. Es decir aprovechar el tiempo al máximo y descubrir quién es el hombre que ahora va delante de la manada de canes sin saber que le deparará el futuro inmediato.

El individuo ha decidido apurar el ritmo de sus pasos. Sus acompañantes lo imitan. Siente el avance del temor. El corazón no se equivoca. Acelera su secuencia de latidos y una gota de sudor comienza a descender desde la parte alta de la espalda. Un gran terremoto se inicia en sus vísceras. Las ondas telúricas concluyen a flor de piel. El cuerpo quiere paralizarse, pero él ya ha echado a correr con un bólido. Sus perseguidores no se quedan atrás. Se desplazan con rapidez, ladrando y mostrando sus colmillos como muestra de que tienen previsto llevar sus instintos hasta las últimas consecuencias.

En primer lugar van dos Staffordshire terrier. Cada uno pesa 40 kilogramos de peso. Las zancadas bordean los dos metros. Su ligereza no concuerda con su voluminosa dotación corporal. No obstante la voluntad por coronar con éxito sus fines, les sirve como estímulo para desafiar los impedimentos anatómicos.

Una verja le devuelve las esperanzas al perseguido. Salta y consigue remontar la altura con facilidad. El instinto de conservación le permite una complicada maniobra acrobática. Del otro lado mira con satisfacción a la jauría que mordisquea las barras de hierro como una manera de aplacar su impotencia.

El hombre continúa la carrera, ahora con un trote acompasado. Sonríe y logra un suspiro entre las secuelas de la sofocación. Busca una salida de aquel lugar desconocido. Un estallido le devuelve los síntomas de hace unos minutos. Los temblores se le abalanzan con mayor fuerza.

Están prendidos de todo el cuerpo. Una nueva capa de sudor comienza a bañar su piel. El disparo le ha dejado la audición del oído derecho en mal estado.

Desde mi butaca veo caer sobre el hierbaza un paquete. El objeto ha abandonado la camisa del individuo. La abertura de dos de los botones, ha hecho caer el pequeño bulto con la envoltura de papel cartón mojada.

No sé el contenido. Lo que arrastra mi curiosidad es la desesperación con que el hombre trata de recobrarlo y su estampida en medio de la balacera que hace casi inaudible la orden de alto repetida hasta el cansancio.

Los tiros zumban rompiendo el diseño de los árboles, abren algunos orificios en la tierra con cada impacto y sitúan al hombre en la zona más intrincada del pánico.

La única alternativa es el regreso a la verja y saltarla con la idea de que los perros ya se han marchado.

A 50 metros de la muralla de metal el hombre presume que sus antiguos perseguidores se han espantado con los disparos. Realmente no se ve a simple vista ninguna presencia a no ser la luz de un farol colgado en unas de las esquinas del imponente enrejado.

Es cierto que la manada no tiene el mismo número de integrantes. Quedan 6 ejemplares emboscados detrás de un pequeño promontorio de malezas. Entre ellos, los dos Staffordshire.

La carrera se detiene abruptamente con un choque que hace vibrar la estructura construida con la finalidad de proteger la parte trasera de la unidad militar. La sacudida produce un ruido ensordecedor seguido por los últimos disparos que abandonan el cañón del fusil Kalashnikov.

Primeramente los perros optan por una huida a raíz de la combinación de estridencias, pero el instinto les confirma que hay probabilidades de dormir sin las punzadas del hambre.

Los ojos del hombre se inflan. El miedo está clavado en el iris y parece que van a explotar.

Apenas tiene tiempo para idear una salida de emergencia. Debe saltar al otro lado para no morir acribillado, pero la furia perruna lo paraliza. La mano derecha sostiene el paquete. Le dedica una mirada que pone al descubierto la profundidad de sus pesadumbres.

Un perro ataca como si no hubiera nada por medio. Se estrella contra los barrotes. El hombre retrocede, el animal se incorpora, gruñe y se alista para repetir la escena. Los demás terminan imitándolo bien por sus apetitos insatisfechos o para exponer el nivel de sus fuerzas con la finalidad de impresionar al resto de la manada.

Una demostración de poder podría inclinar la balanza a su favor a la hora de repartir el botín.

¡Jorge!, Jorge! La voz va cobrando intensidad poco a poco. En un primer instante, no atino a descubrir de donde procede. Entablo un breve forcejeo mental con el fin de derribar el muro de confusiones que se ha levantado a lo largo y ancho de las escenas que mi memoria procesa.

Quiero saber el destino del hombre atrapado en un dilema que presumo tendrá un final desastroso. Me embarga un sentimiento de tristeza que no puedo controlar. Estoy desesperado por saber qué tipo de muerte sellará la vida del individuo. Esta necesidad se comunica con mi desánimo por no poder cambiar el curso de los acontecimientos.

Por más que lo intente, no puedo alterar el escenario con un repentino rescate. Siento que estoy lejos del lugar de los hechos. Para colmo la distancia es cada vez mayor.

¡Jorge!, Jorge! Con esos últimos llamados pierdo mis dones. Ya no es al hombre a quien tengo atrapado en la mirada con todos los atributos del miedo tallados en cada porción de su rostro. Mi esposa me sacude por el hombro. El zarandeo provoca la abertura de mis párpados y capto de inmediato el bombillo fluorescente que cuelga del techo desplegando toda su intensidad.

Paulatinamente, voy adaptándome a la realidad. No es una transición fácil. Miro hacia ambos lados y termino mi recorrido visual en la cara de Nancy.

—Oye, cuándo te vas a acostar... Son las 12 de la noche —me dice mientras abre la puerta del refrigerador y toma uno de los pomos con agua.

—Parece que tenías pesadillas —alega al terminar de beber el contenido vertido en el vaso.

Aún no estoy preparado para hablar. Lentamente voy saliendo del desconcierto. Por fin, dejo de sentirme extranjero en mi casa y compruebo que solo he tripulado un sueño tormentoso.

Nancy enrumba sus pasos al cuarto. Acto seguido me incorporo y decido seguirla. En el trayecto pienso en mi inconclusa lectura de uno de los cuentos de una antología de Horacio Quiroga publicada por el Fondo Editorial Casa de las Américas.

En la cama, repaso lo leído en el texto literario. Tengo en mi memoria “Para noche de insomnio”, “El regreso de Anaconda” y “El espectro”. Tres de los cuatro relatos que pude terminar antes de la corta y tensa

secuencia de aquel hombre abocado a un final de espanto. De la primera página del “Almohadón de plumas”, fue el despegue hacia ese lugar desconocido donde la persecución y la incertidumbre terminaron asediando al joven blanco, de pantalón de mezclilla, camisa de fondo amarillo muy claro con listones azules y zapatos de piel, negros, de cordones, y sin lustrar.

Esa noche pude dormir a retazos. Los personajes de las narraciones entraban y salían de mi mente constantemente. No lo hacían solos. En los paseos no faltaba el sobrepeso de sus tragedias. El trasiego se multiplicó en la parte más profunda de la madrugada, quebrando todos los puentes para llegar al sueño.

A las cinco, abandoné la idea de buscar un descanso reparador. En una hora tendría que levantarme para el desayuno y prepararme para una nueva jornada laboral.

Sonó el timbre de la puerta a las 5 y 30. Con el peculiar sonido se activó en mi pecho un concierto de percusión. Las palpitaciones iban de la levedad hasta el punto máximo de la agitación. Perdía, irremediablemente, el control sobre mis emociones.

—¿Quién será a esta hora? —balbuceé.

No tenía la menor idea de la identidad del autor de aquellas pulsaciones sonoras —semejantes a unas campanadas— que alargaban los límites de una madrugada empeñada en mantener la paz fuera de sus contornos. Tampoco me atrevía a buscar, entre el amasijo de mis dudas, el porqué de aquella intempestiva visita.

Me levanté descalzo. Así llegué a la puerta. Estaba turbado y deseoso de desentrañar el enigma.

Giré el aditamento del llavín. Nancy se había quedado despierta sobre la cama a la espera de detalles del evento.

Abrí impulsado por una combinación de miedo y curiosidad. Estuve a punto de lanzar una exclamación de júbilo, pero el asombro frenaba mi capacidad de acción.

Era el hombre del sueño. En sus ropas se notaban las secuelas del percance. La camisa rasgada, el pantalón cubierto de tierra con las costuras resentidas.

—Mi amor, ¿quién es? —me preguntó Nancy.

No podía articular palabra alguna. El hombre dejó caer el paquete en el piso y se desplomó bocabajo. El torso cayó dentro de la casa, el resto del cuerpo daba para el pasillo.

No sabemos si está vivo o muerto. La policía nos advirtió, por teléfono, que no debíamos abandonar la escena. El hombre sigue inconsciente. Nosotros esperando por que recobre la conciencia o resucite antes que aparezcan los peritos y los vecinos con sus comentarios insidiosos. Por eso rezamos con toda la fe del mundo.



LAS CHICAS QUIEREN  
IRSE A ALGUNA PARTE

JOSÉ CONRADO POVEDA



---

**José Conrado Poveda** nació en Placetas en 1961. Es ingeniero eléctrico de profesión. Obtuvo mención en el Premio La Gaceta de Cuba (2004) y es Premio ‘Caracolas y salitre’ 2010. Ha publicado los poemarios *Cercos que teje la memoria* (Ediciones Holguín, 1990), *Estado de gracia* (Ediciones La Luz, 1998) y *El bosque y las sombras* (Ed Holguín 2004). Reside en Holguín.

Yunaika quiere casarse con un Yuma. Por eso se acicala tanto todas las tardes, se perfuma el cabello, se depila las cejas. Se mira largamente ante el espejo. Observa el brillo de sus uñas. Y finalmente, se pone su vestido negro. Siempre el negro. Un día leyó en la revista Vogue que Coco Channel, la famosa modista francesa, decía que el color negro es el color que siempre le asienta a todas las mujeres por las noches. Yunaika sale todas las noches.

De noche todos los gatos son negros. O grises.

A Yunaika le gusta el Parque Central de su ciudad. Por el momento. Allí se encuentra con sus amigas Yurima y Yurisy. Que también visten de negro. O casi. O casi visten.

Porque debajo no traen ropa interior. O sea, blúmers. Así pierden menos tiempo en lo suyo. Así enseñan su filito. Y el Yuma se relame de gusto pensando en lo que lo que tiene esa chica bajo el vestido negro.

El Yuma un ancianito jubilado. Rosadito y juguetón. Goloso de los muslos de una muchacha joven. Un viejito que en su país no la ve pasar. Porque chica con esos atributos le costaría no menos de cien euros, sin contar los gastos de alojamiento...

Las amigas de Yunaika son jóvenes como ella. Lindas, pero sin la mirada brillante de ella. Por eso ella liga más. Como si tal cosa fuera inevitable. Y la ausencia del blúmer. Y el Yuma que no puede apartar la mirada del mechoncito recortado, que levemente asoma por debajo del vestido. Muy corto. Y ella que sabe cruzar las piernas tan adecuadamente. ¡Ay, se me cayó la cartera!.. Y el Yuma se agacha y ve. Y se queda encandilado. Y aquello que antes no se paraba, ni siquiera con viagra, comienza a elevarse suavemente.

Yurima vino del campo. Hace un año y su sueño es viajar a París. Ella dice que París es el centro del mundo. Yurima nació y vivía en un pueblo llamado Asiento Molido. Cuando se analiza un nombre de pueblo tan extraño se comprende su afán por llegar a la ciudad luz. Al lado de Asiento Molido cualquier lugar bien puede ser el centro del mundo. Incluso París. Incluso Holguín.

Ya este país tiene su centro. Los capitalinos dicen que lo demás es el paisaje. Parece un chiste. Pero no lo es.

Por eso muchos yumas vienen de turistas al interior. Para conocer el paisaje. Porque en la capital les cobran demasiado. Y hay demasiadas mulaticas lindas. Pero con mulaticos tatuados, de dientes de oro detrás. Navajitas incluídas. Aquí la tarifa les sale más barata. Y muchas veces ni les cobran.

Inocentes que son las chicas del paisaje. Tampoco corren el peligro de que les caiga el balcón de un edificio antiguo encima. En la capital, con frecuencia se derrumban los balcones de antiguos edificios.

Yurisay es alta y quiere ser modelo. Dice que se da un aire a Naomi Campbell. Por eso necesita tanta crema alisadora para el cabello. Porque Naomi tiene el pelo liso como Olivia Newton. Y a veces los ojos azules de Olivia. Pero el color de piel es diferente. Y ahora ese colorcito es el preferido de los yumas. Está de moda. Dicen que las mulatas son más calientes. Que no tienen prejuicios ni inhibiciones. Aunque no lean revistas Cosmopolitan ni vean seriales porno. Lo llevan en la sangre. Así de simple.

Yurisay dice que cualquier día la suerte le tocará a su puerta y un viejo se la llevará bien lejos. “Bien lejos de este país de...” Y suelta una palabrota que se escucha cada vez con más frecuencia. Si la suerte asoma

su perfil por el cuarto de Yurisay es difícil que le toque a la puerta. Porque no la hay. Su habitación tiene por división un trozo de saco de harina coloreado que la separa de la sala, donde duermen el resto de sus cinco hermanos. Y su padre borracho. Y de su madre, ebria algunas veces también.

Yurisay guarda su ropa en la casa de Yunaika, no vaya a ser que sus familiares, como ha sucedido otras veces, le vendan cualquier pertenencia. Ella dice que creció encuera y sí cuida de lo suyo. Dice “lo suyo” y mira para abajo. En dirección al ombligo. Más abajo. Un tilín. «Lo suyo». Para un viejito bondadoso que se la lleve un día. Bien lejos.

“A Singapur”, le dice Yunaika. Y Yurisay se echa a reír con breves carcajadas mostrando toda su dentadura. Blanca. Perfecta. A Singapur no, le dice, eso queda muy lejos y es muy atrasado. Lo mío es Nueva Yorr...

Y arrastra las erres con desenvoltura y elegancia. Creo.

Así vio que lo hacía una vecina que logró irse hace tres años y hace poco vino de visita. Muy olorosa. Muy enjoyada. Enchapada en oro de la cabeza a los pies. Oro parece, plata no es. Cadenas, brazaletes, pulsos, aretes. Una quincalla. La vecina les contaba a todos lo bien que se vive en Nueva Yorr.

De ahí sacó Yurisay su acento. De fulana. Ellas dicen: suerte que tuvo fulana que vive en la yuma. Dicen fulana porque se las come la envidia. Ellas añoran el destino de fulana. O porque su nombre no contiene ninguna letra Y. (En realidad fulana se llamaba Eulalia porque en sus tiempos a los padres no les había dado la manía de ponerles a sus hijos nombres sonoros con esa letra, que luego se volvería tan popular). O porque a pesar de ser más vieja que ellas y también más fea encontró

a un pintor canadiense (de brocha gorda) que se había caído de un andamio, con tanta suerte que se partió la columna y se jubiló antes de tiempo. Después de lo cual se entregó a beber generosamente. Y una noche de fiesta (había venido en un viaje todo incluido a disfrutar de los hoteles de la costa norte y a paladear los daiquiris tan encomiados en su país) encontró, tragos de más, a Fulana. La mujer de sus sueños. Ella usaba ropa negra, ajustada. Sonreía provocativamente, le sacaba la lengua y se relamía los labios. Una Gatita en celo. Prendas interiores ceñidas. Eso ayuda. Claro.

Lo que ellas no saben es que Fulana y su Yuma viven en un tráiler. Un furgón plateado que en verano es caliente como un microwave y en invierno emula con las estepas de Siberia. Un tráiler puede ser cómodo. Mejor que un cuarto con un saco pintado como puerta.

Yunaika, Yurima y Yurisay quieren encontrar lo más pronto posible al Yuma de sus sueños. Un Yuma es un viejito amable y bondadoso que complace todos tus deseos. Un ancianito con la billetera llena de dinero. Siempre listo para complacer el más mínimo antojo. Fulas rojas, nuevecitas, cambiadas en Cadeca. Para comprar en la Shopping lo que quieras. Lo mismo aceite que galletas dulces o saladas. Galleticas que crujen al morderlas. No como las nacionales, que parten los dientes y el alma. Porque estas no tienen alma, ni aceite en su contenido.

Esta noche salen las tres a hacer el pan. De nuevo. como otras noches. No es que sean panaderas. Así hablan ellas. A buscar su suerte. A cazar un yuma. Un viejito bueno. El hombre de sus vidas. Uno para cada una.

Yunaika, que es medio religiosa, se tira de rodillas y le enciende un cabito de vela a Santa Bárbara, para que le traiga suerte. Y la proteja de la policía. Para que no le pidan el carné. Para que no la fichen. Yurima

se persigna. Yurisay enciende un cigarro y mira indiferente. Ella cree, pero a su manera.

A Yunaika le da lo mismo irse para París, que para Nueva Yorrr, ella no tiene sitio de preferencia. Irse para cualquier parte. Incluso para las quimbambas. Dice Quimbambas. Y suena como Kimbambas. Una palabra extraña también. Como Asiento Molido. Debe ser en África.

Las tres ríen. Así ensayan la risa de esta noche. Y también ensayan las poses. Y las caricias. Por eso Yunaika se acerca a Yurima por detrás y la abraza y comienza a besarle, suavemente la nuca. Yurisay se sienta en el borde de la cama y las observa con atención no fingida. Ya están en lo suyo.

Ya están desnudas, las tres, en la misma cama. La diosa Khali de seis brazos se retuerce en medio de las sábanas. Los miembros se contraen en una danza antigua. Pero ahora no fingen. El ensayo se concreta en una escena de sexo largamente esperada. Cada noche lo han hecho a su manera. Cada cual con su viejito bueno y complaciente. Le han sorbido el miembro flácido. Han montado escenas de cine memorable cada cual ha asimilado su propio personaje.

Dentro del cuerpo de cada una ha ido germinando la semilla de la insatisfacción. La mano de Yunaika frota con suavidad el centro del goce de Yurima. Yurisay lame el ojo oscuro del placer sagrado de Yunaika. El ojo de la kundalini. Las tres gimen. Se retuercen. Hoy tres yumas se quedarán con ganas.

Lejos queda París. Muy lejos Nueva York. La noche comienza en un cuarto de barrio. En una ciudad de provincias. Muy distante de la capital. Más cerca que nunca de los sueños. O casi.



# EL MONUMENTO

JOSÉ GABRIEL BARRENECHEA



---

**José Gabriel Barrenechea** es investigador y periodista independiente cubano. Durante años ha estado escribiendo artículos sobre cultura, historia y actualidad cubana para publicaciones independientes en la isla y el exilio, entre ellas 14ymedio, Convivencia, Cubaencuentro, Cubanet, Neo Club Press y Voces. También ha pertenecido al equipo editorial de revistas independientes como Cuadernos de Pensamiento Plural. Su primer libro de cuentos apareció en 2018, publicado por Neo Club Ediciones.

¡Qué íbamos a imaginarnos que él andaba por estos rumbos! Eso fue por allá por 1968 o 1969, y aquí estábamos consagrados de a lleno en lo de los diez millones de la Zafra del 70. Me acuerdo que no mucho antes había pasado por aquí aquella brigada tumba montes del ejército, con sus buldóceros y aquellas bolas de hierro que traían atrás, agarradas con cadenas gordas como brazos de guajiro tronquetudo. Habían dejado limpio lo que quedaba de monte, y entre nosotros y una movilización grandísima de gente que se trajo de La Habana sembramos todo aquello en un día. La verdad que no muy bien, como después se supo cuando mal nació la caña, pero bueno, lo que valía era la intención, y contri más si era revolucionaria.

En todo caso, periodista, la culpa de lo de la caña no fue de nosotros y ni tan siquiera de los habaneros, sino de la gente esa del ICAIC que vino a filmar la movilización y se empeñó en que nos bajáramos de los camiones desde un kilómetro antes. Para que desde tan lejos saliéramos a todo correr y gritando ¡viva Cuba libre! para arriba de las pilas de caña y de los surcos, como en una carga al machete. Corredera que, por hache o por be, hubo que repetir cuatro o cinco veces, y así cuando le metimos de verdad el brazo al trabajo ya no había ni gandinga, ni ganas para hacer algo bien...

Pero para no hacerle el cuento muy largo periodista, con detalles que no vienen al caso: Él mismítico en persona se nos apareció al otro día de la movilización... o par de días después, o a la semana, que al cabo de tantos años ya no me acuerdo muy bien. Venía al timón de un yipi ruso, con su chaquetón, sus espejuelos y un mocho de tabaco agarrado entre aquellos dientes suyos, grandes y saludables como los de un caballo de buena raza.

—¡Fidel... es Fidel carajo! —gritó el viejo Alipio, que fue quien primero lo reconoció.

Venía de allá de en vuelta de Tumbalaburra. Tremendo chofer debía de haber sido para llegar por ahí sin atascar el yipi, que por ese camino ni aun en tiempo de seca hay ser humano parido y criado atrás de un timón capaz de atravesarlo sin atascarse. Pero bueno, en un final él no era como nosotros. Él tenía su cosa de fuera de este mundo, sabe. Si hasta dicen que no sé cuántos miles de veces los americanos quisieron matarlo y no pudieron. Yo, a la verdad, no creo mucho en esas cosas de sobrenaturalidad, porque yo he pasado muchos cursos de marxismo y ahí te explican que esas cosas no existen, que solo hay materia, fuera e independientemente de la... Pero a la verdad, eso del marxismo funciona para la gente normal, como usted y como yo, periodista, no para él, que tenía su cosa, sí señor.

Yo lo vine a ver cuántico y más parqueo el yipi frente a la casa de Merencio Capote, el del INRA.

—¡María Purísima! —gritó la vieja Pascuala antes de quedarse sin voz, en el preciso momento en que yo atravesaba la puerta de mi bohío de entonces, no de esta modesta casita de techo de placa que me hice gracias a la Revolución, y no, periodista, a resultas de vender ajo en el mercado negro, como por ahí anda diciendo el lengua de trapo ese del nieto de Eleuterio. ¡Habrased visto!, a mí que hasta una vez me llevaron al municipio para que Machado Ventura me diera un diploma por mi dedicación a alimentar al pueblo...

Periodista, yo quiero que usted entienda eso que le llaman el contexto de aquella visita. ¿Usted se enteró de lo que pasó por Villa Clara cuando fueron a entrevistar a la familia de la ciclista esa muy mentada ella, Yordanka, que tantico y nada más sentir el yipi todo el mundo en la casa se mandó a correr y se escondió en el marabú? Pues si eso fue así, ayer mismo como quien dice, imagínese por un momento cuánto más cerreros éramos nosotros por el año 68, o 69. Le aseguro que si muchos

de los que sintieron el yipi no se mandaron a correr para el marabú fue porque por entonces esa mata casi ni se conocía, y porque desde lejos se veía que el pasajero era un militar. Que a la verdad los guajiros siempre nos hemos sentido más a gusto con visitantes militares que con poblanos finos y resabidos como usted. Tal vez sea porque en un final uno sabe que los militares, por lo menos en este país, siempre han sido gente de campo.

Y, claro, cuando por fin el yipi estuvo lo bastante cerca para reconocer a Fidel, ¡que íbamos a correr ya! Porque si de alguien los montunos siempre hemos tenido razón para estar orgullosos ha sido de él: Mírelo de dónde era nada menos, sino del campo remontado, remontado, allá en lo último de Oriente, y así y todo le cantaba las cuarenta en su cara a la gente de las poblaciones; y hasta en La Habana, donde no hay vergüenza, lo trataban de doctor.

Pues el caso, periodista, es que él se nos bajó del yipi en medio del caserío y le pasó el brazo por encima del hombro a Merencio y recorrió todo aquello como si tal cosa, saludándonos a todos, haciendo preguntas de la producción y de las bibijaguas, y explicándonos de paso la mejor manera de poner las pencas de guano en los techos o de cómo acordonar las botas rusas nuevas que habían mandado por el CDR, y al minuto ya todos nos habíamos desencogido y lo oíamos como a Dios Padre que hubiera tenido la condescendencia de bajar a visitar a unos guajiros tan ignorantes y tan poca cosa como nosotros.

Tan ignorantes, hay que admitirlo, periodista, que por ejemplo nunca hemos podido acordarnos bien, bien, de cómo es que Fidel decía lo de techar con las pencas al revés, porque cada vez que lo hemos intentado no nos ha funcionado.

–Comandante, venga para que se coma unas masitas de puerco asado  
–lo invito Eleuterio, que esa mañana acababa de matar un animal por el santo de su muchachita más chiquita, Yipiliana.

Y allá, al patio de Eleuterio, nos fuimos con el Comandante a la cabeza. Fidel se sentó en la punta de una mesa larga, larga, que se armó con las de todas las casas del caserío. Enfrente de él y al alcance de su mano se colocó la bandeja con el puerco asado, y un poquito más atrás un par de calderos grandes y de hierro llenos de arroz congrí y yuca salcochada. Nosotros nos acomodamos en las sillas, o parados alrededor, y alguno que otro hasta se trepó en las matas de ateje. De más está decir que ninguno de nosotros comió nada, de lo embobados que estuvimos con sus palabras.

Fidel se quitó el chaquetón y lo puso en el espaldar de su asiento. Luego empezó a hablarnos de las cosas grandes que la Revolución estaba por hacer en los campos de Cuba, y sobre todo en esta zona de nosotros, que era especial, nos dijo, para la crianza extensiva del reno, y que por eso él ya había puesto el dinero y hasta un avión especial para ir a buscar algunos pares de cría al Canadá. También comunicó que a alguno de nosotros nos iba a tocar viajar a Rusia, para aprender cómo tratar con tales animalitos.

Fidel, de más está decirlo, hablaba y comía al mismo tiempo. Y ambas cosas con esa energía, con ese entusiasmo tan suyo, que además de tenernos lelos dejaba al mismo tiempo grandes partes del puerco asado reducidas a pellejo tostado y huesamenta limpia.

Recuerdo que en un momento determinado Eleuterio, asustado por la buena boca del Comandante, pero eso sí, muy comedido, le susurró bajito:

–Pero Fidel: coma congrí, coma yuca, mire que está blanditica...

A lo que el Comandante, entre bocado y bocado, y mientras nos explicaba la manera correcta de descuerar al reno, respondió con su voz de trueno:

–Eleuterio: usted me invitó a comer masas de puerco, no yuca ni arroz congrí.

Me dice mi mujer que de ahí le vino la veta de desafecta a la mujer de Eleuterio, Antoñica Derecho; y que si ahora Yipiliana anda por allá por la capital, escribiendo en internet oprobios en contra de la Revolución, la culpa la tiene aquel día en que Fidel, él solito, le comió el puerco que sus padres le habían engordado para su santo.

Pero es que bueno, periodista, así son las cosas: Fidel era como nosotros, los guajiros, que según afirman ustedes los poblanos comemos en caldero. Solo que como cien veces cualquiera de nosotros, porque él estaba mucho más para allá de cualquier medida humana natural. Era un hombre... extraordinario es la palabra, tan grande que había que levantar mucho la mirada para llegar a aquellos ojos suyos, que te traspasaban de vuelta en un segundo. Un hombrón bien plantado que según dicen que dijo el escritor aquel amigo suyo, Grabiél Márquez... Grabiél García Márquez, anjá, una vez se comió 18 bolas de helado. Pero bolas de helado de verdad, no de esas chiquiticas que nos venden a los cubanos ordinarios en los copelitas.

Fue como a las dos horas que, después de parar de pronto de comer y de hablarnos de las maravillas que estaban por venir, Fidel nos contó que tenía asuntos muy importantes de que ocuparse, vitales para que los diez millones de la Zafra del 70 fueran. Se paró entonces y salió andando con aquellas zancadas suyas que lo obligaban a uno a correr para poder seguirle el paso. Se montó en el yipi ruso y lo enfiló a toda velocidad para allá para la vuelta de Remangalatuercá, por el camino

nuevo que habían dejado abierto los de la brigada tumba montes. Atrás, y entre la nube de polvo, iba a todo correr la vejiguería del caserío, que ni se les veían las patas.

Fueron ellos, por cierto, o más bien los dos o tres que siguieron al yipi hasta más para allá del cruce de ferrocarril, quienes trajeron la noticia:

—¡Corran, corran, caballero, que Fidel se bajó a cagar en el platanal de Bartolo!

Al principio claro que aquello nos pareció una falta de respeto. Mire, se me erizan los pelos todavía al acordarme del cocotazo que Alipio le sonó a su muchacho cuando se le puso a mano. Sí, sí, periodista, a este mismo otro Alipio que usted ve ahí. Detalle usted en ese bulto que tiene en la calva: Pues es el chichón, que cincuenta años después no se le ha acabado de bajar. Hay quien dice que a resultas de ese golpe no llegó a ministro de cultura, porque de chiquito y antes del trastazo improvisaba poemas de lo más lindos.

—¡Qué falta de respeto es esa, vejigos culicagados! —me acuerdo que gritó por otro lado Nicanor, mientras echaba mano de su plan.

Pero no, la cosa no pasó más allá de la jaladera de machete y el cocotazo de Alipio: Fue Merencio quien primero se dio cuenta del tremendo privilegio que significaba el que Fidel hubiera venido a cagarse nada menos que en nuestra comunidad. Merencio, periodista, que hay que reconocer que para esas cosas de la Revolución fue siempre quien tuvo más vista de todos nosotros:

—Pero a ver, ¡aguanta Alipio, cojones!, ¡guarda ese machete, Nicanor!, a ver muchachos... ¡No lloren más, carijo! Llévennos hasta allá...

Tenga cuidado ahora ahí en esa zanja, periodista. El platanal de Bartolo no era tan grande, me parece que no llegaba ni a las 300 matas de plátano. Nada que ver con este de ahora, con riego por goteo y matas seleccionadas por los compañeros de un centro de investigaciones de aquí de la provincia. Me acuerdo que cuando aquel día llegamos hasta aquí ya era media tarde, entre las cuatro y las cinco...

Allí a la vuelta, en el mismo medio del platanal, encontramos los mojones de Fidel: usted verá. Tan recientes que todavía echaban humito. Debo reconocer, periodista, que yo nunca en mi vida había visto, o he vuelto a ver, unos mojones tan bien parecidos como aquellos. Bien hechos, de un color saludable, enredados de manera que si no hubiéramos sabido lo que íbamos a encontrar los habríamos confundido, de seguro, seguro, con un maja de santa maría.

No crea, periodista, si en la cabecera municipal le vienen a decir que el monumento fue una directiva de tal o más cual comisionado municipal, o una recomendación del compañero del regional del partido. No, esto fue idea de nosotros; de todos y de nadie en particular. Y lo levantamos esa misma tarde-noche, alumbrándonos con los focos del yipi willy de Merencio.

Mire, aquí lo tiene. ¿Imponente, verdad? ¿Los materiales? Los ladrillos los reunimos entre todos. El cemento lo puso Merencio, de una asignación del INRA para construir una cochiguera. Y los cristales, de los parabrisas de unos tractores que se quedaron por allá abajo, atascados en los pantanos del plan de producción de frijoles que no funcionó nunca por lo del Bloqueo.

Los mojones los levantó Nicanor con una plancha de acero. Tuvo que ayudarlo Alipio, sabe. Recogieron parte de la tierra que tenían abajo, para que no fueran a perder la forma en que los encontramos. Mire aquí,



¿ve?, lo hicimos tan fuerte porque entonces todavía no habían pasado por la televisión El Hombre y la Tierra, y nosotros confundíamos a los renos con los búfalos. Que usted seguro sabe, periodista, que sí son unos animalazos grandes y poderosos. Teníamos miedo no fuera a ser que un día los bichos aquellos se descarriaran del plan que Fidel planeaba poner y en una estampida lo rompieran todo. Mire, mire: es a prueba de tanques de guerra.

Y sí, yo sé que hay quien niega que haya sido Fidel quien estuvo aquí aquel mediodía, que cómo era eso posible de que Fidel anduviera solo y sin escolta, o que se quitara el chaquetón en público. Hasta en el Comité Central lo dicen: que si un guasón fue quien estuvo aquí... O como aquellos habaneros desvergonzados, que en los ochentas estuvieron movilizados por acá y un día se pusieron a sacarnos la cuenta de que si por esos días Fidel había estado haciéndose el santo en África, o sacando un doctorado en leninismo por Moscú. Todavía deben de dolerles los planazos con que los sacamos de aquí.

Nosotros sabemos bien, periodista, lo que hablan bajito los envidiosos de Tumbalaburra, o de Remangalaturca. Solo le voy a decir esto: Aquí todos nosotros hemos estado, estamos y estaremos convencidos, desde el más revolucionario hasta el más gusano, desde Merencio y Alipio hasta Yipiliana y el nieto de Eleuterio, de que fue el mismítico Fidel quien cagó esos mojones que usted ve ahí.

Por eso fue que levantamos este monumento, compañero periodista, para recordar aquel mediodía en que Fidel estuvo con nosotros... unos montunos tan poca cosa y tan ignorantes.

Que si algo somos, periodista, es gracias a él.

# GOZAR A LA PATRIA

JUAN GONZÁLEZ FEBLES

---

**Juan González Febles** nació en La Habana en 1949. Graduado de Artes y Letras y de Información Científico Técnica y Bibliotecología en la Universidad de La Habana, ha trabajado como traductor, promotor cultural, especialista en propaganda, profesor de literatura, repartidor de pan a domicilio y en la Agencia de Prensa Nacional (AIN). Es periodista independiente desde 1998. Dirige el periódico digital Primavera de Cuba. *El libro de La Habana*, de su autoría, fue publicado por Neo Club Ediciones en 2014.

Desde su caída en desgracia, la función de repartidor de pan a domicilio fue la que mejor le retribuyó económicamente y de otras formas. Fue un regalo divino, o al menos así lo interiorizó Chino. En sólo tres días, ganaba más que en un mes de su antiguo trabajo en la TV oficial, pero Chino amaba ese empleo y esta situación le hizo sufrir.

Entonces, sin percatarse, estableció una relación especial con sus clientes. Estas eran mujeres en su inmensa mayoría. Mujeres aburridas y hastiadas en ciertas zonas del vivir. Cuando llegaba a sus casas, en ocasiones les cargaba un bulto pesado, apretaba una toma de agua goteante o colocaba un fusible. Siempre les traía un chiste o un piropo. Estaba al tanto de cada tinte, cada nuevo peinado o cada corte de pelo. A veces, bastaba con permanecer callado y escuchar asintiendo de vez en vez. Pero el quid estaba en el barrio. Sus clientas vivían en una zona congelada. Un lugar para personas bien apellidadas. Gente de bien consagrada a tareas importantes. Una zona residencial congelada para el confort y el aislamiento.

El barrio era hermoso. Sus jardines estaban bien cuidados y todas las casas parecían recién pintadas. Hasta la piel de los vecinos lucía un tinte diferente. Como si recién llegaran de un sitio mejor. Cuando Chino recorría esas calles y hacía sonar el silbato, le parecía estar en otro lugar. La belleza siempre aporta contenidos esenciales.

Con tiempo y habilidad consiguió que todas sus clientas esperaran el pan con ansiosa ilusión, que compraran el extra a sobreprecio y, por añadidura, le premiaran con propinas, ropa de calidad y almuerzos especiales para él, que según consenso compartido: “era bueno y muy simpático”.

Cuando comenzó la complicidad compartida del sexo clandestino, las cosas se enredaron en su cabeza y llegó el momento en que le resultó

imposible recordar, quién fue la primera o quién la siguió. En otra ocasión, se dio la conjunción que no hubo panaderos por ausencias justificadas y coincidentes. No hubo pan y el atribulado delegado, los otros factores de la comunidad y el Partido Comunista, le pidieron que hiciera pan para la población auxiliado por algunos ancianos cederistas. Chino se dijo a sí mismo: ¿Y por qué no? Y se hizo pan...

Esa noche la terminó arropado bajo las cobijas de la esposa de un alto funcionario ausente en el extranjero por funciones de trabajo. Mucha cerveza, carne roja y sexo, mientras su carretón de pan permanecía a buen recaudo en el garaje de la residencia. El humilde carretón compartía el espacio con un Alpha Romeo, que no circulaba por ser regalo del Máximo Líder, y un modesto Nissan, auto familiar del funcionario.

Como verdadero extraño en otro paraíso, Chino acumuló información como para llenar un archivo sobre las aberraciones y perversiones de aquellos elegidos por la patria o por sí mismos. Sabía quién necesitaba masajes anales, Viagra, o quién lloraba en su orgasmo. Vistos desde ese ángulo no eran tan especiales: Unos pobres hombrecitos vistiendo tallas por encima de la propia.

Chino conoció de las pequeñas y las grandes tragedias familiares, conyugales y eróticas de los elegidos. Sabía de policías crueles y despiadados en su trabajo que se convertían en amorosos papitos y abuelitos de su círculo familiar. Para Chino, era la gran apertura al hombre en toda su divina complejidad.

Repartir pan rebasó con creces las expectativas de Chino. Compró equipo de CD y TV a color, aumentó de peso y se vestía a la moda. La vida cambió para bien. Pero como en todo, también tuvo su experiencia catártica y definitoria.

Odalys era bella. La palabra bella la definía. Los machos de todas las especies le rendían tributo. Gatos, perros, gallos y hombres caían fascinados por su aura. Las especies animales ante su presencia se comportaban y realizaban la rutina que desplegaban ante las hembras de su especie en celo.

Nació en Bayamo, era trigueña con una mata de pelo negro azabache y unas formas como para infartar. Estaba demasiado buena para ser real.

Rondaba los treinta años y era madre de un niño rubiecito, como todos los de ese reparto, de entre tres o quizás cuatro años.

Su esposo era 20 y más años mayor. Era militar y no permitía que su esposa trabajara fuera del hogar. Aunque se pretendía que esto era secreto, todos conocían que el hombre era oficial de la policía de Seguridad del Estado. Chino, cada vez que le llevaba el pan, preguntaba con inocencia y picardía: ¿Cómo le va al bombero?

Uno de esos días en que Odalys se preguntaba si su vida tenía algún sentido, sucedió. Ella le preguntó si conocía el tablero Ouija y él, con total suficiencia, respondió que era de lo que más sabía. Ella le pidió que colocara el carretón en el garaje, por aquello de que la gente piensa mal. El niño se encontraba bien cuidado en el Círculo Infantil y pasaron a la alcoba matrimonial, para allí interrogar a los muertos sobre el pasado, el presente y el porvenir.

La habitación fue una revelación por sí misma para Chino. Era amplia con dos inmensos closet, de puertas de corredera de madera barnizada y un baño de dimensiones bastante amplias en relación a todas sus experiencias.

Aunque Odalys no comprendió o quizás no quedó satisfecha del todo con las revelaciones de Ouija, se creó la magia. Él supo que no era feliz y ella lloró sobre su hombro. Le mostró el interior de uno de los clóset y Chino quedó fascinado. Estaba lleno de armas de fuego. Desde escopetas de caza, con uno y dos cañones, hasta pistolas. Fusiles AKM, cajas de municiones y cuchillos de monte, dagas, machetines y armas blancas exóticas, provenientes de diversas regiones del mundo.

Chino se sentía diferente porque libaba miel destinada a otro zángano. El whisky de malta escocés que degustó le abrió una nueva perspectiva en relación con el servicio desinteresado a la patria. Aprendió que no sólo se podía morir por ella, gozarla era igualmente glorioso y, además, muy agradable.

Chino poseyó a Odalys con una ternura y gentileza que convirtió en revelación para ella. Con fuerza y mucha delicadeza, en una combinación armónica invencible. Para ella, transmutó la perversión en virtud. Odalys se sintió bebida, penetrada, saboreada y sometida como no recordaba haberlo sido nunca.

Para completar su rutina, Chino le pidió que se volviera para sodomizarla. Con su tono de voz grave, dulce e íntimo, le aseguró placer y le minimizó el dolor de las principiantes. Ella le creyó.

Casi hipnotizado por esta experiencia, percibió que el acceso a las autopistas del poder y a las bendiciones de la patria se encuentra empedrado de capricho, azar, merecimiento o destino. Se nutre con habilidad, valor, capricho senil o hembra jadeante, satisfecha e ilegalmente feliz.

Mientras, a cuatro puntos, en la forma que los musulmanes hablan con Dios, Odalys recibió la ofrenda de macho de Chino.

La poseyó abstraído y a semi distancia del amor y el placer. Lo hizo con la vista y la imaginación fijas en un uniforme militar. El traje estaba investido con las estrellas que confieren mandato cruel, inmediato e inevitable. Estaba poseído por la sensación triunfante que sodomizaba la visión sólida del poder absoluto que representaba.

Mientras, la prenda amenazante, impersonal e impotente, asistía a la gozadera desde su perchero. Lucía marcial, limpia y correctamente planchada, como para un desfile o quizás una marcha.





OCTAVIO ES  
NOMBRE DE  
EMPERADOR ROMANO

LUIS CINO

---

**Luis Cino** (La Habana, 1956). Escritor y periodista independiente, perteneció al consejo de redacción de la revista De Cuba. Ha publicado los libros de cuentos *Los tigres de Dire Dawa* y *Los más dichosos del mundo*. Es colaborador habitual de la página electrónica Cubanet.org y jefe de redacción de Primavera Digital. Obtuvo premio en el concurso de cuentos El Heraldito, convocado en Cuba por el Proyecto de Bibliotecas Independientes.

En el jardín sonaba la música de Glen Miller y olía a madreSelva. Bailaba mejilla con mejilla con la mujer alta del vestido rojo. Aspiró su perfume de Guerlain y sus muslos apretaron la pierna derecha de ella. Comenzaba a tener una erección, pero cuando fue a besarla lo despertó el dolor en la cadera.

La erección se convirtió en un insoportable deseo de mear. Los perfumes en una mezcla de olores nauseabundos. Alzó la vista al cielo y en vez de estrellas su vista chocó con los desconchados y las manchas de humedad del techo del hospital.

Fue a pedir el pato para mear, pero la silla del acompañante estaba vacía. “Puñetero muchacho. Andará puteando por los pasillos con alguna enfermerita. O no vino el relevo a su hora y se habrá largado en su puñetera moto”, pensó.

Al principio, dos oficiales de nombres bíblicos se turnaban en cuidarlo. Procuraban ser amables e inteligentes. Le hablaban de libros, comentaban la situación internacional y le daban ánimo. Dejaron de venir cuando vieron que la enfermedad se prolongaba. Los sustituyeron los dos jóvenes con nombres enrevesados y aspecto de matones. Sólo pensaban en comer, templarse a las enfermeras y largarse en cuanto terminaba su turno de guardia. Porque no era otra cosa que una guardia. Velaban de mala gana a un pobre viejo en las últimas. ¿Para que engañarse pensando otra cosa?

A sus gritos, vino una enfermera negra y, de mala gana, lo puso a mear.

–Ay, negrona, si te cojo en mis buenos tiempos –le dijo, o creyó que le dijo. De todos modos, la enfermera no le hizo caso y salió del cuarto, apresurada y meneando el culo, a reanudar el chisme o retomar el sueño.

–O a verse con el maricón médico de guardia que se la debe estar templando, porque sólo para eso sirven las negras –comentó con el acompañante o con la sombra que dormitaba en la silla.

Hundió su cara entre los muslos macizos, calientes y prietos, aspiró el olor acre y dulzón, y sintió en la punta de la lengua la cosquilla de los ensortijados vellos. La Mora, una negra de facciones arábicas del bayú de Marina, enviada por el Profeta, desde su dotación de huríes, para él, sólo para él...

–Las putas de Marina, el Diario de La Marina. ¡Qué tiempos esos! ¿Se creerán de verdad estos tipos que no añoro aquella vida? Que la cambié gustoso por servir a su revolución de chusmas, mediocres y mierderos?

¿Pensarán que acepto a gusto mi condición de chivato?

Ellos sabían que tenía miedo. Gozaban con el temblor de sus manos en cada entrevista. Los hacía gozar con su miedo, que en realidad era mucho menos que el que ellos suponían. ¿Qué tiene un viejo que perder? ¿Una habitación alquilada, un montón de libros, un bastón, un gato?

Hablar un poco de mierda. Siempre hablar mal de los demás. Decirles lo que querían oír. Que fulano es un borracho y mengano un maricón. Oír lo que querían que oyera. Fingir que lo creía todo. A cambio le prometían homenajes y devolverle la mansión de su familia.

Los honores se los podían meter por el culo, los reconocimientos no los necesitaba. La casa era otra cosa. El primer paso para volver a ser él. No

Octavio ni una pinga. ¡Con su manía ridícula de los nombres bíblicos y de emperadores romanos! ¿A quién le temerían ellos? ¿Por qué la mariconería de esconder sus nombres?

A punto de volverse a dormir, cruzó el portal y montó en el carro. Bajar el Prado hacia el Malecón y coger izquierda hacia el túnel, atravesar Miramar, recto por Quinta Avenida hasta los cabarets de la playa... Las luces del Coney Island, El Chori, el Pennsylvania, las mamboletas, Olga Guillot que imploraba “miénteme más, que me hace tu maldad feliz”...

Era en Quinta Avenida pero no la casa de algún amigo. Ya para entonces le quedaban pocos. Lo llevaron en un carro ruso y le dijeron que sólo querían tener una pequeña conversación. A la tercera cerveza aceptó convertirse en agente de penetración. No tuvieron que insistirle mucho. Estaba muy viejo para ir a la cárcel, pero un asilo podía ser peor...

Lo malo fue que lo llamaron compañero. Qué compañero ni un coño de su madre. Compañeros son los bueyes. Era un tipo superior y ellos lo sabían. Siempre lo fue. A caballo y con pistola al cinto, en la finca de Pinar del Río. En Madrid, Paris o New York. En la redacción del periódico, cazando faltas de ortografía y tratando de enseñar modales refinados y a escribir a ese bando de incapaces y atorrantes. Observaba irónico a los imitadores del japonsito pretencioso de los retruécanos espantosos, a los convidados de piedra del banquete lezamiano y al orfanato de poetas coloquialistas, consignatarios y sin musa. Atropellados con sus penas, que son tantas que por eso no los matan. Infelices!

No se traiciona a los que son inferiores, sólo se les utiliza. Lo aprendió desde niño. Su padre se lo repetía y nunca lo olvidó.

Sólo tuvo reparos en vigilar al Grande. Llegó a ser su amigo, pero nunca un igual. Tenía talento para escribir cuentos, pero le faltaba clase. La

revolución lo sacó del campo, lo becó y lo hizo persona. Un personaje a la medida de estos tiempos: Un palurdo talentoso con más de oso que de talento. En un país de ciegos, el tuerto es rey.

Nunca se atrevió a llevar al Grande al Parnaso. Allí no bastaba con proclamarse seguidor de Salinger o Faulkner o de la anti poesía de Nicanor Parra. Hablaba demasiada mierda cuando se emborrachaba, aún antes de la Gran Desilusión.

El Parnaso era otra cosa. Al jardín de Dulce María Loynaz no llegaba cualquiera. Sólo los elegidos. Miró de reojo al maricón pinareño, siempre inoportuno e impostor, y apuró con resignación su taza de té, porcelana de Cevres 1913.

Empezó a leer un poema, pero en lugar de un alejandrino se le escapó un peo. Iba a bromear con el viejo de la cama vecina cuando recordó que había muerto ayer al mediodía.

Entonces, volvió a sentir como si le resbalaran piedras calientes por el estómago y se acordó de sus hijos. Los vio por última vez hace 30 años en Lima, cuando aún no era la horrible y a él le permitían viajar. Luego de una charla en San Marcos, harto de whisky, en correría del puente a La Alameda. Les dijo que no se quería ir de Cuba. Fue su último viaje. ¿O el último fue a Moscú?

Iba a preguntarle al Grande cuál fue el último viaje, pero recordó que estaba preso. Lo condenaron a 20 años. Por suerte, no tuvo que estar en el juicio. Su declaración la llevaron en un video. Lo filmaron con boina y camisa blanca, en una silla de ruedas, hablando mierda hasta por los codos. Todo por la casa de su familia. En la vida todo tiene su precio.

Algo le apretó la garganta. Pidió a gritos que le trajeran agua. Un vómito de sangre le impidió volver a gritar. No hizo falta. Todos acudieron en tropel: su padre, la enfermera negra, La Mora, los guajiros de la finca, todas sus mujeres, el Grande, sus hijos, el acompañante de nombre impronunciable y cara de matón, los oficiales de nombres bíblicos, Dulce María Loynaz, la rubia alta del vestido rojo, la sombra que dormitaba en la silla...

Vio tanta gente junto a la cama que supo que iba a morir. Sintió alivio. Sólo lamentó que ya no podría recuperar la casa de la familia Galarraga. Su casa.

Murió de madrugada. Lo enterraron a las nueve de la mañana, sin poemas pero con honores militares. En las cintas de las dos coronas de flores rojas y amarillas, enviadas por la UPEC y el MININT, no escribieron el apellido de su familia, sino Octavio. Un nombre de emperador romano. Su nombre de agente. El suyo, el verdadero, se extravió. Fue otra más de las cosas que perdió.





LA BAILARINA Y  
EL ESTAFADOR

LUIS PÉREZ DE CASTRO

---

**Luis Pérez de Castro** (Pinar del Río, 1966) es historiador, abogado, narrador, poeta, crítico literario. Ha publicado, entre otros, los libros de cuentos *Nostalgia del cíclope* (Ed. Libre Idea 2004), *Mientras arde en silencio mi voz* (Ed. Capiro, 2006) y *Epístolas de un loco* (Ed. Mecenaz, 2007), y los poemarios *Confesiones del Abad* (Ed. Matanzas, 2005) y *Testimonio del pagano* (Ed. Unicornio, 2007). Ha obtenido, entre otros, los premios Mercedes Matamoros, 2003; Félix Pita Rodríguez, 2006; Farraluque, 2007, y el Primer Accésit certamen de relato breve LGTBI, Premios Lorca (España, 2013).

En el barrio, cualquiera puede convertirse en un bandido común o en una puta profesional. Bandido o pichón de estafador. Puta o pichona de prostituta, con exactitud de medida y todos los adjetivos que se le quiera agregar. Aprender estos oficios, según decía mi abuelo tan antiguos como el hombre, no es para nada difícil en el barrio, las opciones sobran: El portal de la tienda La Plaza Roja, la Cervecería El Machete, el Círculo Los Pinos, la casa de Niní el partidista, donde por sólo cincuenta pesos puedes pasar la mitad de la noche con una puta, o pichona de prostituta, y parte de los aseguramientos necesarios.

—Por eso siempre tienes que estar alerta —dice mi padre—, si te duermes te lleva la corriente.

Mi padre es un hombre sabio. Donde pone el ojo, pone la lengua, y donde pone la lengua, casi siempre pone la verdad. Mi madre no se cansa de besarlo y, creo yo, que hasta de hacerle el amor, porque después de tantos besos en cada esquina de la casa, qué otras cosas podrían hacer.

Yo soy el mayor prospecto de la estafa, me viene en la sangre, del instinto de gladiador de mi padre, que, aunque lo niegue alegando que es un ejemplo en su trabajo, yo solo lo veo con una libretita bajo del brazo casa por casa anotando números y después repartiendo dinero, en ocasiones también sus bofetadas. Por eso digo que, cuando yo sea grande, puedo resultar un buen estafador, porque reúno las tres condiciones para ello: el deseo, la habilidad y la herencia directa de mi padre.

El otro caso es el de la niña nueva que se mudó para el barrio junto a dos viejos blancuzcos. Ella también es blanquísima, pero tiene los ojos más lindos que he visto, bien pero bien azules. Mi padre aún no la conoce y ya le puso el ojo y la lengua encima.

—Qué clase de jinetera va a salir de ahí —le dice a mi madre.

—**¿Ya te fijaste?** —me pregunta mi madre con un gesto inquisidor.

Y no le hago caso.

Todos en el barrio están preocupados por la forma de ser de los dos viejos blancuzcos y de la futura jinetera. Todos comentan, liderados por mi padre, que son pájaros. Dicen que por las tardes se visten con unos trajes pegados al cuerpo y en el patio de atrás, junto a la futura jinetera vestida con una sayita a la punta de las nalgas, comienzan a bailar y a dar giros en la punta de los pies. Niní el partidista aseguró que por su madrecita esos viejos le están echando maíz para sacarle el fruto después, que la niña ya está muy bien y cualquiera daría por ella lo que se le pidiera.

Yo comencé a odiarlos. No me gustaba el dime que te diré que se traían. Entonces me di cuenta que iba a ser un estafador con buenos sentimientos, con ética y mucha profesionalidad, algo totalmente ausente en nuestros días. Confieso que no los odio a cadena perpetua, sólo cuando hablan demás o inventan para hacerse los duros y eso me alegra porque el odio, según dice mi padre que está etiquetado como bandido, pero a veces dice cosas interesantes, no nos conduce a nada.

Después de tantos comentarios, chismes y enredos hasta de los que se dicen hombres por encima de cualquier cosa, decidí apartarme de la pandilla, también contaminados con la misma enfermedad y esa rabia contenida contra todo posible enemigo, que por lo general son imaginarios, para cuando sean grandes.

Como mayor prospecto de la estafa en el barrio, tenía que darme mi lugar y bajo esa condición tracé la línea estratégica para conocer la

verdadera identidad de los dos viejos blancuzcos y de aquella niña de ojos lindos, bien pero bien azules.

En el portal de La Plaza Roja Niní el partidista tiene su puesto de frituras de maíz, harina de pan y otras cosas extrañas que él llama por nombres muy finos y refríe con manteca de puerco. Ya había pasado el fin de semana y se había comprobado que aquel baile en puntas de pie y con una vestimenta extraña se llamaba ballet.

—¡Menos mal que alguien sabe bailar otra cosa que no sea reguetón! — exclamó Margara, la bodeguera.

—¿Tú sabes lo que es un ballet? —preguntó Niní el partidista con cara de burla.

Margara vaciló por unos segundos, recogió las cejas y disparó sin pausa, dispuesta a aniquilar del primer disparo a su enemigo habitual:

—Pararse sobre la punta del pie y dar vueltas y... ¿Complacido?

Niní el partidista la miró con la misma expresión de burla, le puso sobre el mostrador dos frituras y dijo con un cinismo sin igual:

—Estas sí son de maíz y aunque no te las ganaste son tuyas —se viró para mí y preguntó—: ¿Tienes algún preservativo por ahí?

Después de darle taller a su pedido, algo más que inesperado, le entregué el único preservativo que con tanto celo guardaba en mis bolsillos. Lo dejó caer sobre la pesa y después de observar como esta se balanceaba lentamente, dijo con mayor cinismo:

—Búscate una tranca, que no sabes ni carajo.

Ya rebasaba las cuatro y veinte de la tarde, y comenzaban a pasar por el puesto de Niní el partidista los primeros escolares. La técnica a seguir era sencilla y la dividí en tres etapas y una contraseña.

Primera etapa: Niní el partidista, por sólo cinco pesos, retendría la venta de las dos frituras que diariamente la futura jinetera de ojos lindos, bien, pero bien azules, les compraba justo a las cuatro y treinta minutos de la tarde.

Segunda etapa: Niní el partidista velaría, por sólo cinco pesos, a los dos viejos blancuzcos que a las cuatro y treinta y cinco minutos de la tarde, la esperaban al doblar de la tienda.

Tercera etapa: Niní el partidista, por sólo cinco pesos, se encargaría de evitar que mi padre se enterara de la cita hasta tanto yo no se lo informara, además de fiarme sus dos frituras y dos más para mí.

Y la contraseña: Camino limpio.

—¿Si no la tumbas? —preguntó con ese gesto que siempre lo acompaña de egoísta en alta potencia.

Yo no contaba con esa reacción. Por eso digo que en el barrio nadie tiene sentimientos ni ética ni mucho menos profesionalidad y que yo no puedo ser igual. Bandido o estafador, no importa el estatus social que alcance, pero con sentimientos, ética y mucha profesionalidad. Lo miré de arriba abajo, también a su miserioso puesto de frituras lleno de churre, todo muy lentamente y cuando estaba a punto de saltar, dije:

—Cumple con lo tuyo que yo, aunque me cueste la vida, cumplo con mis quince pesos.

Me aposté al otro costado de la tienda, fuera del alcance de las miradas inoportunas de los dos viejos blancuzcos. Cuando la vi acercarse los pies me temblaron y cuando sus ojos lindos, bien, pero bien azules, me miraron, sentí un corrientazo que poco faltó me lanzara al piso. Ella se acercó y con algo de sorpresa, preguntó:

—¿Tú no eres el que me vela por las tardes sobre el muro?

—Yo no te velo —respondí con temeridad—, yo te miro bailar junto a esos viejos blancuzcos.

—Esos son mis tíos Asaf y Salomé Messerer, y lo que bailamos se llama ballet —dijo. De la mochila sacó una fotografía y volvió a decir, esta vez con voz tierna—: Estos son mis padres.

—Vamos a merendar —dije arrebatándole la mochila de las manos.

Niní el partidista sacó de una cazuela cuatro frituras y las echó en un papel. Miró los alrededores y murmuró:

—Camino limpio.

Caminamos uno al lado del otro, sin mirarnos, sin pronunciar una palabra. Nos detuvimos varios metros antes de llegar a la casa. Allí nos esperaba Lucrecio, el alcohólico más noble del barrio. Le entregué un pomo plástico con alcohol noventa y nos condujo hasta el traspatio de su casa, cerca de las nuestras para poder escuchar en caso de alarma de combate por cualquiera de las dos partes en conflicto.

Lucrecio destapó el pomo y se lo empinó, después de hacer varias muecas, dijo:



—Siéntense en aquellas sillas del fondo —volvió a empinarse el pomo y terminó con voz apagada—: Métanle, que de su gente me encargo yo.

Permanecimos por un rato en silencio. Ella me mira fijo, sin miedo, decidida. Yo sentía el peso de su mirada, pero no podía retribuirle de la misma forma, porque de hacerlo sus ojos lindos, bien pero bien azules, me matarían. Ella sacó nuevamente la fotografía y dijo una vez más:

—Dicen mis tíos que me parezco más a mi mamá, ¿es verdad?

Cogí la fotografía y me puse de pie. Di un paseo corto alrededor de las sillas, con un estilo inconfundible, único e incomparable, de estafador consumado. Miré al hombre y a la mujer que aparecían abrazados, vestidos con unos trajes gordísimos y bajo de la nieve. Me apertreché de la hombría que tanto alardeaba mi padre y mirándole fijo a sus ojos lindos, bien pero bien azules, dije:

—Es verdad, te pareces a ella.

Lucrecio entró dando tumbos entre las paredes con Niní el partidista detrás. Llegaron con el susto grabado en el rostro. Lucrecio hizo hasta lo imposible por hablar y las palabras no le salieron. Niní el partidista le quitó el pomo de alcohol y después de empinárselo, disparó:

—Los están buscando hace rato.

—Por un lado, tu puro y por el otro los viejos blancuzcos —dijo Lucrecio después de un largo suspiro.

—Me queda otro pomo de alcohol en la casa —le dije a Lucrecio—, si los entretiene es tuyo.

–Yo me encargo de tú puro, pero en vez de quince pesos –se aprovechó Niní el partidista–, ahora son veinte.

Y vi en su cara la misma sonrisa socarrona, la misma potencialidad de su egoísmo.

–Ya está –dije y salieron dando tumbos, uno detrás del otro.

Ella me volvió a mirar fijo, sin miedo. Yo le partí para arriba decidido a saber no sólo de quién había heredado sus ojos lindos, bien, pero bien azules, sino también de dónde venía, quiénes eran los dos viejos blancuzcos que llamaba tío Asaf y Salomé, por qué ese baile que sólo Niní el partidista pudo identificar y dije:

–Yo soy Maykol y ya sabes que te miro todas las tardes sobre el muro, pero no sabes que lo hago porque me gustas y porque quiero saber todo de ti.

Ella soltó una sonrisa pícara y sus ojos lindos, bien, pero bien azules, tomaron otra tonalidad, no sé si verde azul o más azules todavía, pero cambiaron de color y volví a sentir que me aniquilaba. Se puso de pie, puso a un lado la mochila y acomodó la silla de frente para mí, después de sentarse dijo con una dulzura que me perforó hasta los huesos:

–Te lo voy a contar para que veas que el Condado y Santa Clara no son el ombligo del mundo ni mucho menos lo peor –puso la fotografía de sus padres sobre sus piernas y continuó con la misma dulzura–: Mi nombre es Maya...

–Eso lo sé –interrumpí.

–Maya Mijáilovna Plisétskaya y no me interrumpas, que nos están al llamar –dijo muy seria, pero aún con dulzura–. Yo vengo de un país

lejísimo, se llama Rusia. Dicen mis tíos que el presidente de allá mandó a fusilar a mi padre por ser judío y a mi madre junto a mi hermano los mandó para otro país que yo desconozco. Nosotros tuvimos suerte de llegar acá.

—¡Coño! —exclamé—, está duro eso.

Niní el partidista y Lucrecio volvieron a entrar, pero esta vez sujetándose de la pared. Lucrecio balbuceó algunas palabras que no entendimos. Niní el partidista se dejó caer en el piso y se recostó a la pared. Lucrecio lo imitó. Ella fue hasta ellos y acomodó la cabeza de Lucrecio sobre una pierna de Niní el partidista.

—Mis tíos son bailarines y me están preparando para entrar a la escuela de danza —dijo. Se paró en puntilla de pie y volvió a decir—: Esto se llama port-des-bras y ellos dicen que soy muy poderosa con él, pero que tengo que trabajarlo mucho y es lo que hacemos por las tardes en el patio. Así, mira.

Mientras ella baila, hace giros y alza los pies junto a sus manos, yo miro a Niní el partidista y a Lucrecio borrachos y dormidos. Ella baila sin preocupación, como si lo hiciera sobre el mejor escenario del mundo y no en el Condado, entre borrachos, jineteras, boliteros y prospectos de estafadores. Ella baila, sonrío y me mira con sus ojos lindos, bien pero bien azules. Y yo sin saber en realidad qué hacer. Desde que estamos así, hace quizás una o dos horas, aunque en realidad ya no tengo una idea exacta del tiempo transcurrido; tampoco ella que no deja de bailar, de sonreír, de mirarme con sus ojos lindos, bien pero bien azules.

Entonces dudo de mi padre, de su ética, de su profesionalidad e incorruptible hombría; de Margara y su pesa desajustada; de Niní el partidista, de sus abastecimientos por sólo cincuenta pesos y su apoyo

incondicional; de Lucrecio y sus borracheras cotidianas. Dudo hasta de mí.

En el barrio cualquiera puede convertirse en un bandido común o en una puta profesional, las opciones sobran. Pero también existen tardes y opciones para todo lo contrario: La casa de Maya Mijáilovna Plisétskaya y sus tíos Asaf y Salomé. Siempre que no venga alguien a fijarse en sus ojos lindos, bien pero bien azules.



MARCOS ME  
ABANDONA  
A MI SUERTE

MARÍA MATIENZO

---

**María Matienzo** nació en La Habana en 1979. Es editora, escritora y periodista. Ha colaborado en portales digitales como Havana Times, Cubanet y Diario de Cuba, y ha sido antologada en varias publicaciones nacionales e internacionales. *Apocalipsis La Habana: (americans are coming)* es uno de sus libros publicados. Desde la Isla, editó la revista independiente Voces y es miembro del Club de Escritores Independientes de Cuba.

Apenas llegamos, Marcos me abandona a mi suerte. Aparece la Lupe y yo vigilo a Marcos, no fuera que regresara y me agarrara besando a su mujer. Nos recostamos a la reja. La Lupe parece que arrastra la vida.

Le brindo mis oídos porque sé que no tiene muchos, que con los suyos no le basta. Ella necesita otros dos oídos para que sepan cuánto puede odiar.

Su venganza sea.

Lo veo regresar por la derecha. Cambio la inflexión de la voz para que sepa que el beso que me está dando puede ser de muerte. Si Marcos nos descubre, quién sabe qué pueda pasar. Entre sus fantasías no está ver a dos mujeres besándose. Dice que lo ve asqueroso e inútil. Yo quisiera saber cuáles son las fantasías de mi socio.

Debe ser con perros. Él es veterinario. Él ama a los perros más que a su mujer, por eso ella protesta cada vez que me ve y aprovecha la oportunidad para besarme. Ella cree que me gusta y, como no la rechazo, no pierde la oportunidad.

Marcos solo ha regresado para asegurarse de que la cola para entrar a la pizzería no ha avanzado y que no lo hemos dejado fuera. Creo que sospecha de nuestros besuqueos. Se vuelve a ir con las manos en los bolsillos, sin mirar atrás. Se va sin curiosidad. Sin pensar en qué tanto hablamos su mujer y yo.

La Lupe es enfermera y ha visto muchas cosas. Ese es su lema. Yo nunca me he acostado con una enfermera, pero pudiera. Aunque no con la Lupe que dice que ha visto muchas cosas.



No me cuenta nada. No se decide. Y mira que le insisto. Ella voltea la cabeza y respira profundo. Me imagino las cosas que ella sabe pero quiero que me las cuente.

A cambio yo le cuento algunas mías. «Ayer me sacaron una muela, pero hoy estoy aquí con ustedes y quiero comerme una pizza para que me duela la cara, la mandíbula, la vida. Para que no sea suficiente con dos dipironas». Ella finge asombro y me pide que la bese. Esta vez me resisto. La Lupe es grande y me fuerza al beso. Entonces comienza a hablar como loca de las desgracias ajenas y no de lo que quiero que me hable.

«¿Qué hace Marcos por allá?», le pregunto para cambiar el tema que me abruma y ella me responde que vigilando la otra cola, la de las oportunidades. Me quedo con mis dudas porque desde donde estoy solo lo veo mirar de un lado a otro.

Estoy a punto de gritarle: «Marcos, come back, come back, come back», mientras me aferro a la reja y mi voz se rasga por la angustia que me provoca la Lupe. Eso es solo una imagen. No me atrevo y yo también aprovecho el impulso y la beso y decido dejarme arrastrar y olvidarme de Marcos que en eso viene corriendo con los puños cerrados y tenemos que seguirlo corriendo también porque se le ha dado su oportunidad.

—¡Ladrón! ¡ladrón! —alcanzo a escuchar y me doy cuenta que es con Marcos. Corro.

Con esa cadena de oro que lleva en las manos ya no tendremos que hacer cola en esa cochina pizzería para comernos esas cochinas pizzas. Me dice en cuanto puede. Miro a la Lupe y ella me sonrío asintiendo. Ella sabía el plan.

Me preocupo. ¿Nos habrá visto? El pelo de la Lupe está revuelto, pero ahora no se sabe si fue del corretaje o del enredo que le provoqué con mis dedos. No sé si Marcos nos vio. No comenta nada. Solo habla sobre su éxito. Lo logró. Ahora debemos esperar. Se cambia de ropa. Él sabe a quién le puede interesar. Mientras nos quedamos a esperarlo nosotras nos tenemos que cambiar de ropa.

Él sale.

Temo que no tengan nada para mí. Le temo más a desnudarme frente a la Lupe. Me equivoco. Tienen ropas para mí. Me ajustan más que las mías. Son nuevas. Pero cuando la Lupe me ve desnuda se me abalanza.

Alternas. Mi boca, mis senos, mi boca, mis senos y decide dejarlo todo para más tarde. Marcos debe estar al regresar. La transacción es rápida.

Marcos regresa con los dólares en el bolsillo y vamos al restaurante de Alberto.

«¿Viste lo bien que le quedan la ropa a Elizabeth?» comenta ella y me golpea las nalgas. Sospecho que hay otros planes. Pero Marcos la reprende por su exceso de confianza. ¿Qué hace su mujer tocándole las nalgas a otra mujer? La Lupe no se ruboriza porque es negra.

Yo bromeo: «¿Qué, tienes miedo?» Él me mira y siento que me reconoce. Yo soy su socia, la que sería incapaz de traicionarlo.

La comida es muy cara y nos tratan como a clientes VIP. Alberto sabe que Marcos deja sus bolsillos en la mesa. Alberto no escatima en elogios y mete la cabeza en mi escote. Marcos le corta las intenciones.

Cae la incomodidad sobre la mesa.

Alberto se va. La Lupe a penas me mira. Se siente traicionada cuando Marcos la besa y le dice que era solo para espantar las moscas. Que él no caga donde come y que ahora yo soy parte del equipo.

«¿De qué equipo?», pregunto yo.

«Ella tan ingenua como siempre», dice la Lupe mirándome a los ojos y descubro que no está jugando. Pretenden que sea parte de la banda. «Nosotras distraemos y él ejecuta».

«Wait, wait, wait, yo no quiero ser parte de ninguna banda, además, haciendo qué».

«Lo que ya sabemos que haces», se ríen. Yo misma no sé qué hago y prefiero tomarlo como una broma.

Antes de irnos al apartamento, jugamos a que asaltamos un banco. Me tiro al piso, me enmascaro con la saya de la Lupe y siento su olor. Está excitada. Marcos me dispara con sus dedos hechos pistola y la Lupe me sacude para que no muera. Así cierra la escena y nos recordamos que somos adultos.

«Es que la cerveza y los camarones nos han hecho alergia» dice Marcos y me revuelve el pelo. Siento que recuerda los años en la universidad. Cuando éramos unos chiquillos con sueños, queriendo escalar la montaña más grande del mundo.

«Vamos, que en el apartamento tengo lo que nos hace falta», y nos agarramos a sus brazos abiertos.

La Lupe tiene muy buena mano. Directo a la vena y a penas se siente el pinchazo. Para mí una pequeña dosis es suficiente. Ellos prueban todos los días.

Vemos el mismo horizonte y yo hago lo que hago. Me quito la ropa y me acaricio.

Bailo desnuda en medio de la habitación y ellos aplauden emocionados.

Me gusta que me miren, que me toquen. Soy perfecta.

Huyo por toda la casa. Los dos quieren tocarme. Llego a un rincón. No tengo escapatoria. Y dejo que hagan conmigo lo que quieran.

«Elizabeth, dale que nos toca», me susurra la Lupe mientras me agarra por la cintura y me arrastra al interior del apartamento. Allí está el viejo gordo que no es extranjero ni un carajo, pero que tiene dinero y cadenas y celular caro.

Marcos se despide. Cierra la puerta con una sonrisa. Acaba de cerrar el negocio.

Empiezo a bailar en medio de la escena. Me quito la ropa poco a poco en lo que la Lupe acaricia al viejo. Lo besa.

«Este negocio da». Pienso porque sé que en cualquier momento entra Marcos con una pistola, amenaza al viejo y nos podremos ir sin que llegue a tocarme. Cuánto ha cambiado mi socio. Esta es la última vez. Es verdad que el negocio es redondo. Yo tengo mis ventajas.

Bailo en la esquina de la cama. Lupe desnuda al viejo. Se desnuda ella. Ya estoy en blumers. Marcos no acaba de llegar.

La música la escogió el viejo. La Lupe se la mama. Yo estoy a punto de vomitar. Marcos no llega. ¿Cómo la Lupe se atrevió a tanto?

La oscuridad se hace casi absoluta dentro del cuarto. Miro a la puerta. Pero con mirar no basta. Llegó el compás en que me quito el blumers. Marcos no llega y la Lupe me empuja a la cama.

«Lo siento, mi hermana, cambió el libreto», me dice al oído con todo su odio resumido mientras el viejo me penetra y yo no grito porque sé que la tragedia apenas empieza.

EL CASO  
DEL GENERAL

RAFAEL ALCIDES

---

**Rafael Alcides** (Bayamo, 1933 – La Habana, 2018). Poeta, narrador y periodista. Premio Nacional de Literatura Independiente ‘Gastón Baquero’ en 2015. Publicó, entre otros libros, los poemarios *Y se mueren, y vuelven, y se mueren*, *La pata de palo* y *Agradecido como un perro*, y la novela *El anillo de Ciro Capote*. En 1993 se apartó de toda colaboración editorial y pública en Cuba, y posteriormente renunció a la UNEAC en carta abierta. Sus novelas han sido censuradas en la Isla. En el año 2011 obtuvo el Premio Café Bretón & Bodegas Olarra de Prosa Española.

El general solía pensar que lo vigilaban pero no se atrevía a consultar al médico. De ir a un doctor que no fuera el médico militar que le correspondía por su unidad, la contrainteligencia militar se daría a sospechar. Y de ir, por el médico militar se enteraría la contrainteligencia de que descubrió que lo vigilaban o que sospechaba que era vigilado. Optó por auto medicarse. Durante diez años consumió el general cuanto fármaco halló en Internet contra las dudas y los malos pensamientos, y en todo ese tiempo ni por casualidad durmió una noche bien. Por sospechar, llegó a pensar que también su mujer y sus hijos formaban parte del complot. Dándole esta sospecha un severo vuelco a su vida, el general no dudó en dar por confirmado algo que venía sospechando de tiempo atrás: por exceso de trabajo o por lo que fuera, había enloquecido: así lo demostraban aquellas nuevas sospechas filiales y todas sus anteriores fantasías. Descubrir esto fue un alivio para el general, pero también un compromiso impostergable. Aunque no manejaba mayores secretos de Estado Mayor, se le hizo muy claro que un general en sus condiciones era un peligro para el Ejército. De modo que un día no pudo con eso. Cerró la puerta de su despacho, besó su carné del Partido y se pegó un tiro. Hacer esto sin permiso de la autoridad competente fue en definitiva la única mácula que quienes lo venían vigilando pudieron al cabo señalar en el hasta entonces impoluto expediente del general.





# CHOCOLATE

VERÓNICA VEGA

---

**Verónica Vega** nació en La Habana en 1965. De formación autodidacta, es colaboradora de sitios digitales como Havana Times y Diario de Cuba. *Aquí lo que hay es que irse* fue su primera novela, publicada en francés en el año 2010 por la editorial Bourgois bajo el título *Partir, un pointc'esttout*. Tiene dos libros de narrativa inéditos.

Una vez que abres la puerta, que el aire acondicionado da en la cara, entras en otro país. Y qué olor a nuevo, a limpio, donde se aglutinan tantos otros aromas: el de las baldosas pulidas, los envases intactos, hasta el detergente con que la dependienta lavó el uniforme. Su perfume, la loción de afeitar del administrador.

Me hipnotiza lo que se ve en la vidriera: los potes multicolores, las luces del papel plateado. Pero mi decisión ya está hecha, pediré un helado de chocolate, el más grande que pueda pagar. Ay, tchocolath, los aztecas tenían prohibido beber más de tres jarras de cacao. Cuántos demonios resucitará aún con sus poderes afrodisíacos. Ese sabor a prohibido, *ademásido*, que hasta te hace cuestionarte si es pecado, porque no puede ser moral algo tan delicioso. Dicen que Moctezuma lo bebía siempre antes de hacer el amor.

La dependienta ya me vio, pero está muy ocupada verificando números de un ticket que marca en el teclado. Se está tan bien aquí. Es como un agujero negro, sólo empujas la puerta, y ya. Después de todo estamos en la era digital, unos metros ridículos de universo pueden revolucionar el concepto de espacio.

Estoy a punto de creérmelo de nuevo, que las cosas deberían ser sólo así, como decía Marlene. Esa loca de Marlene, un día se le ocurrió que pescáramos turistas sólo para que nos invitaran a Coppelia, a la parte de los extranjeros. Mientras en la de cubanos sólo había vainilla, ahí no faltaba el chocolate, ¡y hasta con almendras!

Aquellos turistas, ¿serán alemanes, o suizos, suecos...? Sus rostros pálidos tienen expresión de despiste, casi de inocencia. *Es sólo porque están de paso, no te confíes*, decía Marlene, *en sus países no son tan simpáticos ni sonríen tanto.*

La dependienta sacude contrariada sus rizos. Las uñas con ribetes en perla vuelven a danzar sobre el teclado.

Cuánto hace que no me tomo un helado de verdad, y de chocolate. Para los aztecas el cacao era un alimento sagrado. Su siembra se hacía mediante un ritual: parejas que habían hecho previa abstinencia de sexo y alimento, copulaban justo al colocarse las semillas en la tierra, mientras invocaban a Tláloc, el dios de la lluvia.

La dependienta me olvidó completamente. Se ha sumergido en los dígitos del papel, de las teclas. En el imperio azteca se podía pagar con semillas de cacao, tanto era su valor. Ahora vale todavía, hay que pagar lo que fue sagrado, su desacralización, su itinerario con los conquistadores —dicen que Colón lo conoció pero no le hizo el menor caso—, su expansión, los aportes de Nestlé y Peter... No es un simple helado, es historia. Y en todos los países la historia se cobra.

Coño, ¡cómo se demora! ¿Valdrá la pena gastar el dólar? Puedo regresar en taxi y me quedaría dinero para mañana... aprieto el billete en mi mano. Marlene decía riendo que el primer mes en París engordó seis libras. Y todo por el chocolate. Que Jacques hasta le recomendaba los cafés donde vendían los mejores helados. Hasta que una mañana ella se miró en el espejo y dio un grito.

La dependienta cierra la caja de un golpe.

—¿Dígame...?

—Eh... quiero un Nestlé, de chocolate.

—Un dólar.

Pongo el billete en su mano blanquísima, impecable. Con una sola mirada, ella resume mi pelo, mi vestido, mi larga estancia en semáforos, bajo el sol, alzando con desesperación la mano a la impasible columna de carros.

Corre la puerta de la nevera, elige un envase y lo suelta sobre el cristal.

Palpo el cilindro frío, su sudor perlado bajo la tapa transparente: *leche, grasa láctea o vegetal, azúcares, saborizantes, emulsificadores...*

Levanto el borde con las uñas mientras camino. Siempre queda lo más cremoso en el envés de la tapa. Lo lamo con gusto, mmm... el sabor de siempre, mi chocolate.

Me decido por la mesa más próxima a una ventana. Me siento, dejo voltearse en mi boca la crema fría, su dulzura acre. Cualquiera de los que esperan la guagua bajo ese sol quisiera estar aquí adentro. Cambiar tres días de salario por un helado.

Pero no hay mucha gente. Algunos cubanos, bendecidos por la mala suerte: mecaniqueros, jineteras, quién sabe si pingüeros. Y otros por la buena suerte: un trabajo en turismo... La remesa por la Western Union, o por algún conocido que ahora se gana la vida como mula de carga, viniendo desde Miami por un tercer país.

Hacer un surco en esta tierra espesa, deliciosa. Es una pena esta cuchara minúscula. Esos alemanes-suizos-suecos no parecen saber lo que hizo Europa por el chocolate, ni de la galería de adictos famosos: Casanova, Madame du Berry, ¡hasta el propio cardenal Richelieu! Se contentaron con pedir agua mineral.

Balanceo las piernas, me reclino mejor en la silla. En la última mesa hay una pareja muy joven. Él, sin duda, es el mejor partido del barrio. Rubio,

atlético, con ropa de marca, bajo el pulóver se entrevé una cadena de oro. Ella es casi una niña. Para llegar hasta aquí ha comprimido con velocidad los ciclos en MP3: se habla tanto de que el proceso hormonal, la madurez de los órganos... Cuánta burocracia para el acto más simple y animal.

El círculo de la orilla, cuando empieza a derretirse, hace una espuma exquisita. La mujer que está a la entrada también pidió chocolate. Un mulato gordo, con marcas de acné en las mejillas, acuña el terreno con su mano gruesa, fija en los glúteos de ella. Sube la cuchara, devora, baja... hacen círculos, ella sobre el chocolate, él sobre sus nalgas.

Si hubiera podido comprarme una malta. Mezclarla con el helado.

La adolescente estalla de pronto en una risa falsa. A su edad ya conoce del suplicio de los decolorantes, si es posible Loreal, con acondicionador y crema. Bajo la blusa corta, el diámetro de anoréxica que casi cabe en dos manos. Un jean elastizado que sirve para maniobrar rápido cuando se monta en la moto, detrás de él. Ver la gente difusa, casi abstracta, amontonada en las paradas.

Hay cuatro dedos al fondo, de marrón espumoso, denso todavía. *Qué corto es el placer*, decía Marlene, *tanto desgastarse para disfrutar sólo unos segundos*. Y yo pensaba en que desgastarse empezaba con alisarse el pelo, elegir la ropa, mostrar las piernas perfectamente depiladas.

Ay Marlene. Cómo le habrá ido en Pavía, que nunca fue París, me dijo la hermana. Y que jamás hubo un tal Jacques, diplomático de 37 años, sino un viejo italiano que conoció en la playa, cuando el horror de no salir de Cuba la estaba enloqueciendo. Qué distinta en la foto, Marlene, qué extraña esa sonrisa, apurada para el segundo en que parpadea el diafragma.

La mujer y el mulato corren ruidosamente las sillas. Se van. Los alemanes-suizos-suecos también se van. Dejo el pote en la mesa. Me levanto. Camino entre las mesas vacías. Hay dos niños pegados al cristal, del lado de afuera. Las narices aplastadas contra el vidrio, los ojos fijos, hipnóticos en la nevera.

Me preparo para cuando abra la puerta, para el violento contraste de temperatura.

¿Cómo estará la parada? ¿Y si sigo hasta el semáforo de Malecón? Pero con este sol... Si no hubiera entrado aquí, qué estupidez. Y gasté mi último dólar.





# THE CUBAN DREAM

YUSIMÍ RODRÍGUEZ

---

**Yusimí Rodríguez López** (La Habana, 1976). Escritora y periodista, es habitual colaboradora de portales digitales como Havana Times y Diario de Cuba, donde publica artículos y entrevistas sobre la libertad de prensa, los músicos callejeros, los travestis y otros aspectos de la cotidianeidad habanera. Recientemente, su libro *The Cuban Dream* recibió el Premio José Soler Puig en la categoría de cuento.

Piensa Benigno, el guantanamero, encaramado encima de una mata de naranjas agrias, que su suerte pudo ser otra, mientras mira a la mujer que se desnuda dentro del baño de una casa. De algún otro apartamento le llega el juego de pelota transmitido a través de la televisión nacional, entre los equipos de Industriales y Santiago de Cuba; supone que los Industriales han anotado ya alguna carrera, porque en las casas la gente grita Industriales campeón. La mujer ensaya ante el espejo todas las formas de endurecer las nalgas, levantar sus senos enormes, colgantes y meter el vientre, para al final desinflarse con un suspiro. Benigno le calcula cuatro décadas rancias de ganas acumuladas, de fantasías sin realizar, loca por atender a un hombre, hacerlo feliz. Y ese hombre pudiera ser él, que lleva tres años en La Habana durmiendo en un cuartito de solar con baño colectivo, haciendo cola de vez en cuando en un comedor comunitario para rogarle a los dependientes que lo dejen comer entre los viejos apestosos y desahuciados. Si hubiera tenido al menos una muda de ropa decente con qué presentarse en la casa de una mujer habanera, y cuatro pesos en el bolsillo para invitarla a salir, hacerle un regalo y ayudarla con los gastos de la casa, piensa, viendo a la mujer cerrar los ojos y pasarse los dedos enjabonados entre las piernas. Soñaba comprarse un bicitaxi, una de las mejores inversiones que se podía hacer en La Habana; de veinticinco pesos para arriba cada cliente nacional, y si un día la suerte le pone delante un extranjero perdido en la Habana Vieja, ahí está él para servirlo. Así habían levantado cabeza muchos orientales en La Habana. Se imagina en el bicitaxi pedaleando calle Reina arriba, calle Reina abajo, viendo la acera llena de mujeres cargadas con jabas pesadas de comida que tendrán que cocinar para ellas solas. Tantas mujeres solas en La Habana, sin dinero para pagar un bicitaxi que las lleve a las puertas de sus casas con sus jabas. Hasta el día en que él se detenía frente a una de ellas con un chirrido de gomas y una sonrisa: la llevo. Era el momento en que su vida podía empezar a cambiar. Ese pensamiento le hacía feliz mientras vendía pilas de agua,

chancletas de baño y aromatizante, en un portal frente a la Plaza de Cuatro Caminos. Y palo de jalajala. Porque la mayoría de sus clientes eran mujeres; cada vez que se le acercaba una, le decía tengo palo de jala-jala, con voz cómplice. Siempre había la posibilidad de que esa mujer estuviera sola y desesperada por conseguir un hombre. Fue mientras le ofrecía jala-jala a una señora que se le ocurrió comprarse un frasco de perfume y echarle un pedacito del palo: si funcionaba para mujeres hambrientas de hombre, funcionaría para un guantanamero hambriento de hembra habanera con casa. La señora estaba felizmente casada hacía más de treinta años y tenía dos nietos; solo necesitaba un poco de aromatizante para el baño. Estaba cobrándole cuando alguien gritó policía. Levantó la cabeza y vio acercarse el uniforme. Un segundo le bastó para imaginarse esposado, metido dentro del vagón oscuro de un tren que lo descargaría en Guantánamo. Vio la última escena mientras volaba por encima de un mendigo sin piernas y pasaba entre carros y guaguas, sin respirar. Después tuvo tiempo de pensar en toda la mercancía que dejó, que no pudo vender lo suficiente ni para cubrir la inversión, que encima de todo se le quedaron los palos de jala-jala. Terminó un poco más jodido que al principio, un poco más lejos del bicitaxi y de la hembra habanera con casa. Mira a la mujer secarse y mojar los dedos en perfume de un frasco para untarse el cuerpo. Para dormir sola, piensa. Sola como él, que apenas ella salga del baño, se irá a su cuarto de solar. Venir casi todas las noches a espiar a esta mujer mientras se baña, es prácticamente su única salida nocturna. La mujer inclina el cuerpo para meter una pierna en el blúmer y se apoya en la pared para meter la otra. Así, con una pierna en el aire, la barriga llena de pliegues y los senos colgando, levanta la vista de frente a la ventana y por primera vez en quince días ve a Benigno, el guantanamero, y mete un grito. El grito debió perderse en la bulla de los habaneros, que estaban ganando, pero Santiago de Cuba había empatado el juego, tenía hombres en primera y tercera base con un solo out , y la capital estaba silenciada. El tema

musical con que termina la telenovela le anuncia a Juan Remigio, el bayamés, que es la hora de despedirse. Zenaida tiene que decirle a su madre, mami Juan Remigio se va, para que la señora diga un buenas noches mezquino, sin despegar los ojos de la pantalla ni las nalgas de la butaca. Entonces Zenaida lo acompaña hasta la puerta, a darle un beso y acariciarle el brazo. Tratan de no mirarse a los ojos para no pensar que llevan más de seis meses así. La madre se había puesto contenta cuando supo que la hija había conseguido novio. A la madre le gustaba la palabra novio aunque la hija tuviera cuarenta y seis años. Hasta que supo que el novio era de Bayamo. Sabía que las personas de las otras provincias eran muy amables y serviciales. Mientras estaban en sus provincias. El problema era que casi nunca querían quedarse en sus provincias. Pero ya que su hija se había enamorado de un bayamés, no iba a oponerse. No habría podido oponerse. Ni dándole candela la hija iba a soltar el único hombre que había conseguido en casi diez años. Solo que en su casa no viviría ningún oriental; si quería estar con su hija tenía que buscar casa. Era la guerra, pensó Juan Remigio. Siempre había sido así, los orientales habían comenzado la revolución y la habían llevado a occidente, hasta la capital. Primero Maceo con Máximo Gómez, cuando la Guerra de Independencia; después Camilo y el Ché Guevara habían invadido occidente dirigiendo a los orientales. El líder del país es de Oriente. Los habaneros siempre habían sido demasiado flojos; siempre habían tenido un poco más que perder que los otros; siempre habían estado un poco menos jodidos por el fatalismo geográfico. Juan Remigio llegaba a la casa de Zenaida a la misma hora cada noche y se sentaba en la butaca disciplinadamente hasta el momento de irse. A veces, la hora en que llegaba era la que ellas habían elegido para sentarse a comer. La madre de Zenaida lo invitaba a la mesa, con una sonrisa cordial. Y una mirada asesina. Le respondía con una sonrisa igual de cordial y una pregunta: están buenas las costillas. O el pescado, o la carne de puerco. Cualquier cosa que Zenaida había comprado con el dinero de él. La

señora sonreía y buscaba qué hacer con las manos antes de pedirle que se sentara a la mesa con ellas. Era todo lo que él necesitaba para decir no, gracias, y sentirse satisfecho, como si de veras ya hubiese comido en la unidad. Ahora le decía a Zenaida que se le acababa el tiempo: era el último vagón de su último tren; si lo dejaba ir, iban a pasarle otros diez años por arriba, y todo lo que lograría en ese tiempo era ponerse más vieja, más gorda, y más fofa. Pero como se lo decía con los ojos, y ella estaba entretenida comiéndose el pellejo de una uña, no se enteraba. Cuando por fin ella lo miraba con una sonrisa tierna, solo era capaz de decirle hasta mañana. Cuídate. Después solo le queda caminar por la acera con las manos en los bolsillos. En la esquina se detiene y suspira: otra noche calurosa en la capital. La gente tiene las ventanas abiertas, pero a nadie le preocupa lo que ocurre en la calle; están todos pendientes del juego de pelota en la televisión, el primero del play off final. Retrocede unos pasos hasta llegar a la ventana abierta del cuarto oscuro de Zenaida y mira a un lado y a otro antes de entrar como un ladrón. Como cada noche. Ahora puede quitarse el zambrán con la pistola, desvestirse con calma, colocar su uniforme sobre una silla, con cuidado, y acostarse en camiseta y calzoncillos a esperar por Zenaida, con las manos tras la nuca y la vista en el techo. Incluso su suegra cambió el televisor de canal para ver el juego de pelota, y desde la sala le llega la conga de los habaneros que seguro están ganando. La peor parte de que ganen los habaneros es tener que escuchar su conga que suena fatal. No le interesa quién está ganando. No tiene equipo de pelota en la serie desde los cuartos de final; los granmenses nunca llegan a la final del campeonato. En Bayamo, desde niño, se acostumbró a ver ganar a los Industriales. En los siete años que llevaba en La Habana, los había visto ganar tres veces. Lo único bueno de vivir en una unidad de policía era que allí nadie iba a celebrar un solo triunfo de los habaneros, no importaba de qué provincia vinieran. El problema era que nadie había

venido a La Habana para vivir en una unidad de policía. Nadie tenía tampoco la intención de regresar a su provincia.

Había un tipo que llevaba trece años viviendo en la unidad. El campeón de Mayarí le decían porque nadie le había roto el récord. Juan Remigio lo miraba con mezcla de lástima y burla, como todo el mundo. Cada año que pasaba el tipo imponía un nuevo récord y lo anunciaba incluso, se tomaba una botella de ron si no estaba de servicio y se lanzaba a hablar con nostalgia de su natal Mayarí. Y lo que parecía imposible, que alguien viviera trece años en una unidad de policía en La Habana, no era solo posible, era real; peor aún, soportable. El campeón de Mayarí se había acostumbrado y tal vez pensaba retirarse allí. A veces Juan Remigio lo descubría mirándolo en la forma que se mira un viejo retrato de la juventud, y uno recorre mentalmente el camino que lo ha traído a lo que es hoy; se imagina haciendo las cosas de una manera diferente, retrocede hasta aquellas decisiones que fueron cruciales y las cambia, imagina todas las variantes posibles hasta convencerse de que todas lo habrían llevado al mismo punto. Solo a él miraba de esa forma Mayarí, y a Juan Remigio se le helaba la sangre. Acostado, con la vista en el techo y las manos tras la nunca, lejos de la unidad y de la vista de Mayarí, el solo hecho de pensar en aquel tipo hacía que se le helara la sangre. Fue entonces que le llegó del baño el grito de Zenaida y saltó de la cama. Solo atinó a coger la pistola y la chapa, y salir corriendo del cuarto. Tropezó con la suegra; una parte de su mente registró lo que ella le iba a preguntar y las respuestas que no podría darle. Zenaida estaba parada en blúmer en la puerta del baño, señalando la ventana, sin habla, y Juan Remigio saltó hacia fuera descalzo, en calzoncillos y camiseta, con su chapa de policía y la pistola. Un par de vecinos habían salido de sus casas y buscaban en los patios y los pasillos. Vieron a uno brincando un muro y lo agarraron una cuadra antes de la calzada. Los había hecho correr y más que tenerlo agarrado para que no se escapara, estaban



apoyados en él. Sabían que detrás venía el novio policía de la vecina Zenaida, él se haría cargo. Habían cumplido con su deber ciudadano y solo querían regresar a casa a terminar de ver el juego de pelota. Santiago estaba ganando ya por dos carreras y quedaban dos innings. Industriales tenía que hacer algo, no podían dejarse ganar por los palestinos en su propio estadio. Juan Remigio venía cojeando a cuadra y media, con algo enterrado en la planta de un pie. Seguramente la suerte de Benigno pudo haber sido otra de haberse quedado callado durante los segundos que separaban a Juan Remigio de hacerse cargo de la situación. Solo tuvo tiempo de abrir la boca para jurar que no estaba haciendo nada malo, que necesitaba un par de naranjas agrias, con el típico acento de los orientales. Un palestino, dijo uno de los vecinos. Juan Remigio llegó a tiempo para detener un aguacero de golpes, sin saber en realidad a quién estaba protegiendo de quién: uno de los vecinos estaba doblado en la acera y el otro tenía la nariz rota. Precisamente esto le habría costado caro a Benigno si Juan Remigio hubiese sido un policía habanero de guardia en pleno play off de la serie nacional de pelota, con su equipo perdiendo por dos carreras ante los santiagueros y solo dos innings para el final. Juan Remigio no llevaba las esposas, ni el walkie talkie para llamar una patrulla. Tendría que caminar con el individuo hasta la estación de policía más cercana y explicar lo sucedido. Le advierto que no haga nada raro, ciudadano. Benigno tenía pocas esperanzas de cambiar las cosas. Demasiadas veces había tenido la visión del tren que lo llevaba a Guantánamo, y era tan real que llegaba a sentir el calor del vagón, los brincos, los chirridos de las ruedas de metal sobre los rieles. Pero de todas formas no pudo resistir la tentación. Oficial, usted viene de la tierra igual que yo, usted sabe que aquí somos parias y nos quieren eliminar como a una plaga, esa es la realidad, yo solo estaba intentando coger unas naranjas agrias, a esa hora la gente está viendo la pelota y no se le puede tocar la puerta a nadie para pedir unas naranjas agrias; yo no puedo regresar a la tierra, oficial, y usted tampoco; la única

forma que tenemos de sobrevivir aquí es ayudarnos, porque de todas formas ya ellos nos metieron en el mismo saco; no les importa si usted es de Bayamo y yo de Guantánamo, somos de la tierra; al final todos nosotros venimos de la tierra. Se oyó la conga santiaguera cuando habían caminado casi cinco cuadras. Los santiagueros le habían ganado a los habaneros en su propio estadio, el Latino. No se pusieron de acuerdo, pero se detuvieron a escuchar la conga. Eso era lo mejor de que ganaran los santiagueros, escuchar la conga santiaguera. Juan Remigio miró al guantanamero con tristeza; ojalá sea de verdad un delincuente, porque de todas formas lo tengo que entregar, pensó. Y se encontró deseando que fuese un tipo con graves antecedentes penales, buscado por la ley hacía tiempo. Era un tipo grande, además; le sacaba un buen par de pulgadas. Y él lo había agarrado completamente solo, sin estar de uniforme ni tener las esposas ni el walkie talkie . Entonces iba a recibir una condecoración en la unidad, tal vez hasta un ascenso. Y cómo lo iba a mirar la madre de Zenaida ahora. Sintió una última gota de lástima por el guantanamero antes de decirle camina, cuando dejaba de sonar la conga. Por años Zenaida vivió una vida de mujer acechada, mirando por encima del hombro, convencida de ser vigilada a toda hora por un hombre. Lo peor eran las noches, la hora en que se sentía más vulnerable y dormía entre sobresaltos; los ojos se le iban hacia la ventana abierta por donde en cualquier momento podía entrar un hombre. Pero el calor le impedía cerrar. Demasiado calor. No valía la pena contarle a su madre, que iba cómo mínimo a burlarse de ella, a decirle que estaba loca. Soportaba aquel acecho en silencio, resignada a lo inevitable, segura de que en cualquier momento aquel hombre iba a salirle al paso. Llevaba años preparándose para aquel momento, mientras escogía su ropa interior, y se perfumaba, se acicalaba ante el espejo del baño. Hasta el día en que se descubrió las arrugas nuevas en el cuello, el vientre péndulo, más colgantes los senos. En un segundo vio los años transcurridos; se dio cuenta de que el acechador nunca le iba a salir al

paso. De que tal vez nunca hubo un acechador. Fue el día en que decidió recurrir a medidas desesperadas, y una que no cree en esas cosas, que ha crecido con una concepción materialista del mundo, que es incluso militante del Partido Comunista, termina recorriendo La Habana en busca de palo jala-jala. Pero entonces no hay jala-jala, señora; increíblemente ningún yerbero tiene jala-jala. Alguien le dice que entre los merolicos que venden cosas afuera de la plaza de Cuatro Caminos hay alguien que tiene palo de jala-jala. Un mulato grande, le dicen. Pero una tiene la suerte tan jodida que justo cuando le señalan al hombre lo ve correr despavorido por encima de un mendigo sin piernas. Si hubiera llegado antes, solo un poquito antes, piensa, mientras ve al policía recoger la mercancía que se había quedado en el suelo; un pedazo de flaco infeliz, chupado de nalgas, metido en un uniforme de policía, piensa. Entonces se convence de que no se puede cambiar la vida que a una le toca. Pero tal vez podría decirle al policía que la deje coger un pedacito del palo jala-jala, aunque al final no sirva para atraer hombres y solo sea otra de las tantas mentiras que necesitamos creer. Aunque la mire el policía de arriba abajo pensando que es estúpida y solo al cabo de un rato le de todos los palos de jala-jala, y ella finalmente se vaya, sin ninguna esperanza. Va a cruzar la calle de regreso a su vidita miserable cuando la llama el policía. Me permite acompañarla. Un negrito con aspecto de prematuro también es un hombre, o lo más parecido a un hombre que ha podido encontrar, piensa Zenaida en el baño, mientras se unta su perfume con palo de jala-jala, porque ya lo tiene en definitiva, aunque no sea gracias al palo que ha conseguido un hombre. Trata de vestirse rápido para que Juan Remigio no se quede dormido, como otras veces, y ya está poniéndose el blúmer cuando levanta la vista hacia la ventana, con una mirada casi triste, y descubre al hombre acechándola, encaramado encima de una mata. Seguramente Benigno trató de resistir la tentación. Seguramente le deseó a Juan Remigio un par de pulgadas más de estatura, al menos un par de pulgadas más. Debe incluso haberlo

mirado con lástima en el último momento. Y una historia a la que le tocaba un final triste, si Juan Remigio se hubiera acercado al menos a los cinco pies de estatura, tendrá realmente un final trágico. Juan Remigio corría más rápido que él y podía aplicarle una llave de judo, propinarle una patada en los testículos. Pero primero necesitaba respirar y recuperarse del golpe en las costillas. Después tendría tiempo de pensar en reportar el arma robada, explicar por qué estaba en la calle armado, sin uniforme ni walkie talkie. Y cómo lo iba a mirar la madre de Zenaida ahora. Y Zenaida. Pero primero necesitaba respirar. Quizás tenía una costilla rota. Benigno sabe que su vida ahora consiste en correr. Un individuo con un arma es un individuo peligroso y él ahora tiene en la mano un arma que ni sabe disparar. Y no tiene ni tiempo de sentarse a llorar un poco, de preguntarse cómo pudo llegar aquí, porque es solo cuestión de tiempo que lo cojan, que lo esposen y lo monten en un vagón de tren para mandarlo a una cárcel allá, en la tierra.



## Algunos títulos de Neo Club Ediciones

La penumbra de Dios

(Colección Ensayo)

Manuel Gayol Mecías

Siete historias habaneras

(Colección Narrativa)

Augusto Gómez Consuegra

Meditaciones de Cantinflas

(Colección Ensayo)

Armando Añel

La chica de nombre eslavo

(Colección Narrativa)

Roberto Quiñones Haces

Mi tiempo

(Colección Triunfadores)

Humberto Esteve

Café sin Heydi frente al mar

(Colección Poesía)

Víctor Manuel Domínguez

Para dar de comer al perro de pelea

(Colección Poesía)

Luis Felipe Rojas

Toca al corazón que late

(Colección Poesía)

Nilo Julián González Preval

Anábasis del instante

(Colección Poesía)

Tony Cuartas

Donde crece el vacío

(Colección Narrativa)

Ernesto Olivera Castro

Hábitat

(Colección Poesía)

Joaquín Gálvez

121 lecturas

(Colección Crítica)

José Abreu Felipe

Café amargo

(Colección Poesía)

Rafael Vilches

Hacia los negros en Cuba

(Colección Ensayo)

Maybell Padilla y Víctor Betancourt

El verano en que Dios dormía

(Colección Narrativa)

Ángel Santiesteban

Crónicas de guayaba y queso

(Colección Testimonio)

Belkis Perea

Gastón Baquero y Rafael Díaz-Balart.  
Sobre racismo y clasismo en Cuba  
(Colección Ensayo)  
Compilación

Así lo quiso Dios y otros relatos  
(Colección Narrativa)  
Orlando Freire

El libro de La Habana  
(Colección Narrativa)  
Juan González Febles

Los tigres de Dire Dawa  
(Colección Narrativa)  
Luis Cino

Historias de depiladoras y batidoras  
americanas  
(Colección Testimonio)  
Jorge Ignacio Pérez

Cuba: Claves para una conciencia en  
crisis  
(Colección Ensayo)  
Carlos Alberto Montaner

Isla interior  
(Colección Testimonio)  
Yoaxis Marcheco

El abismo por dentro  
(Colección Narrativa)  
Guillermo Fariñas

Logos y axiomas  
(Colección Ensayo)  
Juan F. Benemelis

Los hombres sabios  
(Colección Poesía)  
Rafael Piñeiro

En Blanco y Trocadero  
(Colección Narrativa)  
Nicolás Abreu Felipe

Quemar las naves  
(Colección Poesía)  
Jorge Olivera

La fiesta de Florinda y otros relatos  
(Colección Narrativa)  
Rebeca Ulloa, Usamat Hamud y  
Lourdes Cañellas

Mi vida junto a Margo  
(Colección Triunfadores)  
Claudio Ramos Iraola

Proscripción  
(Colección Narrativa)  
Topacio Azul

Yo Augusto  
(Colección Poesía)  
Augusto Lemus

El tigre negro  
(Colección Narrativa)  
José Hugo Fernández

Ciudad imposible

(Colección Poesía)

Ileana Álvarez

Guetto

(Colección Poesía)

José Alberto Velázquez

Cómo matar a un toro y otros cuentos

(Colección Narrativa)

Luis Jiménez Hernández

Los naipes en el espejo

(Colección Ensayo)

Armando de Armas

Serio divertimento

(Colección Poesía)

Denis Fortún

Llamadme libertad

(Colección Poesía)

Francis Sánchez

Arar la sombra

(Colección Poesía)

Sussette Cordero

Para matarlos a todos

(Colección Poesía)

Juan Carlos Recio

Estos silencios. Estas palabras

(Colección Crítica)

Luis Pérez de Castro

La muerte del gato y otros cuentos

(Colección Narrativa)

Lilo Vilaplana

Fe de erratas

(Colección Poesía)

Roberto Estévez Guerrero

Confesiones eróticas de la tía Nora

(Colección Narrativa)

Pedro Armando Junco

Los pianos son muy caros

(Colección Poesía)

Doribal Enríquez

El soberano es el ciudadano

(Colección Ensayo)

Faisel Iglesias

Entre la piel y el tiempo

(Colección Poesía)

Lourdes Cañellas

Pa' Cuba ni muerto

(Colección Testimonio)

Norge Sánchez

Habana Babilonia

(Colección Testimonio)

Amir Valle

Cubano confesante

(Colección Testimonio)

Mario Félix Lleonart



Mundos parelos y otros cuentos

(Colección Narrativa)

Gisela Lovio

La Habana sin tranvías

(Colección Poesía)

Nelton Pérez

Tres tristes cubanos y un gato feliz

(Colección Poesía)

Carlos Esquivel, Frank Castell

J. L. Serrano y José A. Velázquez

Alzheimer

(Colección Narrativa)

Ramón Roberto Rosales

Guardida de luna

(Colección Narrativa)

Adriana García

Aquí lo que hay es que irse

(Colección Narrativa)

Verónica Vega

El vuelo de la mariposa y otros relatos

(Colección Narrativa)

Ariel Ruiz Urquiola

El carnaval y los muertos

(Colección Narrativa)

Ernesto Santana

Cuentos erróticos

(Colección Narrativa)

Manuel Gayol e Ismael Samba



*Cuentos del Club* es un regalo del Club de Escritores Independientes de Cuba a los lectores interesados en la realidad cubana o en su mejor narrativa, aquella que contra viento y marea se abre paso y marca el rumbo creativo de este tercer milenio digital. Disfruten y compartan. Habrá segunda parte.

Una selección de Luis Cino, Victor Manuel Domínguez y Armando Añel.

### **Autores**

Ángel Santiesteban • Carlos Esquivel • Clara Maylín Castillo  
Ernesto Peña • Ernesto Santana • Francis Sánchez • Frank Correa  
Ghabriel Pérez • Jorge Olivera Castillo • José Conrado • José Gabriel  
Barrenechea • Juan González Febles • Luis Cino • Luis Pérez de Castro  
María Matienzo • Rafael Alcides • Verónica Vega • Yusimí Rodríguez



**NEO**  
CLUB  
EDICIONES